

FOR NAVARRA

Víctor Manuel Arbelo

III. DE ESTELLA A RONCESVALLES



POR NAVARRA

«Algunos de estos artículos fueron publicados en **Diario de Navarra**».

Fotos, ilustraciones de artículos, de N. Ardanaz, J.L. Bayona, J. Larequi,
cedidas por Institución Príncipe de Viana y de J.L. Zúñiga.

Impreso en I.G. Castuera, S.A. - San Blas, 4 - Burlada

I.S.B.N. 84-404-0885-4

D.L. NA 1446 - 1987

POR Víctor Manuel Arbeloa NAVARRA

DE ESTELLA A RONCESVALLES

III

Prólogo
Camilo José Cela

SALUDO A UNAS PÁGINAS AIROSAS

Es grato escribir de lo que se conoce y se ama, de lo que se sabe y se respeta y aún de lo que se intuye o se adivina a ráfagas. Es grato escribir unas palabras para el delantal del libro del amigo —aunque con frecuencia haya de volverse la espalda al buen deseo de no equivocarse jamás— y aún más si se trata de unas páginas viajeras y de honda y deleitosa geografía humana y sentimental.

Víctor Manuel Arbeloa es un navarro ejerceinte, un hombre preocupado por la última clave del país que le vio nacer y amante de su silueta dibujándose sobre el doble telón físico o histórico de la realidad y el recuerdo.

Navarra es tierra militante y los navarros forman en la tropa que defiende su particular modo de entender los sucesos e incluso las palpitaciones de esos mismos sucesos y aconteceres que los dibujan y también los señalan con mano indeleble.

Este tomo III de *Por Navarra* nos lleva de Estella a Roncesvalles en muy airosos trancos literarios en los que no pocas veces asoma el pulso de narrador a contrapelo que llevan dentro todos los navarros y no pocos vascos; Pío Baroja pudiera ser el paradigma tópico y Ricardo Baroja —escritor, pintor, grabador e inventor— o José María Iribarren —escritor, folclorista, espectador de sucesos insólitos y hombre de bien— las geniales y fantasmales siluetas de ese mismo paradigma.

Mi amigo Víctor Manuel Arbeloa hace novela, sociología, poesía y geografía en el barrio de San Martín de Estella, en Juarbe mien-

tras habla del Mercado Común, en el pueblo con nombre de miel y en el Camino de Santiago o en la romería de Roncesvalles, quizá siempre y en todas partes; a veces le da al verso popular y a la pata a la llana, como bebiendo vino de Mañeru o paseando por Mendigorria.

Desde Estrasburgo su voz parece resonar como un latido antiguo, solemne y literario que se escucha casi con recogimiento y sin duda alguna con tanto interés como simpatía; a los españoles, cuando se nos orea por Europa y se nos ventilan las miasmas, nos brotan unos insospechados brillos de inteligencia e incluso de sensibilidad. La inteligencia, para Carlyle, no es la herramienta sino el brazo capaz de usar cualquier herramienta.

Tanto va de la tierra al cielo y del fuego al agua, nos decía Lucano en su *Farsalia*, como de lo útil a lo justo; esta dicotomía no se la plantea Arbeloa en sus bien mensuradas páginas por las que fluyen, en caudal paralelo, la palabra con la que se señala el paisaje propio y su justicia bellísima y permanente.

Saludo con estas breves y gozosas palabras de buen concierto la aparición de este tomo de un libro de generosa y ya aplaudida andadura.

Camilo José Cela

POR EL BARRIO DE SAN MARTIN, DE ESTELLA

En el vestíbulo de la estación de autobuses, de Pamplona, un borracho joven, botella en mano, asusta al personal madrugador, gritando cosas como ésta:

—A Portugal, todos a Portugal, que aquí hay una ley de extranjería que nos jode a los vascos. A Portugal...

Sólo una gitana, con un niño en brazos, se atreve a gritarle no sé qué. Los demás miran y pasan; algunos, todo lo más, se sonríen.

—A Portugal...

Un hombre sin piernas se arrastra con las manos y los muñones por el santo suelo.

Compro el billete, después de esperar a que el billeteero levante la cabeza de no sé qué papeles.

—A Estella, por favor.

—Ya va, ya.

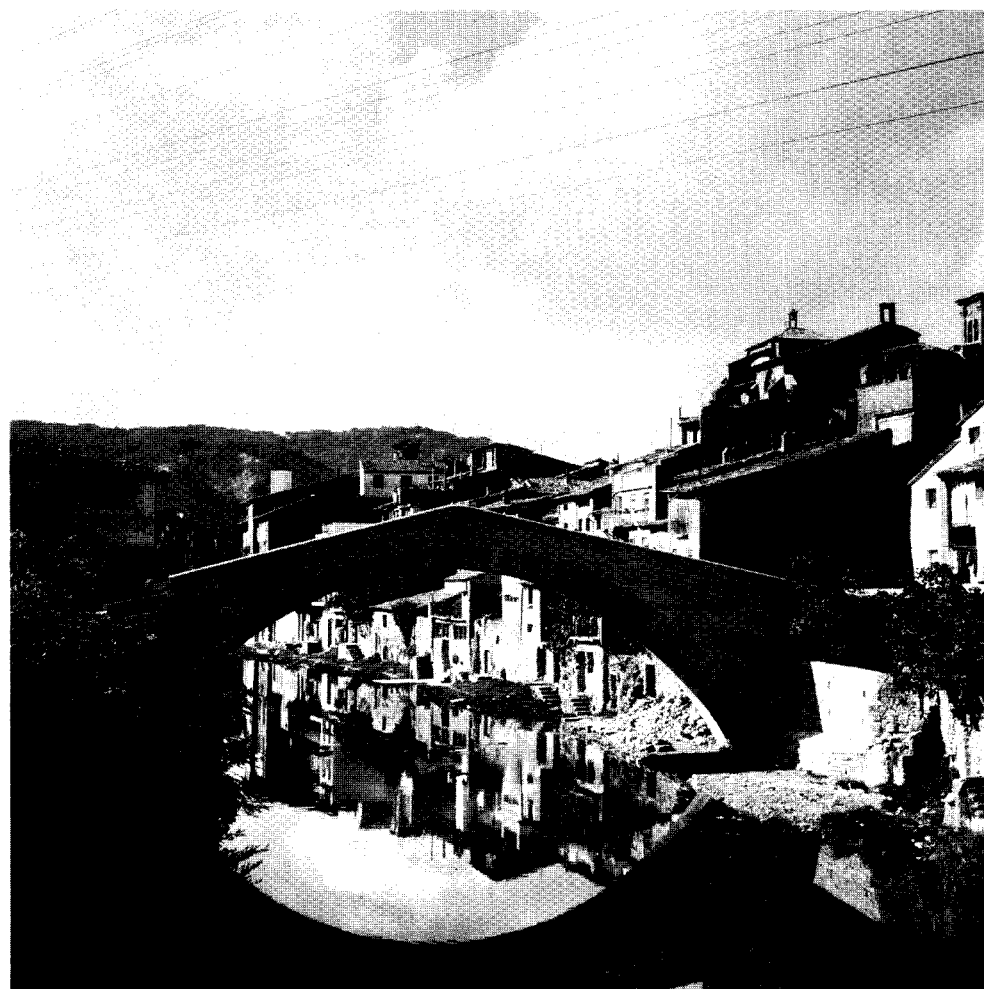
No compro periódicos porque quiero ir mirando, sin leer.

Vieja y fría estación. Aún hay letreros de propaganda electoral. Llega *La Beriainesa*. *La Estellesa* está en su sitio.

—¿Sale a las diez?

—A las diez de ese reloj.

Subo al autobús. *La Estellesa* fue el primer autobús que vi de chico, el autobús de mi pueblo a las dos capitales. Desde entonces, todos los autobuses son para mí, en el fondo, *La Estellesa*.



Tengo la impresión de que vamos a recorrer 44 kilómetros de niebla; tan espesa está a la salida de Pamplona. Pero al llegar al puerto del Perdón, la niebla se hace sol terroso.

Desde Legarda hasta Estella los espárragos y las viñas rivalizan por el mejor color otoñal. Es difícil saber quién gana. Yo me quedo con los pomales de Mañeru en las faldas de Santa Bárbara y de San Esteban, que unen el amarillo, el naranja, el ocre, el rojo y el morado en un solo color sin nombre. Color pomal de noviembre, ya está.

Se para *La Estellesa* donde antes se paraba el tren, ay; donde lo cogíamos para ir a Murieta, a Zúñiga, a Santa Cruz, en aquellas excursiones que nos llevaban a mundos felices.

Subimos al instituto de Oncineta, que se ha quedado con este nombre. Desde aquí se ven bien los recientes desbarajustes urbanísticos de Estella, pero se ve también el color sangrío del zumaque, y enloquecer de colores los espinos, los arces y los serbales. Muy al fondo, el azulenco lejano de Urbasa; enfrente, Peñaguda y el piramidal monte de San Millán.

Hablando de Europa, tema tan complejo y vasto, uno no sabe a ciencia cierta de qué va a hablar, de qué habla y de qué acaba de hablar. Sólo sé que he estado casi dos horas con un centenar y medio de alumnos de COU, auditorio vivo, atento al mismo tiempo al mapa, a las diapositivas y al papel sobre el pupitre. Sus padres eran en mis tiempos unos mocetes y mocetas como ellos y ellas, y ahora tienen ya unos hijos europeos.

Bajamos hasta la cruz de Ordoiz, llamada de “La Picota”, frente a la antigua puerta del matadero, cruz griega sobre gruesa columna, de donde, me dice Juan, colgaban con garfios los miembros de los ajusticiados.

—El último ajusticiado en Estella fue “Cascarilla”, un ladrón y asesino de Sartaguda, al que guillotinaron en 1897.

Miro hacia el camino que lleva hasta el actual Ordoiz, bocado apetitoso un día de reyes y señores, y hasta la colina despoblada de Zarapuz, antigua villa, por donde pasaba el primitivo Camino de Santiago, antes de la fundación de Estella por Sancho Ramírez.

Desde aquí se ve bien, entre los pinos, un largo lienzo de la muralla medieval que rodeaba la ciudad y separaba sus barrios. En San Lorenzo sangran también los zumaques y se icterician los pomales sobre encinas y olivos abandonados. Junto al Ega, las huertas de los pocos agricultores que quedan, que ya no sé si cantan aquella famosa aurora el día de San Isidro.

*labrador insigne,
labrador insigne,
labrador insigne,
gran madrugador...*

Por los bordes del camino, matas de olmos y de avellanos.

Entramos en la calle de Curtidores, esquina lejana y desconocida de Estella. Ahí estaba el trujal de los Martínez y ahí están esas oxidadas serrería y chatarrería, a orillas del río, a punto de desembarazarse de la ciudad que lo ensucia y lo apesta. Si ya en tiempos de Félix Urabayen el Ega no era “ni claro, ni alegre, ni joven, ni azul”, qué diremos ahora!

Por ahí estuvieron los conventos de Sala y de la Merced, y el hospital de San Lázaro, construido para los leprosos. Altas y blancas las casas de los camineros, y humilde y olorosa a nuestros pies la menta de burro.

Se descabeza el Ega en la presa de los Martínez, que alimentaba las dos fábricas harineras. Cerca estuvo la casa de aquel primer propietario laborioso, que fue antes molinero de Arbeiza.

El bloque de casas baratas levantado por los Ruiz de Alda para los trabajadores de la fábrica Curtinova rompe bruscamente el paisaje histórico-ambiental, como lo rompe la gran mole de la fábrica, de complicada historia económico-sindical en Estella. Un carro con cueros color cromo está preparado en la entrada. Me acuerdo de algunas “Rimas del Pueblo” que hice cuando las huelgas de los setenta.

Llegamos a Elgacena, el barrio de la aljama judía, una de las mayores y más activas de Navarra, que llegaba hasta la actual iglesia de Santa María. Aquí resistieron sus moradores hasta el fin,

aquel año de desgracia de 1328, cuando los cristianos de Estella y de sus alrededores se entregaron a la destrucción, la matanza y el pillaje. Uno de los judíos que escapó a la degollina, el poeta Aben Serac, tiene hoy dedicada una callejuela, un callizo, cerca de la puerta de San Nicolás.

Todo son ahora matorrales, saúcos, rosales silvestres, lentiscos, y ligarzas con las que los chicos de Estella aprendían a fumar. Las yedras hacen aún más misteriosas y nobles las ruinas del templo del Santo Sepulcro, iglesia románica tardía sobre otra anterior, con ampliaciones cistercienses y góticas, proyecto no bien conocido, que no llegó a rematarse. Allí arriba, bella estampa de un ángulo de Santo Domingo, cubierto también por la yedra bajo un ventanal azul.

La fachada de la nave del Sepulcro que queda sobre la calle es todo un museo al aire libre, sólo comparable al claustro de San Pedro y al pórtico norte de San Miguel. Uno no puede pasar por aquí sin dejarse cautivar por los ojos almendrados de las tres Marías y de los doce apóstoles, o quedar boquiabierto ante el bosquecillo animado de los capiteles o ante la boca del limbo en forma de dragón.

Un Hermoso de Mendoza, apellido constante en los escudos estellesses, tiene aquí una cuadra de caballos de montar, españoles y árabes. Todo el patio es una exposición de arreos del oficio: yugos, espuelas, bridones, cabestros, colleras, collerones, orejeras, herraduras, cinchas, enjalmas, cencerros..., junto a unos geranios que ponen un contrapunto vegetal y de fiesta andaluza.

—Trabajamos sobre todo con franceses, aquí y en los Pirineos. Son gente que entiende de caballos.

—¿Y los de aquí?

—Aquí va entrando la afición. Hemos hecho varias veces el Camino de Santiago.

Al otro lado de la calle, junto al desmonte, un cedro solo. Un abanico de acacias al pie de Santo Domingo.

Pasamos por debajo de la carretera. El puente de la cárcel, que destruyó el general Nouvilas en 1873, se reconstruyó no hace mucho tiempo. Pons Sorolla le puso piedras viejas o envejecidas arriba, y nuevas en el cuerpo, lo que le da un aire poco medieval, a pesar del arco apuntado y las rampas a dos aguas tan pronunciadas.

—A veces los coches piensan que pueden subir y se dan de leches, bolindiándose en la cúspide.

Las saeteras que nos vigilan a reojo desde el sillar embastecido de siglos nos recuerdan, sin lugar a dudas, la cárcel de la muralla o algo parecido.

Qué bien se tiende al sol el caserío del barrio mercaderil de San Miguel. Casas estrechas y profundas, con salida huertana al río, con solanas llenas de ropa tendida y de ristras de ajos, pimientos e higos.

—Ay, tía Mercedes, qué recuerdos tiene uno de ese patio.

San Miguel es un islote alto y avizor en medio de un caserío de tiempo estancado; un impenitente altozano defensivo; un vozarrón de fe secular, como si se resistiera a apagarse entre esa leonera de casas, unas fieles, otras desordenadas; eje que mantiene aún en derredor lo poco que queda sin descalabrar de la ciudad histórica.

—¿Subirán las casas hasta Peñaguda?

—Hasta Peñaguda puede ser; hasta San Millán espero que no.

—Pero el Puy ya lo han destruido.

—Ya no tiene remedio.

Antes de seguir por la Rúa, entramos en la atiborrada colección familiar de Segundo, que hace muchos años viene recogiendo materiales para ese imaginario museo de etnografía, que antes pensaban ponerlo en Santo Domingo y ahora no sé dónde.

—El dichoso museo de Estella.

—Y tan dichoso.

Estelas funerarias, ruedas de molino, fósiles, raederas, hachas, ménsulas, gárgolas, escudos, estatuas, cuadros, relieves..., qué sé yo, en la entrada, en la escalera, en los pasillos, en el cuarto, en las alacenas, y supongo que hasta debajo de la cama. No hay sitio para la búsqueda y la imaginación de Segundo. El conoce bien los yacimientos de El Fosal, Candilitera, Mercatondoa y otros muchos de la comarca, y lo que compra, cambia, consigue o arrambla lo trae aquí. Parece que hay desorden, pero no, qué va, cada cosa está en su sitio, en el sitio que sólo Segundo conoce, clasifica y define. Exégeta como es y en relación con buenos expertos, distingue a ciegas el achelense del neolítico, la edad de piedra I de la edad de piedra II, y, no digamos, lo romano de lo judío y esto de lo cristiano.

—En Estella hay de todo. Estella es un museo universal.

—Así es, Segundo, así es.

—Sí, pero nadie nos hace caso.

—Todo se andará. Tenemos que volver otro día, Segundo. Pero qué tienes aquí, Dios santo...

—Cuando quieras, aquí me encontraréis.

Segundo tiene en la fachada de su casa un escudo rococó con cabezas de dragón, crecientes y calderos; y dentro, otros traídos del derrumbe, continuo, de casas estellesas. Segundo es todo un escudo de la vieja Lizarra.

La Rúa, que sigue a la calle de Curtidores, es un corredor ligeramente curvo que circunda la base de la Peña de los Castillos.

El palacio del Gobernador —dos cuerpos, siete calles, tres escudos— está todavía entre tableros y con letreros que anuncian su reconstrucción; las ventanas, cerradas con ladrillos y cemento, y los balcones, abiertos a la intemperie del desvalimiento, tras su armoniosa rejería.

La calle ha perdido mucho de su encanto con tantas casas cerradas, casas nuevas y casas derribadas. Se ha quedado aparte de la vida de la ciudad, que ya no sigue el curso del río, y se parece poco a las calles gemelas de Sangüesa, Puente o Viana, para recordar sólo a tres pueblos camineros. Arcos apuntados, ciegos o tuertos, apuntan a declive y deterioro.

Al final de la calle se yergue, demasiado esbelto y volado tal vez, el palacio plateresco de San Cristóbal, llamado casa de Fray Diego de Estella, de los San Cristóbal Cruzat, hoy Casa de Cultura de la ciudad. Urabayen lo cantó casi en ruinas y cató, no muy ortodoxamente, la figura mística del joven y misterioso Fray Diego. Entrar en el zaguán y en el alto patio es ya entrar en otra edad. Sólo la cultura puede enlazar los tiempos.

—Oye, tú, que llegamos tarde.

Repasamos rápidamente los restos góticos de la capilla de San Martín o convento de franciscanos, no se sabe; el bonito palacio que fuera del Ayuntamiento, hoy Juzgado; y el palacio de los Reyes de Navarra, tesoro románico civil que sólo Estella posee. Entre los capiteles bélicos o vegetales descuella el de Roldán y Ferragut, que

se nos grabó desde chicos. En Verona, Tarragona, Chartres, Bruselas o Bremen, siempre que veo las estatuas, capiteles o vidrieras de Hrudlandus, conde de la Marca de Bretaña, luego convertido en sobrino de Carlomagno, me viene a los ojos este redondo capitel donde el valeroso Roldán abate al gigante Ferragut.

En tiempos tristes, cárcel; luego museo de Gustavo de Maeztu; ahora, provisionalmente, Ayuntamiento, el palacio de los reyes y su entorno nos transporta a aquellos tiempos gloriosos, en que Estella era comparada, no a Toledo, sino a Burgos o Brujas, capitales del comercio y del primer capitalismo.

Saca su largo cuello de torre recrecida y asaetereada la iglesia de San Pedro de la Rúa, iglesia mayor de Estella desde 1256, que mira de frente a su hermana mayor, también defensiva y arriscada, San Pedro de Lizarra.

—Lástima no poder dar una vuelta por el claustro.

—Otro día.

La Peña de los Castillos saca a relucir las pocas piedras que quedan de aquel “castillo famoso”, abatido en 1572, y que tantas veces pintó Maeztu.

Por entre casas de los siglos XVI, XVII y XVIII, atravesamos la calle de San Nicolás, también decaída y solitaria. En el solar de la iglesia medieval dedicada a santo tan popular, sólo queda un montón de piedras sillares marcadas.

—En esto quedó todo. Y todo así.

Salimos por el portal de San Nicolás o de Castilla, y por el puente del Azucarero —ay qué casas acaban de levantar junto al río—, hacia el paseillo del Che. Y por los Llanos, aún amarillados o enrojecidos, llegamos a un exquisito rincón, donde encuentro a varios y viejos amigos dándole al tenedor y al cuchillo.

Nos levantamos pronto y vamos a ver lo que no hemos podido ver antes.

Más nos hubiera valido, quizás, alargar los postres y la sobremesa!

Entramos en la iglesia del Santo Sepulcro. En la nave del evangelio, la única completa, y en la parte que queda de la central hay un rastrillo de carros, carretas, campanas, fuelles de cuchillería, placas comerciales, tablas, estelas, escudos, capiteles procedentes del claustro de San Pedro, remates de bolas, tambores de columnas, otro carro, la pila bautismal gótica del siglo XIII (aún le quedan los dragones, los leones, los jabalíes), unos tablones, unos ganchos, otro escudo, dos tallas...

Entran dos señoras mayores al ver la puerta abierta.

En el altar, un expositor rococó. Arriba, sobre un piso hecho de material reciente, se amontona un centón de legajos, procedentes, según Juan, de los Juzgados de la ciudad.

Todo está lleno de polvo, de poca luz, de desamparo.

—Vámonos de aquí.

Subimos a Santa María y Todos los Santos, después Santa María Jus (debajo) del Castillo, levantada sobre el solar de la sinagoga, cedido en 1145 por García el Restaurador a la catedral de Pamplona.

Cerca está Santo Domingo, otro convento del XIII, convertido en lujosa residencia de ancianos de Estella y de su comarca, que he visitado otras veces. Estéticamente, me gustaba mucho más cuando estaba en ruinas. No hay nada como unas ruinas bien conservadas. Vinieron un día los dominicos, sus antiguos propietarios, y recomenzaron la vida. No pudo ser. Aquello era demasiado grande para los tiempos posconciliares que corrían. Menos mal que, tras y bajo el chanchullo urbanístico, aquí encontraron abrigo y convivencia muchos ancianos, que dieron vida durante años a esas calles.

A Santa María le cubre, por el lado norte, una yedra piadosa, pero pronto se echa de ver que su ancianidad está mucho peor cuidada que los ancianos de la residencia.

Santa María fue capilla real del castillo cimero. Ahora es una miseria. Además de pintarrajeada de cal, que emborrona las claves de las bóvedas y otras lindezas, la nave real es hoy forzoso depósito de los "pasos" de aquella semana santa, que aún vimos nosotros,

todos velados para que no puedan ver, entre otras cosas, lo que se les viene encima. En el presbiterio, bajo el baldaquino barroco, otro centón de libros, revistas, legajos, protocolos..., procedentes, según me dice Juan, de los Juzgados y de la Notaría de la ciudad. Cogemos un legajo: es de 1899.

—Aquí estará hasta el proceso de “Cascarilla”.

Las bóvedas están agujereadas aquí, humedecidas allí, amenazando ruina no inminente, por si les sirve de consuelo.

Entre la baraúnda de miseria, aún nos miran, más abiertos si cabe, los ojos góticos de San Matías y los ojos barrocos, pero asustados, de otros dos apóstoles. Junto a la puerta de la iglesia, está todavía un Crucificado del XVIII y una pila de agua bendita con su taza avenerada, con sequía de lustros.

—Vámonos de aquí.

Nos vamos a la estación. La media hora que nos queda la aprovechamos para ver el bien acomodado conservatorio “Julián Romano Ugarte”. Unas chicas dan clase de piano. Hay que ver qué provecho le han sacado a este neorrománico caserón, terminado, a imitación del palacio de los reyes, durante el año de gracia dictatorial de 1927.

—Aquí debía estar el nuevo Ayuntamiento y no en ese chafarrinón.

El chafarrinón está en reconstrucción, según hemos visto al venir.

—Lo cierto es que durante aquella dictadura estaban de gusto un poco mejor que ahora.

Es fácil decir esto cuando se ve, desde aquí, la Estella desfigurada de los últimos decenios.

Me monto en La Estellesa. Como en aquellos tiempos. Es volver un poco a aquellos tiempos.

ESTELLA EN HUELGA

No eres sólo la ciudad
de las piedras y del agua,
hermosa postal turística
que se vende o se regala:
ciudad de viejos palacios,
corte de reyes y damas,
solar de ociosos burgueses,
salón de lujos y galas,
lugar de la vida fácil
de bingos, fiestas y playas...

Estos días hemos visto
en tus calles y en tus plazas,
en tus fábricas e iglesias,
la cólera de las masas
que mueven día tras día
la máquina ciudadana.

Brazos fuertes y templados,
cabezas bien despejadas,
ojos que ven el futuro,
corazones que batallan
contra el miedo y el cansancio...
¡Allí
estaban!

Obreros de la SALVAT,
 en huelga joven y airada;
 trabajadores cerrados
 en las naves de CANASA,
 naves que van siempre al puerto
 del conflicto y la estacada;
 trabajadores del hierro,
 de la piel..., amas de casa,
 mozos y viejos, chiquillos,
 todos a una... ¡No hay nada
 que una tanto como ver
 que en la vida se nos marca
 como ovejas del rebaño
 que comen, beben y balan...;
 que el trabajo —nuestra vida—,
 que es nuestro, se nos arranca
 y nos devuelven en cambio
 un sobre de cobra y calla!

Esta es la Estella real:
 la que se mueve y trabaja,
 la que cambia un mundo injusto
 con la tuerca y con la plancha,
 con el silencio y el grito,
 con la huelga y la pancarta.

¡Esta es la Estella mejor
 que hay que poner en el mapa!

La que no mata judíos,
 ni en los montes se desangra,
 la que supera el ayer,
 la que prepara el mañana
 libre, alegre y repartido,
 como Dios manda.

¡Estella, ciudad en huelga,
 en combate de esperanza,
 vieja Lizarra despierta,
 pueblo dispuesto a la marcha!

En el cielo que madruga
sobre los pueblos de España,
es tu lucha insobornable
una estrella viva y clara!

(25-1-1976)

QUEREMOS LA PAZ-PAKEA NAHI DUGU

Uno duda de si ir o no ir. Siempre le pasa lo mismo. El corazón tira y la cabeza le pone alguna traba: que a qué vas, que si buscas protagonismo, que si quieres espectáculo, que si puedes perjudicar a la Asociación...

Uno ha ido y va a las procesiones religiosas, y a las procesiones cívicas, que tan parecidas son: con santos, estandartes, letras y músicas, jerarquías y fieles, advocaciones y silencios...

¿Por qué esta vez no? Así que uno coge, se decide y va.

La plaza del Castillo es una pequeña fiesta de domingo diciembre. Espero dando vueltas por la plaza del Ayuntamiento a que den las ocho. Ocho jóvenes despliegan de cara a la Casa Consistorial un letrero sobre tela blanca y se ponen cuatro a cada lado, dos de ellos sosteniéndolo:

*Basta ya
Queremos la paz
Pakea nahi dugu
Asociación por la paz*

Y ya está. Me pongo unos metros más atrás, junto a la jardinería municipal, donde se sostienen unos tallos de pinos, cipreses, bojés y aligustres. Veo de reojo que a la derecha se colocan algunas

personas. Delante de mí se han puesto una señora y una niña pequeña, la niña le dice a su madre cosas al oído y mira hacia atrás. Somos unas veinte personas.

Relucen los leones dorados de los escudos en la cara barroca del Ayuntamiento, de mirada tan aparatosa que parece que vayamos a entablar un diálogo. Pero ahora no quiero hablar con el Ayuntamiento ni recordar los muchos lances, buenos y malos vividos dentro y fuera de sus muros. Quiero hacer bien lo que estoy haciendo. Intento reconcentrarme en los objetivos últimos y cercanos de la Asociación por la Paz.

Diez días lleva un ciudadano guipuzcoano secuestrado por Eta militar. A una señora de Zarauz se le han saltado las manos y los ojos al coger una bomba disimulada en una bolsa junto a la puerta de la oficina. Otra bomba le ha estallado, destrozándolo, a un joven de Pamplona cuando iba a ponerla no se sabe dónde. Y lo extraño es, lo dice todo el mundo, que estas últimas semanas no haya habido algún asesinato con pistolas marca parabellum.

Ayer mismo una larga manifestación conmemoró el aniversario de la muerte de un joven navarro ahogado en el Bidasoa, en extrañas circunstancias, después de haber sido detenido por la Guardia Civil.

¿Donde estamos? ¿En el Ulster, en el Líbano? No. Estamos aquí, en una tierra, donde, desde hace casi dos siglos, nos hemos especializado, como pocos, en las artes de Caín.

Unos están en ello y lo celebran siempre que pueden. Otros van acostumbrándose. La mayoría no, pero no sabe qué hacer, si no es apelar a los gobiernos, y duda de si algún quehacer puede remediar la situación.

Queremos la paz. Pakea nahi dugu

Lo queremos y lo decimos. Sin más. Frente al grito, el silencio. Frente a la marcha, siempre un tanto combativa, ahora la presencia quieta, que no es por eso menos activa. Frente al frenesí y al aturdimiento, a la indiferencia o al sarcasmo, la reflexión y la meditación sobre la paz, la violencia, sus causas y sus resultados.

—Mira, tú, ya están ésos ahí otra vez.

—No te jiba, que quieren la paz, también nosotros queremos lo mismo.

—¿Y qué se gana con eso?

—Eso digo yo, ¿qué hacen ahí, todos pasmáus?

Oigo o adivino estos diálogos normales en las aceras donde hay gente que se para un poco, mira, comenta y luego se va. No es muy divertido el espectáculo que se diga. Hay otras personas que miran, callan y se añaden al grupo. Ya debemos de ser una cincuentena.

Desde aquí veo bien a quienes vienen de la calle Mercaderes o de la calle Mayor: parejas jóvenes, matrimonios maduros, personas sueltas, grupos de jóvenes. Casi todos miran, leen el texto, siguen adelante en silencio. La farola junto a la que estoy tiene arriba un recuadro en favor del vascuence: “El euskera es tu patrimonio”. El cielo está nublado. Me distrae esa grúa alta, junto al mercado viejo, con su peñuscón amenazante: todo un símbolo.

—Chssssssss.

Es Benito que ha venido con su mujer y su hija, y me toca por detrás.

Desde la bocacalle de la Zapatería, a nuestras espaldas, dos o tres chavales gritan apresuradamente.

—*Gora Eta militarra.*

Y parecen escapar. Nadie se inmuta, pero el grito es como una puñalada en la carne débil de la noche.

Queremos la paz. Pakea nahi dugu

Lo cierto es que no la queremos del todo, al menos no con mucho desgaste personal.

Pasa ahora un grupo de adolescentes ruidosos, vocingleros, estallantes. No miran siquiera el letrero. Detrás de mí, a unos pocos metros de distancia, unos matrimonios se ponen a hablar en voz

alta de lo mucho que les costó dormir después de no sé qué cena. Volvemos algunos la cabeza, entre delicados y molestos:

—Perdón, perdón.

Bajan la voz y luego se van o se callan del todo.

En medio de este silencio, que hay que cultivar y mantener, el reloj del Ayuntamiento, redondo, luminoso y funcionario, es casi un dictador. Estamos pendientes del reloj. El reloj me distrae. Intento volver sobre la paz. La guerra, la guerrilla, la venganza, el odio, la crueldad... no son compatibles con el silencio noble, con la reflexión serena y abierta, con el pensamiento neutral y dispuesto. No necesitan el pensamiento; sólo la razón táctica y estratégica al servicio de sus fines obsesivos.

Miro disimuladamente. Ya andamos por el centenar. ¿Por qué esta manía por el número?

Queremos la paz. Pakea nahi dugu

Llegan corriendo, con el aliento fuera, unos cuantos mozalbetes. Tal vez no pasan de los 17 años. Vienen de la calle Mercaderes. Se oye un ruido como un depósito de botellas que se viniera al suelo. Luego el ruido, más lejano, de las pelotas de goma.

Hay un ligero movimiento de tensión subterránea en el grupo. La niña se agarra a su madre y le dice algo al oído. Son las ocho y veinticinco.

Los minutos son ahora larguísimos. El reloj es una insoportable lentitud. A las ocho y veintiocho llega otra carrera más prieta y silente. Sólo un desgarrón:

—¡Hijos de puta!

Cae un casquete cerca. Unos cuantos corredores se disimulan entre nuestro grupo. Se oyen cerca las descargas y varios policías con casco, porra en mano, corren más allá del Ayuntamiento hacia San Saturnino.

—Es el encierrillo de todos los días.

—Qué triste.

—Qué vergüenza.

—Hombre, lo de la policía tampoco es eso.

Los ocho jóvenes de la primera fila, que ahora son diez, recogen pausadamente el letrero. Sin desasosiegos. Ha pasado la media hora ritual. El grupo está dispersándose, rápida pero no alocadamente.

—Vamos hacia la plaza del Castillo.

—No por ahí no, ni se te ocurra.

—Hacia San Lorenzo, pues.

—Aguarda un poco.

La calle Mayor está artesanamente dominguera. Figuritas del Belén en los escaparates, junto a turroneos y vinos. Viejos comercios conocidos. Viejos apellidos entrañables. Ahí vivía la tía Emilia, cuando yo vine del pueblo a los ocho años a operarme de amígdalas a la clínica de Labayen; desde ese balcón vi la procesión del Viernes Santo.

Sobre la calle cuelgan bombillitas de Navidad, aún apagadas. “Felices Pascuas, Berna”. Debe de ser por el concejal.

La gente va y viene tranquila. A lo lejos se oyen gritos y rumor de cabalgata.

Ya se acabaron en San Lorenzo las misas de la tarde. Están cerrando las puertas.

El bar Ciudadela está a tope, arriba y abajo. Grupos de mozos y mozas se sientan en los yerbines junto a la puerta. No hace frío. Hace noche de último otoño.

El general Sanjurjo, hijo ilustre de la ciudad, sigue en su estatua albardada de pintura roja. La calle de San Nicolás es un afluyente de multitudes.

El paseo de Valencia, oficialmente de Sarasate, está despejado y acogedor, con algunos dedos de hojas aún en los árboles, bajo una luna crecida, con cara de mocita parrandera.

Queremos la paz. Pakea nahi dugu

SIGUIENDO A LOS GIGANTES

Están regando los jardines de la Ciudadela y los que quieren seguir durmiendo tienen que subirse a los bancos.

Junto al hotel de los Tres Reyes, unos mozos duermen a pierna no suelta dentro de un coche.

No hay manera de llegar hasta la capilla de San Fermín en esta mañana de la Octava del Patrono. La Capilla de Música de la Catedral mezcla gregoriano, cantos populares y estrenos polifónicos.

Ya vienen por la calle Mayor los timbaleros y van juntándose los músicos de la Banda Municipal vestidos de gala. Ya sale el Ayuntamiento de la iglesia de San Lorenzo, seguido por la Guardia de honor.

Vuelve la comitiva municipal por la calle Mayor, la más bonita de Pamplona, larga, estrecha, alta, solemne y vecinal, artesanal y burguesa, comercial e ilustrada, con alguna que otra colgadura municipal, tiestos con geranios y petunias, poca gente en los balcones y mucha en el santo suelo, tras los Gigantes y los munícipes.

Van los Gigantes lejos, allí delante, meciéndose con ritmo temblón, contentos porque están en su ambiente, midiéndose con la vieja ciudad para la que fueron hechos. Cuando salen del casco viejo, están como despistados, les hace daño tanta luz y les marea tanto urbanismo desmedido.

Voy mirando casas, escudos, comercios, ventanas y balcones. El letrero más lejano y medieval me parece ése que dice: “Educación y Descanso. Hogar del Productor”.

Al pasar junto a la iglesia de San Cernin, nos viene un vaho de arte gótico.

Van muchos padres jóvenes con niños. Vamos todos tan juntos que nos oímos todo. No hay secretos aquí. A mi derecha, unos hablan de política municipal:

—El año que viene tendremos alcaldesa.

—Al menos, la designarán.

Y a mi izquierda, de microeconomía:

—Va y me pide 5.000 duros, oye, tú.

—¿Y qué le dijiste?

—¿Tengo yo cara de tener 5.000 duros, o qué?

Al llegar a la plaza del Ayuntamiento, “destruída” por Casa Seminario, se nos echa encima un calabobos fino que dura unos minutos. Los Gigantes se colocan en dos filas, cara a cara, haciendo un camino real para que pase el Ayuntamiento y los que le acompañan.

Creados por el pintor Tadeo Amorena en 1860, son los Gigantes los representantes de la ciudad de la fantasía, siempre muy por encima de la ciudad de la realidad. Reyes constitucionales de las fiestas, de los niños y de los grandes, encarnación festiva y callejera de los Reyes Magos, que sólo se dejan ver durante unas horas, son elegidos, año tras año, en votación espontánea, ruidosa y unánime por todo el pueblo de Pamplona. Son lo grande, lo extraño, lo inhabitual, un poco también lo cósmico y lo celeste. “Al estar con esos grandullones —escribe un niño de Pamplona—, me siento pequeño, pequeñico”. Y otro: “Los Gigantes son tan altos como dos árboles”.

Tengo enfrente a los cuatro Reyes de la baraja sanferminera: el europeo, más bien español; el asiático, más bien turco; el africano, árabe más bien; y el americano, que es más negro que el africano.

No me extraña que cuando los llevaron a Nueva York, en 1965, pudiera entrar éste y no aquél, por aquello del racismo.

Al español le delata el toisón de oro y el emblema de la Orden de Santiago. ¿Hay algún rey europeo que los lleve? El turbante con la media luna y el alfanje revelan bien al sultán otomano. (El año en que nacieron los Gigantes iruñeses fue el último del reinado del reformador Abdülmecit, muy ligado a las potencias europeas).

Pasa una charanga por la calle de San Saturnino:

*Que te ha pillao
que te ha pillao
que te ha pillao
el carrico del helao...*

“El Barbas”, además del alfanje de la guerra santa, viste la usual indumentaria árabe contra el sol y el polvo de los desiertos. Y el americano, alto y grueso de sesenta y seis kilos y medio, lleva las plumas de hojalata dorada sobre la cabeza, y a sus espaldas el arco y el carcaj, todo tan típico de los “pieles rojas” de los relatos del Oeste.

Los Gigantes fueron un día símbolos de los pueblos y de los poderes de la tierra, que rinden vasallaje al Dios Nuestro Señor de las catedrales y de las procesiones donde nacieron: también en Pamplona, ya en el siglo XVI. Otros dicen, pero me parece más improbable, que fueron símbolo del mal y de los poderes maléficos de la tierra que huían ante el Santísimo.

Bailan los dantzaris del Ayuntamiento, pero desde aquí no se ven ni se oyen apenas. La gente comienza a impacientarse porque los Gigantes no se mueven.

—¿Pero van a estar ahí toda la vida?

Los ediles salen al balcón, algunos con la chaquetilla quitada, relamiéndose los labios de los bocadillos que comen y de las copas que beben ahí dentro. Nos entra a todos el hambre y la sed. Otra fanfarria entra en la plaza, y los ojos y los oídos de la gente se van tras ella

*Qué buena estás María,
María, María...*

La gente se impacienta aún más.

—Venga, vamos de aquí, ya está bien de esperar.

—Vamos a ver un poco, chica.

—¡Pero si no hay ya nada que ver!

Por fin se mueven los Gigantes y bailan un vals. Estos Gigantes que han bailado mil veces delante de reyes, visitantes, obispos nuevos, Vírgenes antiguas, porque se inauguraba la luz o se derribaban las murallas, cuando se proclamaba la Monarquía o la República, o con ocasión del final de las guerras, bailan ahora delante del Ayuntamiento democrático, delante del pueblo sanferminero de Pamplona en la Octava de San Fermín. Hoy es San Fermín, grande o chiquito, el único personaje que los saca a la calle y ante el que se rinden estos mozallones y mozallonas. Se acabó cualquier otra subordinación.

Salen los Gigantes de la plaza al ritmo de los cuarenta y tantos compases de un pasacalles, o correcales, o kalejira o beribilketa, que tocan los dulzaineros o gaiteros, que van detrás de cada monarca, y los txuntxuneros o txistularis que acompañan a la última reina. Un zaldiko anda retrasado por la calle Mercaderes, con su gorro arlequinero y su esclavina de bufón.

Desde aquí hasta la estación de autobuses es una marcha irregular, cada Gigante a su aire, al aire que le tocan, siempre dentro del orden desordenado de la comparsa, siempre en danza suave, redonda y airosa. Una marcha, no un desfile.

Los padres llevan a los chicos en hombros y las madres de la mano. Los chicos se ven altos, gigantescos casi, y los padres también más altos y fuertes que nunca. Un chiquillo besa la falda de un gigante, como si fuera un santo.

Chispea. Adelante van, pero no les veo, los cinco Cabezudos, con el "alcalde" a la cabeza, y los seis kilikis, que limpian de chavalería con sus vergas el camino.

Por la Chapitela vamos un poco más desahogados. Las gotas que comienzan a caer asustan a unos y ladean a otros. Vamos un poco más a prisa. Los gaiteros siguen tocando correcales. Me sacan una y otra vez la alpargata. Lo malo no es eso sino cómo métermela antes de que te la saquen otra vez. Hoy nadie dice nada. Todo es normal.

Llegamos a la plaza del Castillo. Sale un poco el sol, pero bizquea y se va. Los plátanos se mueven no sé si al vientecillo fresco o al aire de las faldas de los Gigantes. En el Iruña hay algunas gentes que ya tomaban el aperitivo en tiempos de Hemingway. Junto al viejo café suizo pasa la banda del Ave María, con su estandarte, que le da fuerte a aquello de

La Madeleine es mi gloria y mi vida

en versión años veinte, o

A Madeleine le gusta mucho el vino

en versión más reciente.

Aprovechando las paradas de los Gigantes, los chicos se meten bajo sus faldas, entre el caballete de pino, para ver las entretelas masculinas o femeninas del corpachón real. Ya digo que los Gigantes son la versión laica y desmisterizada de los Reyes Magos. Lo que pasa es que cuando comienzan a andar y sobre todo a bailar, a los chicos se les olvida lo que han visto por abajo y sueñan en lo que ven por arriba.

Recuerdo de Ignacio Baleztena, otro mito sanferminero, al pasar junto a su casa. En los balcones del segundo piso de la Diputación unas mocitas bullangueras juegan a ver y a dejarse ver. Pero la langarra les obliga a cerrar pronto un balcón.

El rey europeo-español da una vuelta por detrás de la estatua de los Fueros y toda la comitiva real enfila la calle derecha del Paseo de Valencia-Sarasate. Los Gigantes ven bien lo que queda en la tómbola. Nosotros sólo vemos balones y bicicletas. La estatua de los Fueros, como es aún más alta, nos deja pasar a todos, como una guardiesa solemne y foral —un poco despectiva— de circulación en día de fiesta.

Ahora tengo por fin ocasión de ver, desde la acera de San Nicolás, a las Reinas, de cerca. La española-europea (que ya estamos en la CEE), con su mantilla y todo, como para disimular, y, además, con abanico y ramo de flores. ¿Qué busca la sultana con su farol? ¿Estaba acostumbrada a recorrer con él los largos pasillos o las cámaras secretas y fascinantes del Topkapi?

Frente a Correos, y junto al kiosko, los Gigantes se echan para atrás por no darse con los cables que llevan la luz a las tiendas y establecimientos que han puesto en el Paseo. ¡Ay, esos dátiles tan ricos!

Qué modesta, acostumbrada al harén, es la reina árabe. Cuando baila con su belicoso esposo, la larga capa crema al viento, no es fácil ver su bello rostro humillado y aceituno.

Francisco Apezteguía, nacido en mi pueblo y en mi calle, que es ahora encargado de la comparsa, anda dando explicaciones, alguna muy severa, a quien por no sé qué tropiezo circunstancial, se le ha subido a las cejas.

—Demasiadas explicaciones, abuelo.

Sale un solecillo pícaro, que pica un rato.

Ahí detrás baila la reina apache al son del txistu. Sus aretes exóticos hacen de contrapeso a las tres plumas doradas de hojalata que le mantienen erguida la cabeza. No sé por qué, me acuerdo de aquel bailar legendario de Gigantes, Pedro Trinidad, a quien J.M. Pérez Salazar llamó en su verso “pies de plata”.

Hay un mogollón de gente a las puertas de la estación. Nos vemos unos y otros

—Tanto tiempo sin verte

—Ya ves, a despedir a los Gigantes.

Vuelve el zir-zir. Por querer tener un sitio dentro, me pierdo la polonesa que bailan Sus Majestades gigantonas a la entrada.

Mira por dónde, la estrecha y torva estación que tan poco me gusta otros días, corral de autobuses, vieja y despintada, llena de ruidos y de poca luz, hoy me parece tan gallarda, llena de colores, viva y festiva, con el verdeamarillo de su osatura de hierro y su gracioso balconcillo corredor, en el que los kilikís, Barbas, Coletas, Napoleón y Patata, se despiden de la gente echando caramelos y globos, y limpiándose lágrimas de cartón bajo su bicornio. Caravina-gre y Verrugón no han podido subir a la despedida porque sus som-brerazos no les dejan pasar la puerta.

Encima de nosotros está Napoleón, el más simpático de cara, quizá por haber sido emperador, que no para de saludar y de echarnos caramelos. Me tocan literalmente un polo color rosa y un caramelo de menta.

Entran los Gigantes en la estación, cuatro por cada andén. Durante tres cuartos de hora no paran de bailar vales y kalejiras, no paran de inclinarse y dejarse besar por los niños. Ellos no besan: serían besos demasiado grandes.

Napoleón tira los últimos caramelos y globos, y se va.

Entran por un andén, poco a poco, retraídos, tres autobuses de *Conda*, y por el otro, una *Estellesa*.

Suena el último pasacalles, que parece más triste.

Los dulzaineros dejan de tocar. Ya no hay nadie en el balconcillo corredor. Los Gigantes comienzan a desfilar —esta vez a desfilar, sí—, hacia la puerta de su veraneo, hasta Sanfermín chiquito, y de su invierno hasta los Sanfermines de 1987. Un gran rebullicio en la chiquillería y en el resto del gentío que abarrota la estación. Nadie canta el “pobre de mí”, no, eso no. Cada rey y cada reina, antes de entrar en el pasillo de la nada, de la fugacidad del sueño, se inclina para despedirnos y se da la vuelta. Muchos aplausos. Nadie se atreve a sacar la lágrima llorona. Si no, todos lloraríamos un poco.

Los autobuses *Conda* y *La Estellesa* avanzan hacia sus sitios de costumbre. Salen a las tres de la estación.

Son las dos y cuarenta minutos del día 14 de julio.

HABLANDO DEL MERCADO COMUN EN JUARBE

En Juarbe, el más pequeño pueblo de la Ulzama, no hubo nunca muchos habitantes y en tiempos estuvo deshabitado. A mediados del siglo pasado tenía doce vecinos. Hoy son seis, que no es tan poco.

En Juarbe hay mucho sitio para las casas, que están dispersas y holgadas y forman una especie de rectángulo con muchos huecos. Hay en medio del caserío una fuente con aska y un poste de piedra, todo hecho en 1907.

En el extremo nordeste del pueblo está la iglesia de San Sebastián, que nos abre la señora vecina que está tomando el sol. El suelo es de roble y brilla de cera reciente. La base de la pila bautismal parece muy antigua. La pared oeste de la pequeña torre hace de frontón.

—*Bai. Denak euskeraz mintzatzen gera* (todos hablamos vascuence).

Y en vascuence le hablo, lo que le gusta y le alegra.

En medio de un prado próximo está el cementerio, sin árboles; una cruz de piedra lo preside. Las segadoras andan cortando hierba y toda la tarde huele a hierba cortada, un olor dulce y romántico.

Entre el hayedo de la loma cercana se ve la borda de Sandunia, ahora vacía. Se ven también quejigos y pinos de repoblación.

Junto a una casa grande y blanca, con balcones y ventanas verdes y parras retorcidas, hay una segadora-empacadora, a la que le sale la hierba por todos los poros. En la puerta el ama joven habla con un señor mayor. La fachada de la casa contigua tiene un escudo; es probablemente de finales del siglo XVIII y fue ampliada en 1889. Aparece el nombre de J.M. Iriarte. Ahora es un almacén. Entramos y la examinamos desde el suelo hasta el vigado y bien trabado desván. Era hasta hace unos años, junto con otras casas del pueblo, propiedad del marqués de Egaña, que vive ahora en San Sebastián. El horno exterior se apoya sobre una especie de contrafuerte.

—Qué “adelante” tiene —nos dirá luego la señora Josefa.

En otra casa, vacía, de enfrente el horno exterior se apoya sobre dos postes de madera.

Al otro extremo de Juarbe está la carnicería, una casa que compra y vende ganado lanar y distribuye carne por los pueblos vecinos.

Antes de llegar hasta allí nos detenemos a mirar la casa de Juan de Barbería (1725), tres pisos con doble cuerpo de alero y hermoso dovelaje en la puerta principal. Aquí vive la señora Josefa, que está junto a la entrada. La dueña joven que vimos al principio es hija de esta casa y está dándole a la azada en un huertillo en medio del anchurón. Se mete pronto en nuestro palique.

—Las casas parece que son buenas, pero están destrozadas por dentro. El fiemo del piso de abajo va pudriendo todas las maderas. La mayoría de las casas están de pena.

La madre asiente y nosotros nos enteramos de algo que no sabíamos.

Hablamos de las cosas de este pueblo y de otros como éste, y la joven dueña se desata:

—No sé cómo se puede quedar nadie en los pueblos. Es la vida más esclava. No paramos de trabajar y total, para qué. Cualquiera que vive en la ciudad vive mucho mejor.

—Bueno, si tiene trabajo, eso para empezar.

—Y según qué clase de trabajo.

—Claro.

—Pero éste es un trabajo de esclavos —vuelve la del pueblo—.

A ver usted, que está en el Mercado Común y todo eso, qué dice.

—Hombre...

Y le damos al Mercado Común. ¡No pensaba haberlo hecho en Juarbe! Pero aquí hay, al menos, una mujer “fuerte”, en el sentido bíblico del término.

—El monte ya no da dinero.

—¿Y la leche?

—La leche tampoco.

Y sale el tema de la leche en el Mercado Común. La verdad es que uno no puede decir más de lo que hay.

En Juarbe, cosa curiosa, trabajan con las tres grandes centrales lechera de la zona.

—Un kilo de pienso ya vale 32 pesetas, y el litro de leche, 35. Así que a ver.

El más entendido de nosotros saca a relucir la carne de cordero.

—Con la carne de cordero ganamos sólo en Navidad. Lo demás del año, pues a 350 pesetas kilo. Una miseria. Además, ¡si comparamos con lo que ganan ustedes!

Nos reímos todos.

Pasa un hijo de trece años, conduciendo el tractor junto a su padre. Viene seguro y gallardo como un coronel. Nos interrumpen la conversación.

Nos metemos, qué le vamos a hacer, con los sueldos de Juarbe, de Pamplona, de Madrid y de Bruselas.

—Y luego, con los cochazos que llevan.

—Ahí lo tiene usted.

—Sí, pero ése no será suyo.

—Es que yo no tengo.

—Sí, ya, lo tendrá blindáu y todo.

—Que no, mujer, que no tengo coche oficial, ni el otro tampoco. Los parlamentarios europeos no llegamos a tanto.

Ahora me ayudan un poco mis compañeros. Fernando les enseña el coche con el que hemos venido, que es el suyo. Y luego se pone a hablar de cooperativas.

—De las cooperativas ya estamos escarmentáus, dice la juarbeña.

Y se desahoga hablando de ésta y de la otra, sin pelos en la lengua.

La madre sigue atenta la conversación. De vez en cuando se ríe o subraya con entusiasmo las salidas de la hija. A veces dice de las suyas. Como cuando se alude a una conocida funcionaria del pueblo vecino.

—La cosa es que buen empleo tiene ésa en Diputación, pues.

Se ríe estruendosamente y todos nos reímos por contagio.

Cuando salimos del pueblo, paramos cerca del huertillo donde le da a la azada la dueña joven, y le digo

—Que no está blindáu, mujer. *Agur. Gero arte.*

Merendamos en Casa Juan, cerca de la antigua ferrería de Aizároz. También hubo ferrería en Igoa, hasta donde subimos bordeando el cauce del regato verdísimo de olmos.

Igoa ocupa la vanguardia fronteriza norte de Basaburúa Mayor, al pie del Arralde, y vive la última hora de este día de junio, día de siega de hierba que andan todavía cortando y subiendo en las aspiradoras a los pajares de las casas.

La plaza resume bien y absorbe incluso todo el pueblo. En ella está el frontón —“Josta Leku, 1957”—; la iglesia de Santa María, con gruesas campanas, restaurada hasta con suelo de mármol en el atrio; la Posada y la Casa del Concejo. Los edificios están hechos de piedra gris granítica, hace poco picada y pulida. Los olmos rodean el pueblo. La antigua “Escuela Nacional” se asoma sobre el bordillo, hacia el valle.

En la colina hayosa de San Fermín hay una granja de cerdos.

Desde Igoa se ve bien el oleaje sereno de unos montes verdioscuros, que se aquietan del todo cuando llega la noche.

Defiende el flanco sureste del pueblo una cerrada defensa de flores.

Por el Juspela vienen las últimas luces de las últimas hogueras lejanas que quedan de la noche de San Juan.



EL VINO DE MAÑERU

Igual el blanco que el tinto,
el clarete que el rosado,
el nuestro es un vino osado
que habla un lenguaje distinto.
Es un caldo variopinto
en el color y el olor,
en el tacto y el sabor.
Es redondo, alegre y fino.
Por premios, es el mejor.
Di Mañeru y dices vino.

DESDE LA ERA DE BERRIOZAR

Desde la era de Berrioizar viejo —albarda sobre albarda—, veo Pamplona medio desnuda al sol de esta tarde estirada de junio. Me rodean unos plátanos y unos arces jóvenes. Entre la ciudad y yo, la distancia tiene color verde agrio de cereal. La sierra de Tajonar persiste en la lejanía, pero la de Alaiz está convirtiéndose en bruma.

Pamplona es desde aquí una ciudad larga y convexa, poco vertical, casi sin torres.

La ciudad vieja es regular y sepia. Se apiña, codo con codo, casa con casa, débil y desconfiada, entre reventaderos de margas sobre el río y paños duros de murallas. La ciudad nueva es irregular, desmedida y, a trozos, caótica. Un zócalo de árboles subraya la mesetilla de tufa de la legendaria Iruña, y algo disimula los recientes deterioros.

Sobre la era está la iglesia románica rural, con su atrio cubierto y descubierto. Rosas lascivas, acacias resignadas, hierbabuena provocadora. Entre las acacias, una bochera de antes de la guerra, a la que alguien le ha puesto el nombre de “botxategui” (1985), con lauburu y todo. Junto a la puerta, y bajo la pintoresca pila aguabenditera, quedan aún granos de arroz nupcial.

Sobre la tapia de la huerta parroquial, bordada por la yedra, se asoman unas flores de saúco, que huelen a miel y a infancia.

Todo el pueblo está poblado de rosas y geranios. Hay rincones de piedra vieja y descaradamente limpia, que parecen, de tan floridos, andaluces. Al otro lado, una pequeña palmera y tiestos con conchas.

En la puerta de un establo, un chico grita

—Viva San Fermín

y salen mozos, toros y mansos, en forma de chicos y chicas, en rebullón. Detrás vienen algunos con palos en la mano. Entre ellos corre un perro lleno de mataduras en las patas.

—Pero ¿qué hacéis?

Ellos no han sido.

—Le cogió un coche el otro día.

Otro rincón de casas con hiedra seca huele a higueras. Hay en un hueco un pegote horrible de hormigón. Muchos coches junto a las puertas. Muchos perros.

El nuevo, espeso y alborotado Berrioizar creció al pie del San Cristóbal en los años sesenta, cuando la emigración hacia las nuevas industrias navarras. Del viejo Berrioizar no bajó más que un vecino. Pero hasta él han ido subiendo algunas familias andaluzas, que han alquilado casas vacías. Hay muchos niños morenazos, sillas junto a las casas, cortinas en las puertas, rincones andaluces. Aunque me dicen y me repiten que éste ha sido siempre un pueblo de flores.

El pueblo viejo, como algunos le llaman, se esmeró, se renovó y se quedó en su sitio, entre militar y montañero, en la varga. Se me quejan de que en el Concejo no hay nadie de aquí, que todos son de abajo, aunque han conseguido que de los cinco días de las fiestas patronales uno al menos se celebre en el primitivo Berrioizar.

Estoy hablando junto a la casa del rincón que pintó Basiano. Está llena de parras, rosas, geranios, clavelinas, picardías de marido, hierbabuena... Quedan cuatro agricultores en el pueblo. Los demás o son jubilados o trabajan en las fábricas de alrededor.

—Lo peor son los mulos y los caballos.

Los del ejército, se entiende. Están muy cerca los cuarteles de artillería a lomo de Ainzoáin

—Dicen que los llevan al Perdón.

y por aquí traen a entrenar a los caballos y mulos de las operaciones, que

—Lo menos son trescientos.

lo ponen todo sucio de mierda y porquería.

—Ya los podían llevar a todos.

Bajamos con tiento. No debe de ser difícil resbalarse en estas calles-costanillas.

—Muchos se han resbaláu aquí mismo.

—¡Pues qué será cuando huela!

—Hay que estar siempre barriendo y limpiando.

Recordamos al cantinero del Fuerte de San Cristóbal que, cuando se retiró, compró esa casa que está ahí, y al famoso don José María Solabre, cura carlista, párroco del pueblo, que formó parte de aquel “equipo” de tres curas que trabajaron para los servicios de espionaje inglés durante la segunda guerra mundial. Los alemanes estuvieron a punto de ahorcarlos, pero el obispo de Pamplona acabó recluyéndolos en el convento de Capuchinos de San Sebastián, de donde se escaparon, y volvieron a sus casas parroquiales de Berriozar, de Esquíroz y de Urzainqui.

—Tenía en su casa un inglés que le trajo una radio.

La huerta parroquial, donde pasaría muchos ratos el inglés, vista desde arriba, está bien provista. La cultiva ahora, según me dicen, el párroco, un cura progresista que vive en el nuevo Berriozar. La vereda sigue, más allá de los cipreses y del cementerio, hasta el Fuerte. El olmedo es un abanico gigantesco, que podría quitarnos el sol, si ya no fuera tan lánguido.

Están saliéndole sombras a Pamplona.

Una fuente copiosa cae en tres chorros, al sur del pueblo, y se amansa en una pila de lavadero grande y cubierto, para irse luego, directamente, al depósito, entre chopos.

—Es buenísima, fresquísima.

Pasa, dolorido, un tren de mercancías.

EL MITIN

Mientras llega el Candidato, han montado un pequeño festival de música con un grupo de “divos”, que entretengan al personal. Viejas y nuevas canciones que nos arrastran la memoria y nos acunan el corazoncito. Hay policías sin disimulo, de paisano, a lo largo y ancho de los accesos. Los jefecillos del orden interno saludan a los que entran, festivos, descamisados, con las plaquitas de identidad partidaria al pecho.

—¿Qué hay?

—Hola

—¿Qué tal?

—Ya ves.

—¿Mucha gente?

—Hasta los topes.

Hace calor.

Cuando entramos, todo está lleno. Vamos por la parte alta del pabellón polideportivo, de acá para allá, buscando sitio. Que si quieres. Todo el mundo se agolpa en la barandilla, sin dejar un resquicio. Los delgados se infiltran en los huecos más fácilmente, los altos ven más que los bajos, y algunas señoras maduras y pinturreadas aprovechan no sé qué podios para alzarse sobre nuestras cabezas. Aquí no hay otras reglas. Saludos de unos y otros. Gritos, manos, manotazos, abrazos, besos, palmadas, trompicones, sudor.

Todo el mundo suda, todo el mundo se aúpa hasta donde puede, todo el mundo estira el cuello. Algunos corren. Y la música pega fuerte como animando a la lucha por el sitio. Hace más calor.

Nadie parece reparar en el gigantesco y frío entramado de hierro y hormigón del recinto, proyectado para pruebas deportivas. Todo lo llena ahora el calor del sol y del gentío.

Llega el Candidato entre nubes de aplausos y jaleos. Camisas y cuellos sueltos. Alguna corbata. Todo el mundo se pone de pie. Es el rito de entrada. Suena el himnillo electoral. Banderitas en mano en los asientos de la cancha. El pabellón es un concurso de colores. Predomina la gente mayor, la gente tranquila que va a estas cosas rituales, con una orla joven de cuarentones bien conservados. Saluda a los suyos el Candidato. *Asperges me*. Junto a él, y en orden riguroso de protocolo, los candidatos provinciales, que han esperado, entre desconocidos, humildes y satisfechos, la llegada del *Number One*.

—Qué bien está.

—Pero si es más alto de lo que parece.

—Y no se cansa el tío.

—Y les cansa a todos.

—Qué bien le va la camisa, tú.

—Que no veo nada.

—Mujer...

Terminan los aplausos. Todo el mundo se seca el sudor. Detrás del pabellón hay una piscina azul, entre chopos y sauces, donde se zambullen algunos niños. El monte San Cristóbal lleva a hombros toda la luz de la tarde de junio. Parece que hace ahora más calor.

KAIKU

Hoy el único candidato es el Candidato, el único vestido de blanco, el único consagrado por el pueblo para predicar la verdad, recibir el poder y pasar a la inmortalidad. Los demás parecería que iban a ser consagrados por él y no por las urnas. ¿Quién se acuerda aquí y ahora de que éstas son unas elecciones parlamentarias y no presidenciales?

Uno de esos candidatos provinciales lee unos papeles e intenta decir no sé qué contra los candidatos de otra lista. La gente no tiene otro remedio que aplaudir, porque hoy las manos son aplausos y en cuanto se mueven, aplauden. Termina pronto, menos mal. Otros tres le suceden y buscan desesperadamente el aplauso fácil levantando la voz y metiéndose a lo loco con los otros candidatos. La gente aplaude sin ganas, porque lo pide el rito. Hay que aplaudir contra el otro. Hay que aplaudir muchas veces. Hay que llenar el tiempo hasta que hable el Candidato. Es mucho más divertido aplaudir que atender a lo que dicen estos candidatos sin gloria ni nombre, teloneros del telón que dará paso al Unico.

FRILAC

Ya sube, ya sube, por fin, al trono democrático de los comicios, alto, reluciente, ornado de flores y de banderas, altar mayor privilegiado, con el ambón en su sitio, arriba las estatuas invisibles pero presentísimas de todos los héroes, los mártires, los confesores, los apóstoles de la Idea, que ahora se llama Proyecto. Hay olor a ineienso popular, que se quema en los turiferarios de miles de manos que siguen aplaudiendo.

—Qué guapo está.

—Y qué buen color.

—Aquí hay jefe para rato —dice con entusiasmo un señor que peina canas.

La gente corea el nombre del Candidato. Las banderitas son amarillas y verdes, con el escudo del Partido en medio. Una pradera en verano. Un campo de trigo y de colza en primavera. Un edén.

—Acércate, mujer, fíjate.

—Ya veo, ya.

—Qué estupendo.

—A ver si nos mira.

El Candidato levanta las manos en señal de victoria. Chifla a la gente. Los aplausos son un trueno blando. Una catarata lenta.

YOPLAIT

Alguien cree que al mitin se viene a oír lo que dicen. No. El mitin, como su nombre inglés lo dice bien, es *encuentro*. Sobre todo

mítines como éste, con liturgia propia del día en todas las gallofas electorales. Lo demás es accesorio. Que haya gente, mucha gente es indispensable. Y luego que se le vea al Candidato, que aparezca vivo, cercano, posible, realmente presente, divino pero humano, humano pero divino.

—Está lleno a rebosar, ¿eh?

—¿Pues qué te creías?

—Pero esto no lo llena más que él.

—Por supuesto.

—¿Habrá diez mil personas?

—Yo creo que más.

El Candidato habla y es aplaudido. ¿Qué dice? ¡Qué más da! Que lo han hecho bien, que lo van a hacer mejor, que nadie lo haría como ellos, que los demás lo hicieron peor, que van a ganar, que pueden ganar, que deben ganar, que van a seguir ganando, pero que con calma, sin prisas, con firmeza y mucha paz, sobre todo mucha paz, y mucha libertad, y mucha justicia para todos, y que Navarra siempre votará por él.

La gente, la buena gente sudorosa y ya sudada, se seca el sudor con el pañuelo, lo mismo que el Candidato, aplaude sin parar, grita, jalea, dice que sí, que siempre, que a ver qué pasa, que no faltaba más, que adelante, que a ganar, a vencer, a triunfar, por los siglos, de los siglos.

KICKERS

—Qué bien habla el tío.

—Y sin insultar como otros.

—Eso, eso.

—Mira cómo suda el pobre.

—Y está un poco ronco.

—¿Tú crees?

Y luego el rito del adiós. Suben los candidatos oscuros. Se fotografían juntos, sonríen juntos, levantan las manos, aplauden. Música y aplausos. Id en paz. Ya está.

Los innumerables agentes del orden impiden a la masa sudorosa que se acerque al Candidato, que baja las escalerillas del púlpito

solemne, pero el Candidato se acerca, mientras suena el himnillo electoral, da manos, reparte sonrisas, dice palabras que no se entienden, se deja sacar fotos, levanta la vista, las manos, avanza, le hacen avanzar.

CAJA DE AHORROS DE NAVARRA

Sale la gente a prisa por los vomitorios del pabellón, porque quiere ver al Candidato cuando salga el autobús que lo lleva al hotel. Gritos, afanes, corridas, saludos, alegrías, sudor, olor a animal viejo, a jabón, a quesos, a colonia violenta.

—Qué calor.

—Qué calor.

—Qué calor.

—Pero qué bien todo.

—Formidable.

El coche del Candidato, que lo lleva al hotel, pasa cerrado a cal y canto. Un pelotón de policías lo custodia, lo protege, lo escolta, lo lleva en volandas. El Candidato saluda sonriente y sudoroso. Algunos candidatos provinciales ocupan coches posteriores y abren las ventanillas para dar la mano, que el Candidato no puede dar. Pero ellos no interesan.

El encuentro se ha producido. La gente ha encontrado al Candidato representación visible y hasta tangible, poderosa y al mismo tiempo cercana, de la Idea, de las ideas mantenidas contra viento y marea, de tantos años de historia, de tantos días de esperanza, de tantas horas de esfuerzo.

Ahí van los de Cizur, y allí los de Cintruénigo, y los de Andosilla, y los de Cáseda y los de Elizondo. Han venido en autobuses y en coches particulares. Se saludan, se gritan, se abrazan, se despiden.

—Cuánto tiempo sin verte, hombre.

—Y que lo digas.

—Qué bien el jefe, ¿verdad?

—Qué bien.



MENDIGORRIA

Mendigorría guerrera,
toda en tensión de vigía
y la torre toda espía
empinada en tu trinchera.

Mendigorría velera,
monte rojo, piedra fría,
navío de fantasía
hacia el mar de la Ribera.

Mendigorría campera,
trigo recio, uva bravía.
Bate el cierzo de Sarriá
los pinos de tu bandera.

Mendigorría, a la espera
de un futuro de alegría.
El Arga sueña en su estría
tus soles de primavera.

Enero de 1978

UNA TARDE JUNTO AL UREDERRA

No sé si fue porque José Luis pasó el puentecillo con su coche para dejarlo a la sombra o qué, la cosa es que el capataz, o lo que fuera, con matrícula de Huesca, tenía tan mala uva o tan malas “purnias”, que hemos tenido que salir de allí zumbando.

—¿Pero qué se ha creído ese tío?

—Déjalo.

—A ver si no voy a poder yo estar en mi casa.

—Otra vez. Vámonos.

—Voy a bajar a cantarle las cuarenta.

—Ya le cantarás otro día. Vamos de aquí, venga.

Cierto que antes de entrar en el barranco Basaula o Basaura (¿agua del bosque?), hay un letrero que dice: “Mancomunidad de Aguas de Montejurra. Estación de bombeo...” Nada de “prohibida la entrada” o cosa por el estilo.

No hemos visto el nacedero de Itxako, desagüe de la sierra Santiago de Lóquiz, que da de beber a Estella, ni hemos visto bien el barranco, en otro tiempo paraje bello y atractivo de nuestras excursiones estellesas, hoy todo en obras, lleno de casetas, tubos, hormigón y malos modos.

—Adiós, muy amable...

han debido de decirle desde el otro coche, y el hombre, encendido, ha corrido tras de nosotros apuntando las matrículas.

Recalamos, entre sorprendidos y molestos, en la fuente del encino, donde hay mucha más piedra que agua. Y tras echarnos un trago, como que sí como que no subimos la rampa encinosa que lleva a Amescoazarra (Vieja Améscoa), tal vez un día castro céltico y luego poblado defensivo en la época medieval.

Bajo las encinas, entre bojés, cardos estrellados y cardenchas, ortigas y tomillos, resecos, achicharrados por el sol vengativo del último julio, saltamos por los restos de murallas, cimientos de casas y residuos de edificaciones de barro y piedra caliza, donde hace años se encontraron una estela funeraria y un trozo de pila bautismal. Como lugar inaccesible, este cerro-castro no tendría par. Empinadas rocas por arriba y el abismo abajo, sobre el curso apacible del Urederra entre alegrías veraniegas de choperales.

¿Fue este el lugar “sobre una peña tajada entre Améscoa y Eulate y Val de Lana”, del que nos habla el Príncipe de Viana, donde fue aclamado rey el señor de Abárzuza y Améscoa? Así nos lo sugiere don Luciano Lapuente, historiador amescoano y párroco de San Martín.

Sobre las peñas cortadas a cuchillo como un pernil, se asomantadoras unas flores de té.

- No te arrimes, animal.
- Que no pasa nada.
- Que me da mucho miedo.

Bebemos agua de nuevo en el hondón del cemento de la fuente y corremos que volamos hacia el nacedero del Urederra.

¿Quién no se acuerda al pasar este largo desfiladero del general Zumalacárregui y del general Valdés?

Allí va Baríndano, al que le toca vigilar el Valle de las dos Amescos, que para algo conserva “el cuarto” del caudillo carlista y en Txapartu la huella de “la herradura del caballo de Santiago”. El Camino no está demasiado lejos.

Subiendo de Zudaire hacia Olazagutía, y tras saludar en su casa al benemérito etnólogo Emilio Redondo, dejamos los coches y nos paramos junto a la punta de lanza que hace la carretera en el costado este y verde de la meseta de Urbasa.

Desde aquí se ve bien el anfiteatro de escarpes calizos, donde aparece, casi teatralmente, el Urederra. Y las peñeras o dientes de la sierra más grande de Navarra: Segurata, Asequi, Peña de la Hiedra o Aizhunztuna, Lizaruste, Puerto de Gollano, hasta la cima de Crezmendi o Querezmendi, sobre Urrea. Al fondo, a la izquierda, las paredes y los pitones de las Peñas de Echávarri, y en la embocadura del corredor fluvial, las aperturas del pobre río juvenil entre las Peñas de San Fausto y Belástegui, antes de refrescar y redoblar al Ega, de origen alavés. En frente, las espaldas, bien cubiertas de robles, de Santiago de Lóquiz, vueltas con su feroz dentadura hacia los tranquilos Valles de Allín y de Lana.

Urbasa se recorta desde aquí como una media luna pálida sobre un cielo verde oscuro y verde claro.

Como venimos sudando de Amezcoazarra, nos lanzamos decididos y gráciles, riscos abajo, hacia el fondo.

Nos paramos pronto, una y otra vez, ante las cuevas, grutas, huecos, bajos y entresuelos que forman las rocas, un día refugios de los hombres, y hoy, en el mejor de los casos, cubiles de los pocos animales que quedan.

Por aquí andaba *Tasio*, el de la película, y otros Tasios de la vida real amescoana en aquellos años de carboneros, leñeros, alimañeros, hambres y miserias de toda laya. Por el camino, embarrado a trozos, no es difícil distinguir pisadas recientes de zorros pequeños. Aquí José Luis nos da la buena noticia de que ha dejado de ser cazador, hasta de zorros, que ya es decir. Si algo me hacía rechinar los dientes en la hermosa película de Armendáriz, era aquella ferocidad entre hombres y animales, siempre enemigos mortales en tiempos de hambre.

Bajamos en continuos zig-zags, saltando a ratos por encima de charcos junto a las paredes calizas, entre robles y encinas, zarzas en flor rosácea, avellanos y árboles de cañas, lianas (que por aquí llaman *bidurris*), yedras aéreas y terrestres, espinos blancos y negros, arces comunes y montanos, fresnos, enebros, helechos, mentastros, aros, éléboros verdes, violáceas betónicas, pies de león, nuezas negras, aleluyas, hierbas de San Roberto y de San Lorenzo...

Algunos viejos troncos de encinas se incrustan en los peñascos caídos desde el cantil; tantos años llevan de amigable convivencia. A veces nos sorprenden, en un claro de cielo azul, los filos calizos

de los esarpes, con pendientes del 100%, teñidos de líquenes negros y grisazulencos. A ratos nos detenemos, cansados, de tanto bajar y triscar, ante unos hongos yesqueros, pezuñas de caballo, clavados sobre el tronco mugoso de un roble, o ante unos ombligos de Venus subidos a las rocas.

No nos toca en todo el tiempo el sol. Hace rato que oímos el rumor de la cascada.

—Venga, Arantxa, ánimo.

Al remontar una ligera pendiente en curva nos encontramos con un pequeño túnel por donde pasa el canal subterráneo, desde las fuentes del río hasta la central de Zudaire, que lleva la fuerza eléctrica a la fábrica de cementos de Olazagutía. La oquedad del túnel y los pocos metros de agua al descubierto dan frío.

Llegamos por fin al vértice de este triángulo rectángulo que es Améscoa Baja, a este “fondo de saco”, laberinto de peñascones, que el agua ha ido haciendo saltar, y entre los que se escurre y se cuela el manantial del Urederra, brincando de estanque en estanque, hasta que encuentra el camino expedito para comenzar a ser río hecho y derecho.

Nos asomamos al pozo azul y hondo hasta donde se resbala un pequeño regatillo por las piedras musgosas. Unos metros más abajo nos mira con ojos ciegos otro pozo azul.

Descansamos sobre el yerbín o nos sentamos en las piedras. Ya estamos ante el secreto de la cárcava, junto al aliviadero central de la artesa acuífera de Urbasa, con un *impluvium* de unos 200 kilómetros cuadrados, entre las dolomías, calizas y calcarenitas, y entre las impermeables margas del cretácico superior.

Pero hay que llegar hasta el fondo del secreto a voces. Subimos por una escalerilla casi natural de rocas y troncos de encina. Dejo en un palitroque el sombrero y el mapa y guardo sólo el palo bastón por si acaso. Cae sobre otro remanso tranquilo y más alto una ducha suave entre el musgo de unas rocas que penden sobre nosotros. Crece en medio un ramillete de hayas, fresnos y mostajos.

Nos plantamos, casi sin aliento, en una pequeña presa de hormigón, que recoge hacia el canal las aguas del gargantón, ahora seco. Por debajo se escapa el agua que hemos visto saltar.

Da miedo mirar hacia arriba y hacia abajo. Más miedo da todavía oír las terribles historias que me cuenta mi amigo, ocurridas aquí, ahora hace cincuenta años. No vemos rapaces. Algunas especies, como los buitres, han huido de aquí hace tiempo.

Oímos el rumor oculto del agua del canal que pasa cerca. Hay que subir mucho más. Camino de cabras, en el que abundan los arañones. Bajamos unas escalerillas destartalladas de hierro, casi desprendidas del hormigón, y ya estamos ante la doble galería construida, de dos bocas, que dobla la música callada del manantío. Cae el agua sobre la pila que la conduce al canal y sólo cuando sobra se va por la doble salida al precipicio. Lagar de agua. Bodega misteriosa y fervoreciente. Parto de río.

Cuando volvemos a toda prisa, escuchamos los gritos salvajes del resto de la comitiva, ya de vuelta. Recuerdos de *irrintzis* guerreros y venatorios. Como vamos a buen paso, no nos cuesta mucho alcanzarla.

Subir no es igual que bajar, y la vuelta es áspera e interminable. Decidimos no hablar para no perder fuerzas. Sólo en los descansillos nuestro guía nos cuenta historias de lobos, que animan a la gente joven. El lobo que mataron hace unos años era tal vez un perro asilvestrado. Mucho más famoso fue aquel lobo de hace cincuenta o más años —¡el 10 de diciembre de 1923, amigo mío!—, que mató León Aramburu, de Artaza, junto a la Venta de Zumbel; durante diez años fue la pesadilla de los amescoanos, devoró ovejas, potros y vacas.

—Debió de escaparse de algún circo o cosa así.

Cuando el último lobo, hubo amescoanos que llegaron a sospechar si no lo habría echado por la sierra el famoso Rodríguez de la Fuente. Estos amescoanos, y más tratándose de lobos, no se fían de nadie.

—¿Y ahora hay lobos? —pregunta inocentemente “Petaquilla”.

—Ya no queda ni medio. Yo a medio no llego —responde el jefe.

Ya queda poco. Ahora ya ni las grasillas en las rocas, ni las lia-

nas de Tarzán, ni las pequeñas estalactitas sobre los techos salientes nos llaman la atención. La mamá de “Petaquilla” no puede más.

—Es la última cuesta, dame la mano.

Quedan aún dos horas de luz. Atravesamos Zudaire, después de inclinarnos ante el Crucero, sus calles-huertas y sus huertas-calles, entre casas bellas o estridentes. Pasamos por encima de la recién renovada central eléctrica que recibe el agua del canal. Nos quedamos junto al puente de Baquedano. Ya se ha ido la chiquillería que aquí se baña. Hace fresco. Nos metemos en un pequeño tojo, que termina a pocos metros saltando a un “pozondi”. Trae el río por aquí un color verde esmeralda que contrasta con el verde ahogado del pozo. Pero el agua está tan fría, que desanima al personal, y los elegantes trajes de baño han de rendirse a la evidencia.

Así que cogemos los bultos de la merienda y buscamos otro lugar idílico, un poco más arriba, junto a otro pozo de nadar y con una suave ribera. “Merienda sobre la hierba”: otro cuadro gozoso de Renoir. Un perro medio perdido asoma sus orejas, esquivo.

—Que no es el lobo de 1923, mujer.

Merendamos cerca de una maravilla de fresnos, mimbreras, tillos, verónicas de agua, angélicas, búgulas, dulcamaras. Y merendamos tortilla de Pamplona, queso de pastores de Urbasa, jamón amescoano, melocotones de Azagra y vino de Mañeru.

Al levantarnos cogemos un ramo de albahaca, que nos perfuma el atardecer.

Aunque la fuente de San Martín, un poco disminuida, nos ofrece agua de otro aliviadero de Urbasa, bebemos agua en casa de José Luis y no le hacemos ascos al melón que nos sacan. Unos kilómetros más y saludamos a Juanito en Eulate, que anda con dolor de tripas.

—Un pacharán de manzanilla, de casa, hombre.

—Es la primera vez que lo pruebo.

El Castillo es ya sólo un puñado de sombras. Y el Humilladero una sombra alargada.

El Urigarra, Uiarra o Uyarra (¿agua mala —que se esconde— o agostada?), no pasa ni suele pasar de Eulate. Va el cauce seco hasta el Urederra.

Y tras el Urederra llegamos a Estella, por la foz de San Fausto. Estella se prepara, noctámbula y pechirota, para el Viernes de Gigantes.

EXCURSION AL ABODI

¡Qué seca amarillez de pajar desde Pamplona hasta Lumbier! Algunos chopos, algunos pueblos, algunos montes alivian un poco la vista. Junto a la ermita de San Bartolomé, un campo de girasoles hacen ejercicios físicos al sol levantisco de este primer día de agosto.

Más casas en Lumbier. Margas y viñas. Margas. No es difícil imaginarse la orilla del mar prehistórico. Pequeño oasis de Domeño. Enebrales y coscojales.

Aspurz, solo y castellano frente a su foz. El Salazar viene tan cansado y tan protegido de frondas, que casi no se le ve. Está Navascués alto y regocijado de verdes, con la lumbrera de Santa María del Campo cerca. Ustés tiene todas las casas actualizadas. Uscarrés está un poco más viejo, tardorrománico como su linda iglesia. Sarriés sube por calzadas de piedra calzada, entre flores.

Tras las espesas paredes de Beotegui y Betotaña, qué balconazo de luz y de alegría es Esparza, primer pueblo pirenaico, elevándose por el gótico de la portada de su iglesia, por su campanil con reloj y muchas campanas, y por la fugitiva ermita de San Tirso. Está el pueblo en fiestas y le sobrevuelan cuatro ikurriñas.

Oronz es todo un tiesto florido. En Ezcároz, bajo los gallos altos de Egorrieta, Burualdea y Navazquina, hay tantas huertas como casas, y la flor nacional es la de la patata, una de las últimas y más delicadas. ¿Quién se ha puesto alguna vez a mirar la flor de la patata? Cuando un rey francés tuvo la osadía de ponérsela en la so-

lapa, toda Europa comenzó a comer lo que se llamó después “el pan de los pobres”.

Ochagavía es quizás el pueblo más bonito de Navarra, aunque el Anduña hace mal su papel y han puesto, detrás del puente feo, unos almacenes blancos, sin mucho gusto y tal vez con poco gasto.

Y entre pinos primero y hayas después, ya estamos en Picatúa. En el mismo sitio donde comíamos en la Fiesta de las Mugas con suletinos y bearneses, hay dos señoras, deportivas de ropa, dentro de un coche, matrícula de Bilbao. Está el serbal despeluchado y el corro de tocones y de hayas intacto. Cerca de allí, tres bidones de basura están abarrotados y las porquerías por el suelo.

Vuelven del paseo los dos supuestos maridos bilbaínos con unas fresas en un cestillo.

—¿Mucha suerte?

—No, no hay muchas. Se ve que ha pasado gente por aquí.

—Claro.

—Por aquí no hay, mejor por el camino de abajo.

—Vamos a ver.

Desde este momento las fresas, pequeñas, recoletas, rojas de vergüenza, dulces las más de las veces, perfumadas en ocasiones, van a ser nuestra perdición. Cogemos y comeremos a cientos y perderemos mucho rato.

Por las fresas comenzamos perdiendo la dirección, y nos vamos hacia abajo en vez de subir derechos hacia Gaztambidea y, por el camino de Ochagavía a Francia, llegar a la cumbre del Abodi. Llegaremos pero con una buena hora de retraso.

Además de las fresas, encontramos los pintosos dedales de las dedaleras, leves cincoenramas, pequeñas orquídeas, todavía dientes de león, campánulas jasonianas, violetas cornudas, potentillas, hongos como gnomos, mariposas anaranjadas y de color de narciso. Hay una moto recostada sobre un verdugo de haya y allí, en el corrafuegos, junto a la cima, una DKW sola.

Pisamos piso subalpino alpinizado. Nos paramos en la punta de un espolón serrano, a la sombra de unas hayas matriarcas y derramamos la vista hacia el Sur. Aquí y allí, las manchas blanquecinas

de las bordas. Se ve bien que a Ochagavía le parte en dos el riacho, pero desde aquí se ven demasiado los almacenes indiscretos. Musquilda es una nubecilla de fe en plena luz. Se abre paso el Salazar, seguró y lento, entre Remendía, Santa Cruz y Olegato, por una parte, y la sierra de Uztárroz, Violeta y Saseta, por otra. Al final, la sierra de Navascués y el curvo lomazo de Arangoiti. Confuso de calima, pero inconfundible, el ancho cono de Izaga. Más claros, Baigura y la Corona.

Subimos a la cumbre de Abodi, dominio concellar salacenco, anticlinal fallado y cabalgante hacia el Sur, como lo definen los sabios, loma horizontal y prudente que separa los Valles de Salazar y Aézcoa de la selva del Irati, esa esponja boscosa de más de 6.000 kilómetros cuadrados bajo el alero nival de los Pirineos.

Hace muchos siglos que vivieron por aquí tribus pastoriles que talaron los árboles que ocupaban todo y plantaron al mismo tiempo los dólmenes rituales y funerarios, como el de Gaztambidea. Años adelante, fueron estos montes propiedades comunales de los sarasacenses, quizá los antiguos sarataniyyin. Las ha conservado en buena parte hasta hoy, aun después de la división de aquel único Ayuntamiento, la rica y bien organizada Universidad del Valle de Salazar.

Nos bate un bochorno que vienta reciamente sobre estos rasos y que nos parece fresco a estas alturas. En el inmenso pastizal, que huele a olor de rebaños, no hay ahora un solo animal. Toperas bien disimuladas. Pequeños y durísimos cardos a ras de tierra y el cerrillo agrio propio de los cervunales. Aún no han salido las quitameriendas o mataburgueses, flores de cuando acorte el día.

Hace unos cincuenta millones de años, a principios del Terciario, se puso de pie, fronteriza y retadora, la cadena pirenaica. Saltó el oso pardo de Ory, al que desde aquí vemos y miramos cara a cara, temiendo siempre que, ahora que se ha sacudido las nieves del invierno, no se baje por los cuatro escalones junto a los que se requesta al sol.

Cincuenta millones de años cumplen también los gigantones de Petrechema o de Acherito, Lakarchela o Larrondoa. Aún queda algún ventisquero en los colcos de la Mesa de los Tres Reyes. Los Pirineos aragoneses siguen en su arrebató cósmico: estatuas de grani-

to, mitad monjes mitad soldados, por mirar tal vez hacia adelante y querer ser iguales a los dioses de los elementos: rayo, aguacero, relámpago, vendaval... Dicen algunos que son el rayo, el aguacero, el relámpago y el vendaval en acción permanente y empedernida (hecha piedra).

Recortan el aire alto dos buitres, tal vez alimoches, quizás quebrantahuesos: no sabemos bien, qué lástima.

Bajamos la larga, penosa, cuesta, frente por frente con los Altos de Malgorra y Orygatea, sobre el Irati. Entre el Bizkarze y el Alupena, merodean unas pequeñas nubes bajas, que se arrastran también hacia el Ory. De la selva señorial de hayedos y abetales del Irati ya no salen los lamentos vagabundos de la reina doña Juana de Albret, condenada por protestante; quizás porque no es aún de noche ni es tiempo de tempestad. Lo único que oímos, cuando nos callamos, son las perdidas esquilas de unas vacas que deben de pastar en la vaguada.

No acabamos de bajar. Nos duelen las tabas. Llegados a la bendita pista forestal, intento, infeliz de mí, acercarme al cauce de la regata Urtxuria, que por aquí nace, según los mapas, pero el descenso es otra vez tan largo y está tan seco y desapacible el hayedal, que me canso pronto y vuelvo al buen camino. Por el buen camino seguimos, curva curvando, hacia la meta que aún no divisamos. Los bordes y ribazos están llenos de fresas, pero ya son las cuatro de la tarde. A medio recorrido, por una de las muchas gargantas de la vertiente norte del Abodi se escurre un pequeño arroyo del que apenas podemos beber unos sorbos en el cuenco inseguro de las manos. No hay una gota de agua en ninguna otra parte.

De vez en cuando exhiben sus ajorcas los serbales de cazadores o levanta su cabeza un pinabete. Oímos cantar, alto, un zorzal. Tras un nuevo despiste que nos aleja de la pista, arribamos al fin a Picatúa.

Tenemos ahora tiempo suficiente para admirar estos parajes fascinantes. Impresiona recordar que por estas, casi dolorosas, soledades transitaron o se refugiaron miles de guerreros, con la muerte rondándoles los talones.

Tal vez hasta aquí llegaron las tropas del califa de Córdoba tras

la rota de Roncesvalles. Por aquí pasaron de cierto los agramonteses salacencos a someter a los rebeldes de las tierras de Cize y de su capital San Juan de Pie de Puerto. Fieles después a Felipe V en la guerra de Sucesión, defendieron contra los aragoneses a sangre y fuego, con su alcalde-capitán al frente, los puertos-puertas de Iso y de Aspurz.

Aquí mismo se batieron los hombres del Valle contra los soldados franceses de la Convención en el verano de 1793. Salazar fue luego refugio del general Espoz y Mina y hospital durante la guerra de la Independencia. Y el bosque Irati se convirtió en depósito de armas, fortín y fábrica de municiones durante la guerra realista de 1821-1823, cuando Zumalacárregui recorría el Valle, el párroco de Ochagavía Pedro Agustín Ilincheta era todo un caudillo, y por Larrau y Picatúa llegaba de Francia la pronto célebre División Real de Navarra.

Camino de Izalzu, tras airearnos con el inmenso abanico de Ibarraondoa, Lazar y Lizarraga, nos refrescamos en el Anduña que, aunque magro, baja limpio. Aquí reinan las flores como en el Abo-di reinaban los vientos: perifollos bordes, milenramas, correhuelas, acederillas, milamores, tréboles encarnados, clavelitos silvestres, amapolas amarillas...

Izalzu, el primer pueblo viniendo desde Francia, fue en el siglo XI un monasterio —Icizuloa—, donado luego a Leyre, en torno al cual se establecieron algunas familias, germen del poblado posterior. Izalzu sigue siendo un pequeño término rodeado por el de Ochagavía, con el caserío hundido entre montes, cuyos nombres no saben decirme —Goemendi, Cruchea, Lacheta, Moive, Artoleta—, cortado en dos por el río pirenaico, que pasa sobradamente bajo un bonito puente-calle tendido entre el barrio de abajo y el de arriba.

En el Ayuntamiento de Izalzu me pusieron las banderas un día que vine de visita, siendo presidente del Parlamento de Navarra, y a las fiestas de Izalzu me vine otro día dejando una reunión del Consejo de Europa en Luxemburgo, y no me arrepentí. Vicente, aquel querido alcalde, dejó ya su vara y esta tarde la ha sustituido por los palos de las alubias verdes de la huerta, donde lo encuentro.

Unos veraneantes de Pamplona juegan a pelota en el frontón,

que hace también de plaza. Las tablillas del capuchón de la torre le dan, como en Ochagavía, un toque de encanto a la iglesia y al pueblo. Bebemos cerveza con gaseosa en el bar del pueblo alto, Irigoyen, y disfrutamos del jardín de la dueña, con rosales, geranios, peunias, reinas margaritas, espuelas de caballero y otras preciosidades.

Ochagavía es toda ella un quión de los tres que cuenta el Valle de Salazar. Tiene cuatro barrios, dos altos y dos bajos. Como no tenemos ya tiempo de ir viendo casa por casa, vemos sólo barrio por barrio. La villa fue incendiada el 28 de agosto de 1793 y fue muy dañada en la guerra siguiente contra los franceses. Tal vez por eso se repuso tan bien.

Desde hace siglos este pueblo fue sitio preferido por familias nobles e hidalgas. Esta tarde su ambiente es colorista, distinguido y elegante. Un pueblo de veraneo de gente guapa. Y no lo digo yo solo ni sólo los libros sino que por algo andan alborotadas la mujeres de nuestra comitiva.

Ochagavía, con su comercio lindo, sus turistas, su almacén patatero —bien puesto aunque con algunas tejas al aire— y sus almacenes junto al aserradero, en medio de campos y montes, es todo un índice de lo que hay, de lo que no hay y de lo que puede haber en estos pueblos salacencos. Dejo la cosa a quien la conozca mejor que yo, que hoy estoy de excursión.

Nos arden las caras y nos queman las espaldas.

A ratos dan ganas de coger al Salazar a hombros.

Pasando Navascués y, sobre todo, Domeño, hace mucho más calor.

Margas y viñas.

¡Qué reseca amarillez de pajar desde Lumbier a Pamplona! Algunos chopos, algunos pueblos, algunos montes nos distraen la vista un poco.

DE URQUIAGA A OYALEGUI

Eugui, a pesar de esa joroba de frontón, está tan bonito, boca abajo, dentro del lago alpino, como, boca arriba, sobre él, a estas primeras horas de esta mañana de julio.

Dejamos la tentadora excursión hasta Irurita, por la cuenca del Urdos, y seguimos adelante, entre la fronda boscosa de Quinto Real, a la luz verticilar de las flores de los castaños. Baja por aquí el Arga, infantil y mimoso, y le seguimos el rastro hasta sus mismos pañales.

Subidos a Urquiaga, después de identificarnos ante la Guardia Civil en Bordazarreta, echamos a andar por la pista forestal de Zuráun, ancha y tupida de hierba, que asciende suavemente entre el hayedo silencioso, casi aún sin despertar. Nos acompañan en todo el camino las espigas altas y rubras de las digitales o dedaleras.

Por las estrecheces umbrías del vallejuelo corren unos hilillos de agua clara que, luego, al fondo, en el arroyadero, se juntan y hacen el primero y primoroso cañamazo del Arga, el río más navarro y más cantado por los poetas locales.

La pista cortada sobre estratos de esquistos, termina junto a un refugio de cazadores, feo y descuidado como casi todos, frente al que se amontonan los cartuchos de la temporada pasada. Alguien, al menos, los recogió, pero sin que diera un paso más allá.

Seguimos un sendero, borrado casi siempre por helechos, verdugos y hierbas, junto a la leve cresta que divide las dos vertientes, entre nidos altos de palomeros y pequeñas manchas de pinos royos y alerces japoneses.

Nos asomamos al mirador de la cumbre de Zuráun sobre el barranco de Preseta, frente a una colladía ondulada de hayas, estiradas de verde casi infinito, que llega, mucho más allá de los ojos, hasta Egozcue y Elzaburu, hasta Alsasua y Gorriti, hasta Goizueta, Vera y Urdax.

No pasa ni siquiera un avión. Respiramos un silencio geológico. Apenas hemos oído cantar pájaros. No hemos visto un solo animal.

Como el sendero es, las más de las veces, invisible, el cuerpo nos tira hacia el muelle descenso del cerro, y hemos de volver a subir, en lucha a ratos con los helechos que nos llegan a las barbas. Pisamos hoja vieja y húmeda de haya, y es casi tan placentero como andar sobre nieve. Un águila real patrulla por el bajo cielo azul.

Hay en la cima crestería hayas vencidas por la nieve, tiradas por el suelo; troncos podridos, pero aún enhiestos, junto con otros cortados a ras de suelo por el hacha tenaz de las inclemencias. A veces forman corros que parecen estaciones prehistóricas o ruina de alguna edificación vegetal que se hubiera venido abajo, sin testigo que lo registrase. Nos quedamos pasmados como estos viejos árboles, mudos testimonios de largas historias cósmicas, mudas también.

Mueve el cierzo las hojas de las hayas y parece que nacen arroyos a los pies.

Llegamos a Enekorri y salvamos la alambrada que se extiende por el lindazo entre Quinto y el Valle del Baztán. Separa también el bosque de unos rasos de hierba fina y verdemontaña por donde vienen el viento y las palomas. Barbas de cabra, flámulas, botones de oro y geranios de los prados. Nos tumbamos y tomamos borra-chamente el sol.

Mientras mis compañeros descansan, me llego por Zagua hasta el collado de Oyalegui, a medio camino entre el Okoro y el Arguin-zu, pero no me queda tiempo para llegar hasta el dolmen de Uztamburro, hasta los túmulos y cromlechs que descubrió hace casi

treinta años Tomás López Sellés. Bellos y libres parajes éstos para enterrar rudos pastores de soledades e intemperies.

Entre neblinas, se divisa la quilla del Erreguerena.

Junto a la alambrada hay toda una línea fronteriza de cabañas de palomeros. La más cercana a nuestro improvisado campamento lleva el número 1. En el pico pedregoso del Enekorri se disimula un nido de ametralladoras, de cuando el “maquis”. Las ametralladoras no mataban palomas. Desde este balcón ventanero vemos los Alduides franceses, en el cantón de Baigorri, hecha ya la paz tras el estruendo de los conflictos fronterizos que han durado siglos. Peña de Alba e Ixterbegy nos cierran la vista a izquierda y derecha. Al borde de la carretera que se mete en Francia, el nuevo cuartel de la Guardia Civil y, más allá, la Venta de Pantxo.

El descenso, de unos 250 metros, es molesto por la mucha pendiente. Caminamos cerca de la alambrada, oxidada ya, entre nidos de ametralladora, excavados en tierra y recubiertos de hormigón, y nidos de palomeros, alzados sobre barrotes de hierro. Un refugio de madera, sobrio y limpio, es toda una excepción.

El camino, fiero y hasta tétrico, por el recuerdo de la guerrilla de los primeros cuarenta, que nos renuevan los frecuentes parapetos militares, está suciamente sucio. Botellas, alambres, trozos podridos de moqueta, deshechos de todo tipo, a veces acumulados en los nidos artilleros. Un reguero de cartuchos, descoloridos por las lluvias, señala bien la ruta de tantos irresponsables y enemigos declarados del monte y del buen gusto. Arbolitos de acebo, algunos violentados, cubren esta parte del cotarro por donde descendemos.

En Urquiaga hay una camioneta de la Guardia Civil. Nos comemos un puñado de fresquillas, a falta de otra cosa.

Al bajar, oímos las primeras palabras del Arga. Ahí cerca los poetas de *Río Arga*, hace ya años, nos inmergimos y nos iniciamos, al comienzo de aquella aventurilla que, como el río, aún sigue.

Ya no se ve Eugui, cabeza abajo, en el lago.

En Pamplona hace mucha calor. Da casi pena llegar a la ciudad. Los serbales de cazadores, los tejos y el haya roja de los alrededores de mi casa me alivian un poco.

VELATE Y SU MONASTERIO

Hace julio y en Velate hace fresco. Entrometida entre las es-
tribaciones del Txaruta y del Sayoa, la carretera sube como puede
desde el Valle de Ulzama hasta el Valle del Baztán.

Velate da nombre a muchas cosas y acontecimientos. Por ejem-
plo, a un crimen reciente, que hace estos parajes un tanto morbosos
y dramáticos. Lo cierto es que cuando llegan al camino fatídico, to-
dos los conductores que lo saben aceleran la marcha, y ni siquiera
los novios y enamorados de toda edad, ellos menos que nadie, se
paran a arrullarse en ese sitio.

Velate dio también nombre a una Venta que, a mediados de si-
glo pasado, tenía diez almas. Hoy se llama Hotel-Venta Ulzama, y
en ella estamos eligiendo entre el soufflé, los canutillos y la sopera
de cuajada, que todo junto es imposible.

Son éstas algunas especialidades de la casa, empresa familiar de
ulzamarras euskaldunes, largamente arraigados aquí, donde viven
también unas jóvenes camareras del Baztán y del Valle de Lerín.

Como hace fresco, no salimos a las terrazas, y nos contentamos
con ver las hayas y los alerces que tenemos delante, mientras co-
orreamos y cantamos, como en las buenas sobremesas de cum-
pleaños.

Unos vuelven pronto a Pamplona, y los demás nos vamos hasta el kilómetro 31. Allí de nuevo nos dividimos. Los que, por cuestión de calzado, vestido o mal tiempo, se quedan en los coches, y los que nos animamos a seguir por la trocha de la derecha hacia el viejo monasterio.

Las hayas, con sus hojas horizontales buscadoras de sol, han hecho, al principio del trayecto, una hermosa y umbrosa estancia vegetal. La senda es buena, a ratos pedregosa y a ratos difícil, hecha de arcillas rojas, que en algunos pueblos llaman “piedras de afilar”.

A la izquierda, caen sobre nosotros pendientes de helechales, y a la derecha se hunde el valle del Ulzama, que viene de nacer (ojo, que la expresión no es aquí un galicismo) y le pañalean hayas comadronas y fresnos padrinos. En los ribazos y por el camino se extienden las brecinas, lucen las cabezuelas redondas de los tréboles encarnados, resisten aún las flores de las puntiagudas ortigas mayores y se asoman, discretas, algunas flámulas. Una yegua y un potrico, que apenas ha aprendido a andar, pastan entre las hayas y plantas de haya. En el Loiketa ya están echándose los rebaños de la niebla.

El camino se hace más áspero cuando se rompe la calzada medieval que se conserva a trozos.

El monasterio, que se llamó Convento de Santa María de Velate, fue hito famoso en el camino de Pamplona a Francia por Baztán y a la vez camino secundario jacobeo. Tenemos algún dato desde finales del siglo XIII. Hubo aquí *freires* y *freiras*, con su comendador y priora respectivos. Y tal fue en tiempos la afluencia de difuntos a este santo lugar, que hubo que poner coto a los gastos de las exequias, que duraban tres días. Se redujo la dieta a “pan, vino y queso”.

El convento tuvo propiedades y patronatos en Ulzama y en Baztán. Venido a menos, se convirtió en priorato, adscrito a la catedral de Pamplona. Fue saqueado por las tropas del destronado rey don Juan de Albret, cuando se retiraban a Francia en la intentona de 1513. El prior don Lope de Erro consiguió un edicto de excomunión contra los salteadores, pero con eso se quedó. Los fríos, las distancias y otras adversidades hicieron también arriesgada la vida de una pujante cofradía que aquí tenía asiento y que eligió al fin Olagüe como sede de sus funciones. El pobre prior tuvo que pedir licencias al obispo para pedir limosna por todo el Reino.

Hace unos años se restauró la iglesia, que estaba en ruinas. Las cuatro arquivoltas desnudas de la portada, la nave de cinco tramos con cubierta de cañón apuntado, los contrafuertes y las lajas del tejado a dos aguas reafirman bella y dignamente, entre hayas y fresnos, una accidentada historia secular.

Debajo de la gran chimenea del lado sur, hay desperdicios de comidas y un cordero muerto, que huele que apesta. El Ulzama, aquí Ulzamilla, un pequeño rabión educado, baja tan contento de los faldones del Gartzaga.

El hospital era una indispensable pieza complementaria del santuario. En verano los peregrinos y caminantes pobres recibían sidra y pan, y en invierno también cama, fuego, ropa y jugoso caldo.

Las tropas de la Convención (1793-95), que irrumpieron en el Valle, acabaron con todo. La Virgen, poco antigua, fue trasladada a Alcoz y las romerías y ferias del día de San Agustín pasaron a celebrarse en Lizaso.

Un hombre mayor, con barba rojiza de días, está limpiando con la guadaña el prado vecino del convento.

—Hola, buenas tardes.

Algo contesta, muy bajo.

—¿Qué, quitando zaborra?

Nos mira fijamente, pero no parece decir nada.

—¿Es usted de por aquí?

Algo debe de contestar, pero no le entendemos.

—Creo que ha dicho de Ostiz.

—No puede ser. En todo caso, de Orquín será.

—Háblale en vasco.

Lo hago, pero todavía es peor. Debe de estar mal el pobre.

—Déjalo en paz, anda. Déjale trabajar.

Hay un camino que va río abajo, pero no nos fiamos y volvemos por donde hemos venido. A nuestra derecha tenemos el collarido desarbolado de Ermitako Lepoa, con las ruinas visibles de la er-



mita de Santiago, junto a la divisoria de aguas y de los Valles de Ulzama y Baztán. En sus pastizales suele pastar ganado caballar y lanar.

Subimos despacio la cuesta, que vamos con zapatos de señorito.

—Que no es aliaga, ni ollaga ni aulaga, que no. Es tojo o árgoma.

La verdad es que ni los diccionarios ni los libros de árboles y plantas se ponen de acuerdo. Las hojas son espinas largas y agudas y las flores de amarillo intenso. Ocupan buena parte del ribazo.

—¿Cómo lo llaman aquí?

—*Ote*, nos contesta un hombre joven, que resulta ser el dueño de los dos prados, con cerca de piedra, contiguos al monasterio y al hospital. Anda encauzando un regatejo que pasa por debajo de una de las fincas y se descabeza luego en el Ulzama.

“*Ote, otea*: árgoma o aulaga”, me dice el diccionario vasco. No salimos de dudas. Habrá que decirlo en vascuence o en el latín de Linneo (*ullex europeus*), y así acertamos.

El dueño de las fincas, venido de fuera y casado en Orquín, nos cuenta y no acaba los destrozos que le hacen en el corral, antes hospital, que parecen continuar los de generaciones anteriores. Le rompen las puertas, le tiran piedras y le hacen añicos las tejas, le arrancan trozos de madera del interior para hacer fuego, y otras fechorías. Está visto que hicieron bien los cofrades en salir de aquí a finales del siglo XVI para no volver más.

Hace un poco fresco. Se escapa alguna gota. La yegua sigue con el potrillo pero ya cerca del camino. Unos pinos circundan el pecho del montecillo que, con una boina de hayas, guarda la Venta encima de la carretera.

Aunque tenemos gratis el segundo café, el resto de la comitiva familiar, que nos espera dentro de los coches junto al kilómetro 31, es partidario de volver cuanto antes a Pamplona. Caen unas gotas gordas. Qué le vamos a hacer.

PLEGARIA CAMPESINA

Dios de la casa, los sueños, las labores,
manténnos día a día en la labor.

Dios de nuestros buenos padres labradores,
danos la esperanza de todo labrador.

Dios de los tiestos, las uvas y las flores,
llénanos el alma de luz y de color.

Dios de jilgueros, calandrias, ruiseñores,
devuélvenos el júbilo del pájaro cantor.

Dios de la vida, de fiestas y de amores,
contágnanos tu fuerza y tu calor.

Dios de nuestros largos años de fervores,
guárdanos, aun oculto, aquel fervor.

Dios de nuestros calendarios pecadores,
danos la humilde sencillez del pecador.

Tú que incitas peregrinos y andadores,
acoge en tu descanso tanto ardor.

Tú que curas a ciegos y vedores,
acuna nuestra vista en tu verdor.

Dios de la muerte y de tantos sinsabores,
acércanos a tu inmortal sabor.

Y a todos,
tras la ruta de gozos y dolores,
haznos gozar, Señor de los señores,
la prueba decisiva de tu Amor.

(En el funeral de la madre de un amigo labrador)

A CARCAR Y A VER A EULOGIO

Pasamos Lerín y vamos entre viñas y vendimiadores, esparra-
gueras, almendrales y olivares, cerezos y melocotoneros. Hace calor
de buena vendimia y el aire se espesa con olor a uva amostarrada.

—Mira la torre de Cárcar.

—¿Aquella?

—Sí; qué alta parece.

Solía ir yo a Cárcar a lo que en cada caso tenía que hacer y, además, a ver a Eulogio. Hombre madurado por la vida y bueno, presidente del Sindicato de Riegos y concejal de oposición civilizada, iba y venía una y otra vez pensando siempre en las cosas de su pueblo: que si la acequia, que si el motarrón, que si la traída de aguas desde Lodosa... Yo solía decirle siempre lo mismo:

—Estáis haciendo del Ega un canal.

Pero él se sonreía como diciendo para sí:

—¡Qué sabrá este hombre de ríos y canales!

Y volvía a lo suyo.

La última vez que nos vimos en Madrid, después que salieron del Ministerio de la cosa esa que llevaban, les invitamos a comer codillo en el “Edelweis”, cerca del Congreso.

Cuando más tarde fui a Cárcar con el rollo aquel de la OTAN, recordamos el codillo madrileño, porque era mucho más que un codillo, y mientras dábamos una vuelta por el pueblo viejo y arriscado, a las luces de la noche, yo todo entusiasmado, me dijo Eulogio:

—Tienes que venir pronto a Cárcar a escribir un artículo.

Me envió unos días después, copiado, el texto de la inscripción sobre la casa de Marín Sola, escrito de puño y letra, diciéndome:

—A ver si te vemos pronto por aquí.

Unos meses más tarde, me llegó la noticia lejana de su muerte fulminante mientras trabajaba en la granja.

Hoy he vuelto a Cárcar a ver a la familia de Eulogio y a estar un rato con él. Estando allí, me ha faltado valor para ir al cementerio, alto entre altos pinos. La iglesia de San Miguel estaba también cerrada, con las verjas todas juntas como guardando celosamente el esplendoroso retablo churrigueresco, donde impera el Arcángel en su óvalo de triunfo barroco. He tenido que conformarme con el San Miguel de la celosía de yeso dentro de la ventana renacentista de la portada, con niños y querubines desnudos.

Como es sábado y después de comer, y hace un sol de primer octubre y ponen una película en la Tele, apenas hay nadie en la calle. Los dos amigos que comimos codillo con Eulogio en Madrid vamos a dar con él un paseo sentimental por Cárcar.

Montejurra nos vigila en el Oeste. El castillazo de Lerín levanta bandera blanca. Rampando hacia los montes de Peralta, se disperdigan las casas del pueblo viejo de Andosilla. Y delante de nosotros, la suave y verde estera del regadío, más acá de las colinas leves, donde un día hubo árboles y hoy se ven viñas y espárragos: Huertas, Santatís, Aguatocho, La Recueja, Prado...

Hay un corro de jubilados junto a las ruinas de Santa Bárbara tomando el sol y mirando el regadío, mientras un poco más abajo cuatro señoras mayores le dan a la lengua sobre una mesa y debajo de una sarta de pimientos. No veo desde aquí si tienen la baraja entre las manos.

Se regocijan también al sol las esparragueras verdinegras y verdiclaras, los maizales verdiocres, las pellas verdiverdes, los melocotoneros verdiamarillos, los choperales verdiocubreños.

Pasa el Ega, encauzado y monótono, arrimándose a las peñas

del colinón, con babas verdes, ya sin aquellas truchas y angulas de las que hablan los libros viejos.

—Gracias a Dios, no nos ha faltáu el agua. Ni antes, cuando la teníamos que beber del río, ni ahora que la cogemos de allí arriba.

—De la Comunidad de Aguas del Montejurra, ¿no?

—Eso mismo.

Y nos muestra la depuradora a la que subían el agua con motor.

Tras dejar el arrimo del cerro, el Ega se va por la izquierda para pasar cerca de Andosilla.

Estamos sobre el lugar donde estuvo el mismísimo castillo de Cárcar. Cuando la campaña de Abderramán en julio del año 920, mandó el emir al gobernador de Tudela con la caballería por delante hacia la fortaleza de Cárcar (*Qalcara*), que Sancho Garcés, rey de Pamplona, había convertido en base contra los musulmanes. Los defensores navarros abandonaron la fortaleza y los invasores “saquearon cuanto contenía”. Todavía sirvió Cárcar de fortaleza a las tropas liberales en las dos guerras carlistas.

Hasta hace pocos años, según me cuentan aquí, quedaban trozos de muros, fosos y subterráneos. Ahora toda aquella campa militar es un larga explanada llena de ontinas y tomillos, con algunas casas pequeñas al lado. Junto al borde sobre el río han hecho un paseo con plátanos jóvenes y bancos de cemento. El castillo queda en el escudo de la villa; sobre él ondea una bandera de gules con una cruz de plata, y dos robles guardan la fortaleza a cada lado.

Me dicen que un poco más allá, donde las cuevas de los moros, hay galerías que llegan hasta los sótanos del castillo. Le pregunto a una señora que viene por el paseo:

—Eso dicen, y que antes se oían voces por la noche.

—¿De los moros?

—De todos los que habían estáu presos en el castillo.

Se echa a reír. Por lo visto, no lo cree del todo.

No sé si se han estudiado bien los orígenes y los pobladores de Cárcar, que fueron varios, antes de los moros y antes de los romanos. Sabemos que durante la edad media varios señores, entre ellos

el mismo rey Sancho el Fuerte, se trajeron y llevaron entre manos esta villa cerreña. Destruida en 1227 en la guerra contra Castilla, el rey Carlos III el Noble la donó en señorío perpetuo a su hijo Godofre, pero más tarde la reina doña Blanca la cedió a su doncella María de Peralta. Supongo que a los de Cárcar tanto les daría uno que otro patrón. A principios del XVI pasó a formar parte del Condado de Lerín.

La fábrica gótico renacentista de la iglesia tiene color de ladrillo viejo. Toda la mole da impresión de vetustez y hasta de fragilidad. De ladrillo es la torre que, con su tronco piramidal y todo, parece también tan frágil, que podría tirarla esa paloma que le entra y le sale por el campanario octogonal. El nido de la cigüeña, ahora vacío, refuerza el chapitel, la bola y la cruz. Las acacias del atrio abierto a todos los vientos están tristes como todo el conjunto, y el empedrado del suelo, roto y lleno de cristales. Sobre el tejado de una casa cercana, recién hecha, hay unas placas solares.

En esa galería abalconada que le pusieron a la casa barroca del Ayuntamiento hace unos pocos decenios, tiré yo, un primer día de fiestas, el primer cohete de mi vida.

Estamos en la plaza de los Fueros y de la Madre Isidora, título original donde los haya. Fue la Madre Isidora, según la inscripción conmemorativa, una religiosa oblata insigne, que nació en 1856 y murió en 1928 en olor de santidad.

Por las paredes, papeles pegados con el programa de la sala de fiestas “Nueva Macumba” de Rincón de Soto, donde desemboca, los fines de semana, la juventud del bajo Ega.

Dicen los libros que Cárcar tiene dos plazas y siete calles. Bajamos por la mayor, donde vemos algunas buenas casas del XVI y XVII, generalmente de mampostería con verdugadas de ladrillo y con bellos escudos barrocos, que se extienden a otras casas de las calles adyacentes. Casas de los Corroza, Díaz de Rada, Zúñiga, Oxa... La casa de los Pagola, casa fuerte y ahora vacía, está desventrándose hasta el peligro de reventón.

—Da pena, verdad, que estas casas terminen así— comenta una mujer que pasa y a quien preguntamos por los dueños del caserón, pero dice que no, que no tiene miedo a que la pille encima.

Bajamos y subimos por las siete calles, que en Cárcar todo es subir y bajar, con escalerillas o sin ellas. La villa es un poblachón medieval, apretujado de edificaciones, lineal sobre la colina que declina de Nordeste a Sureste y se detiene sobre sus pies de yeso frente a la vega del río, a la vista de los cerrejones de Andosilla y de San Adrián. La gente ha hecho todo lo que ha podido y ha sabido, en tiempos de anarquía urbanística, para renovar y embellecer las casas. Entre las nuevas terrazas, el encalado, los tiestos y los rincones sin salida, parece un pueblo mediterráneo, sobre todo cuando, en días como hoy, el sol le da de lleno.

El caserío ha ido corriéndose hacia la muralla natural del Suroeste, donde se han levantado casas y hasta fábricas de conservas, y un porticado Colegio Nacional. Pero todo con tal prisa y desbarajuste, que por todos los derrames de la colina hay papeles, basuras, materiales de construcción, en buena vecindad con las ontinas, los cardos, las chumberas, los matorrales, algunas higueras, la Bodega Cooperativa y casas a pie de monte.

Pasamos junto al horno cooperativo “Virgen de Gracia”, que da pan a casi todos los vecinos de la villa.

La historia social de este pueblo no ha sido fácil. Buenas tierras comunales se vendieron en el siglo anterior a particulares; por medio de transacción y de compra muchas robadas volvieron al común, pero otras muchas se quedaron por los caminos privados. Un Centro Obrero y Jornalero se creó ya en 1920. El oro blanco del espárrago ha hecho olvidar muchas y largas miserias.

En la plaza que lleva su nombre está la casa donde nació Fray Francisco Marín Sola (1873-1932), famoso dominico, misionero en Filipinas, profesor de teología en Manila, Friburgo y Nueva Orleans, canonista, filósofo, escritor abundante y primera figura en el campo de la evolución dogmática. La casa, de dos pisos, tiene un bonito alero sobre ménsulas de madera labrada, y una inscripción en verso:

*En esta casa nació
Fray Francisco Marín Sola
que con talento de sabio*

*al pueblo colma de gloria.
Es escritor eminente,
es teólogo profundo,
religioso dominico
y maravilla del mundo...*

Remontamos la calle mayor. Siguen picoteando las tres mujeres que picoteaban, de pie, en la calle; no debe de interesarles la película.

Al salir, rodeamos la cintura medieval de la villa por el Oeste y por el Sur. Ahora que no se ve, todo parece más tolerable.

Después de pasar el puente sobre el humilde y humillado río Ega, vemos allí arriba unas lucecitas defensivas y miopes sobre Cárcar. Me ponen aún más triste.

Un relincho cercano, un piar clamoroso y plútime de los gorriones en esta tarde grisosa de junio, y olor a hierba recién cortada. Estamos en Oiz, en lo más alto de este pueblo-cuesta del Valle de Lerín, entre Urroz y Donamaría. Flores de saúco y rosas róseas y aterciopeladas alrededor de las últimas casas. Un runruneo monótono y pesado de una segadora de hierba. Dos caseríos como fugitivos y alarmados al mismo tiempo en la cima del monte de Urroz. El Zozorbe, el Argible y el Baztaniar están azul-verduscos, un poco velados por la langarra.

Andan unos niños por la calle mojada, y otro canta, seriecito, apoyado en el alféizar de la ventana de su casa:

*Ahora que estamos solitos,
ahora que estamos solitos,
vamos a contar mentiras
trianlará...*

Le acompañan luego los compañeros de la calle y hasta le corrijen las letrillas.

- ¿Habéis aprendido en la escuela?
- No. En la escuela aprendemos otras cosas.
- ¿A qué colegio vais?
- Al de Santesteban.
- Pues, ¿dónde lo habéis aprendido?
- En las excursiones.

Crece el shirimiri y nos refugiamos en el atrio de la iglesia, cerrada a estas horas. “Se construyó —dice la lápida escrita en letras de lápida— siendo rector Don Fermín Iturralde. 1860”.

En la pared de la portada, entre dos pilas aguabenditeras, se anuncia la Feria Internacional de Burdeos, “una de las más importantes ferias internacionales de maquinaria de todo tipo y de ganado”. En las fotos, unas muestras bien nutridas de ganado lanar y vacuno. Otro anuncio de un viaje a Lourdes, organizado también por “La Baztanesa”. En los dos programas se indica honradamente el precio del viaje, así como el lugar y la hora de las comidas.

Da la hora el reloj y parece que las pesas van a hundir la iglesia. Luego, el tic-tac es un continuo mazazo.

En la plazoleta, un ancho almiar, trozos de leña cortada, y un extrovertido rosal rosa palo.

Geranios, esparragueras y petunias en los balcones. En la calle, calas y hortensias.

Un largo frontón verde en medio del pueblo nos corta el paso. Entre rosas locas de color fucsia, un furioso chorro de agua cae sobre la pila de la fuente.

No hay escudos en este pueblo que fue señorío, pero que ha reconstruido todas las casas señorialmente. Todas están numeradas. Huele a madera verde quemada. Una ambulancia de servicio está aparcada junto a Martixko-nea. En un amplio huerto cercado de alambradas, crecen cebollas, acelgas, puerros, lechugas subidas y sin subir, habas, caléndulas... Todo un jardín botánico de las amas de casa. Puertas y ventanas pintadas de rojo, verde y amarillo.

Cuando subimos de nuevo, el coche está cerrando el paso a un tractor que vuelve con hierba.

—Perdone, estábamos viendo el pueblo.

—Nada, hombre.

Nos enredamos hablando un poco del tiempo, de la cosecha, de los cuatro caseríos perdidos en los montes, de la ganadería. Algunos como él trabajan en Laminaciones de Lesaca. Es fuerte, moreno, guapo.

—Aquí lo que hace falta son pelas, tela, tela.

—Hombre, no se quejará usted, que tiene dos trabajos.

—Ya querría ver yo a más de uno de los que están en el paro pegarse tres horas recogiendo esto.

—Bueno, bueno...

Bajamos despacio por la costana que es todo el pueblo. Una señora mayor, vestida de negro, saca, con una vara en la mano, cinco cerdos a pasear.

Rosas y geranios. No hay por aquí ningún letrero electoral. Huele a madera verde quemada.



ENTRE LAS SALINAS DE SALINAS

Mueve el suave viento otoñal los sauces de Ororbia. Y ahí está Ibero, pueblo siempre endomingado, sobre todo en domingo. Pasa verde y neto el Araquil y nos hace olvidar los espumarajos del verano.

Está la sierra llena de domingueros. Muniáin nos invita, apartado y recoleto, a ir un día expresamente a verlo.

Tras la curva de Lambarren divisamos, a la luz blanquecina del sol, los campos de salinas, que estos años se han multiplicado por aquí. Largos cementerios de cemento, con cuadrículas bien medidas, las espuestas apiladas en los bordes, piletas llenas de agua, gomas y motores para el bombeo y distribución de agua salada que viene de las entretelas de la Peña de Echauri y recorre el fondo del diapiro de Salinas.

Además de ser un compuesto esencial para la alimentación, la sal cumplió durante siglos una potente acción anticorruptora en la salazón de carnes y pescados, en la fabricación de quesos, así como en las industrias conserveras. Desde muy antiguo la producción salinera quedó sujeta a gabelas, y los reyes se reservaron con frecuencia el dominio y rendimiento de las salinas.

Del estanco o monopolio de la sal se habla en la mismísima ley paccionada de 1841. Por ella se estableció en Navarra dicho estanco

a cuenta del gobierno de la nación, el cual se hizo cargo de las salinas, previa indemnización a los dueños particulares.

Precedida la regulación de los consumos de sal, la hacienda pública suministraría desde entonces a los ayuntamientos la sal que anualmente necesitaren al precio de coste y costas. Podrían, además, recibir más cantidad, al precio de estanco, de los toldos que iban a establecerse en los propios pueblos para su mayor comodidad. En cuanto a la exportación al extranjero, Navarra había de disfrutar en adelante de la misma facultad que gozaban las demás provincias españolas.

En toda España la explotación y venta de sal fue declarada libre en junio de 1869 y unos años más tarde se arrendaron las salinas pertenecientes al Estado.

La sal se extrae de los yacimientos en estado sólido o, más generalmente, en forma de disolución (salmuera) sometida a evaporación. Cerca de la mitad de los 175 millones de toneladas anuales en el mundo se obtienen mediante evaporación de agua marina. Las mayores potencias económicas mundiales son también las primeras productoras de sal.

Había en Navarra salinas de piedra en Funes y en Valtierra. Se elaboraba por medio de la acción del fuego en Aldaz, Arruiz y Elgorriaga. Por evaporación, en Aguilar, Arteta, Guenduláin, Javier, Mendavia, Obanos, Olaz, Salinas de Monreal, Salinas de Pamplona, Tirapu, Undiano y Salinas de Oro. En Undiano llegó a haber nada menos que ochenta eras destinadas a la evaporación de la sal. Hoy es ésta que estamos viendo la mayor explotación salinera de Navarra.

El agua del río Salado ha ido disolviendo durante milenios la sal del subsuelo antes de salir al exterior. Este agua ha servido y sirve todavía para extraer la sal que se evapora en las cuadrículas exactas cuando el sol aprieta; las lluvias vuelven a disolver la sal.

Las ofitas —rocas volcánicas verdosas— de la cantera mellada, y ahora paralizada, que tenemos delante, rompieron a una con las sales, estos suelos, se extendieron sobre ellos y sufrieron después la erosión. Algunos peñascos de ofita, cubiertos de arbustos, se yer-

guen aún a la orilla del río, que un día lejano los cortó y los dejó aislados.

Pasamos por encima de la última de las seis grandes salinas, llenas de agua clara. Todo el conjunto está feo y como descuidado. Los almacenes de sal, saleros o salines, y toda la cacharrería no son bonitos pero son, sin duda, útiles. Para colmo, tres basureros cuelgan de la pendiente bajo la carretera, a lo que se añade la chatarra que es ya la vieja molturadora de ofita y la cinta que la subía hasta los camiones. Hay que andar un poco más para volverse a mirar y alegrarse con el júbilo de los chopos, carrascas y fresnos, que mueve templadamente el aire. Los nogales tienen un decidido verde primaveral.

Junto al puente de piedra sobre roca pasa el Salado, todo lleno de babas. Hay en el cauce una rueda grande y rota de molino. Las piedras del pobre lecho de este río pobre están blancas de sal. En la orilla derecha yace un pequeño regadío con berzas, alubias y acelgas. ¿Irán desde aquí ya saladas a la mesa?

Subimos con esfuerzo el Ristro sobre el vado del riacho. Se nota nuestro desentrenamiento veraniego.

—No hablar, venga.

—Vale.

Saltamos una cerca de alambres. Comienzan a molestarnos las moscas, moscarras o moscarrones, que no nos dejarán en todo el trayecto.

—Qué dulces debemos de estar.

—Es el tiempo de la fruta.

En el altillo, junto a un escondite natural entre la maleza, vemos un espantapájaros hecho con un buzo, una bolsa de plástico, papel de plata y una falda de mujer.

—Parece un cuadro moderno.

—Lo es.

Comemos moras, que hay a miles, algunos arañoses ya maduros, y masticamos algunas bayas rojas de enebro.

El camino se rompe en barrancos hendidos por las aguas que se precipitan cuando las tormentas. Entramos en unos pastizales, al borde del bosque. Bella toponimia vasca la de estos parajes: Mendartia, Uribidia, etc. El Salado tajó durante siglos las paredes del Zanzalai que sobresalen a nuestra derecha. Hay unas vacas royas pastando y se nos quedan asombradas. Vemos entre el matorral restos de muros y nos acercamos: debió de ser una ermita, de la que se conservan las paredes hasta el arranque del techo, que debió de ser de madera, algunas lajas y tejas, un grueso dintel, el arco fajón y el ábside medio recubierto de cal. Las carrascas y los rosales silvestres se asoman sobre los muros de sillarejo. Al lado, quedan unos restos de casa que, al parecer, se aprovecha ahora como borda. El mapa dice "San Peralia". ¿Fue la ermita de San Pedro?

Debemos seguir hacia Iturzábal, en dirección al camino de Arguiñáriz, pero no llegamos hasta allí. Nos paramos a contemplar el paredón calmoso y quebrado de Andía, del que cuelgan Iturgoyen y Lezáun. La torre de Salinas de Oro levanta su cuello gallardo del siglo XVII de entre el cuerpo de la iglesia del XVI. Hoy es la víspera de San Miguel, patrono del pueblo, y suena un cohete festivo, entre humos, y luego otro y otro. Una cardelina cruza asustada de carrasca en carrasca.

Coto redondo un día del duque de Granada, Salinas es hoy un conjunto precioso de casas del XVII, que absorbió al antiguo Oro, se olvidó del castillo peleón bajo el cerro y al abrigo del roquerón, y se decidió a tomar el sol —amarillo de sol lo pintó Jesús Basiano—, a trabajar los campos y cuidar las salinas, que hoy explotan varios vecinos del pueblo. Son desde aquí visibles los dos barrios, el cementerio con dos cipreses y el palacio derruido de los Goñi con algunos contrafuertes en pie, todo invadido por la yedra. Lo que no se ve son las casas de los Azcona, Irigoyen, Arrivillaga, Munárriz, Ciriza... apellidos tan del país, que parecen ahora, con esos cohetes, removerse en las panoplias del recuerdo.

Caminamos entre el corro de crestas calizas que marcan los márgenes del diapiro de Salinas: Garindo, al Norte; Ichurroch, al Oeste; Esparaz, al Sur; y Peña de Echauri, al Nordeste. Fronteras del

aire de los mil metros, donde la lluvia se hace nieve ya a mediados de otoño.

Urreta es otro nombre de agua, entre los muchos toponímicos acuosos que abundan en estos alrededores; por aquí baja, cuando baja, un regatillo que hace frondosa la pequeña vega, en donde debe de haber ahora mucha gente por el alboroto grande que oímos. Descendemos hacia la cuenca del río. En el linde del carrascal tomamos el sol sobre la hierba.

—Mira ese fraile.

—¿Y por qué fraile?

Sube un hombre de sotana la curva cuesta hacia Izurzu. Apenas pasan coches. Con este sol, en esta soledad, y a estas horas, una sotana que sube trae a las mientes una secuencia de cualquier película de Fellini o de Buñuel.

—Igual viene de decir misa de Salinas.

—Igual.

Al pasar por Izurzu, vemos al fraile, o al cura, sentado en un banco de piedra, bajo unas parras.

También en Izurzu hay casas del siglo XVI y una iglesia románica del XIII, que cobija a la Virgen de la O, traída de la ermita de su nombre. La carretera corta a un pueblo alto de árboles y sonrosado de flores.

Mediodía de otoño que se entrena sobre la Peña de Echauri, lugar preferido de montañeros y alpinistas. La banda grisverdosa del Arga alegra los campos de labor, que comienzan a verdear tras las primeras lluvias.

Si nos quedáramos aquí, nos darían ganas de volar sobre Ciri-za, roja de tejados, que ya no de cerezas, para aterrizar sobre la colina de Cizur o sobre la cordillera de Nuestra Señora del Perdón.

SAN MIGUEL EN ESLAVA

Pasamos por Campanas, pueblo que no existe y que bien merece un comentario entre lírico y humorístico.

Es el día de San Miguel.

*San Miguel de las uvas maduras,
qué tarde que llegas, qué poco que duras.*

La huerta de Garínoain está llena de coqueterías verdes.

Pueyo se deja hacer al sol iniciado de otoño, que ha salido con modorra de brumas.

Nos hemos olvidado de poner gasolina en Pamplona, y tenemos que bajar hasta Tafalla, dejando el tentador recorrido por Leozarana. A la altura del bar Rafael, torcemos hacia Ujué y Sangüesa, que eso dice el letrero.

Entramos en un reino de viñas sobre tierras llanas y bancales. Las uvas están casi maduras, pero las parras las ocultan como las cluecas a los polluelos.

Típica Navarra media: pocos árboles en la carretera, unos cuantos olivos, enebros saltarines, algunos chopos en las vaguadas aún no tocados por la gracia del otoño, pinos en los oteros y en las pequeñas colinas, zarzales con moras en los ribazos, y la yema roja,

ya fruto, de los tapaculos, que los bien hablados llaman escaramujos. Colón y sus hombres encontraron en el mar, un día antes del descubrimiento, “un palillo cargado de escaramojos” y les llenó de regocijo.

A San Martín se llega por una doble romería de viñedos y se sale de él, después de una buena purificación artística, por la misma ruta.

Tras dejar el camino romero de Ujué, los letreros nos llevan ahora a Lerga.

Nos acercamos en suave ascensión al corte que la carretera, antiguo Camino santiagueño secundario, hace entre las estribaciones de la sierra de Orba y las de la sierra de Ujué, y que llamamos Alto de Lerga.

Hay que pararse aquí y contemplar uno de los paisajes más severamente bellos de la Navarra intermedia entre la depresión del Ebro y la terraza pirenaica. Valle de tierras de labor, pastos, viñas, algunos olivares y almendrales, limitados por unos pocos robles bravos y muchos pinares de repoblación. Tierras tristes de ocre y verdgris y de despoblación que no cesa, mal regadas por el regato Indusi o Piscaldea, al que le bajan, cuando llueve mucho, unos cuantos barrancos que lo empujan hasta el Aragón. Valle de frontera, de pueblos encaramados frente al enemigo, siempre presto a pasar el río y llegar hasta Tafalla y Pamplona.

Dejamos las nobles estampas del monte Julio y Monte Lerga, a un lado, y de Chucho Alto y Andiaga, al otro, y descendemos en curvas hacia Lerga, pueblo-calle, que dejamos a la derecha, con el sol dorándole la media fruta madura del ábside de su iglesia.

Viene un hombre montado en un burrito alegre.

*El burrico San Vicente
lleva carga y no lo siente*

cantaban hace unos años los chicos de estos pueblos.

Lo primero que se ve de Eslava, desde el altozano de la carretera, es el Montecillo con la ermita blanca de Santa Bárbara entre pinos altos y bajos, y el cementerio con un ciprés. El caserío, de

vieja, rodea como un cinturón el cerro que sostuvo un día la alcazaba, luego castillo, mandado derruir después por el rey castellano. Hay ahí cerca un campo, casi era, de olivos, y allí abajo un pueblo solo, entre viñas y campos de labor, colinas y tesos. Nos cierra el Norte la sierra de Andúya y, por el Sur, la sierra de Ujué, que queda el Pico de San Pedro para arropar a Gallipienzo. Más lejos, se despeza entre calimas y al fondo oteamos el manchón conde de la sierra de Leyre.

Acaban de inaugurar en Eslava el nuevo Ayuntamiento en las nuevas escuelas bien aprovechadas, junto a la carretera que corta el valle de la villa. Están las tres banderas en el balcón. Restos de mulled y de coñac en las copas sobre la mesa del banquete.

Subimos por el pueblo, todavía medio dormido tras dos días de fiestas y al que despiertan las campanas puntuales de la misa matutina. Me enseñan en la casa del señor José un ara romana, un aljibe medieval y una puerta gótica de piedra. Basta este botón para mosquetear que Eslava fue algo en tiempo de los romanos —y ahí está San-ricriz (¿Sanctus Quiricus?) para recordarlo— y en tiempos medievales, cuando los caballeros de la Orden de San Juan cabalgaban y moraban por estos parajes. No es de extrañar que nuestro rey San-Garcés III regalara Eslava —Stelaba— a su hijo natural Ramiro, luego rey de Aragón; o que al conde de Lerín le hubiera gustado para quedársela, tan bien situada villa; o que el Archiduque Carlos hubiera hecho por aquí una incursión, o que en Eslava naciera un general carlista Zabaleta.

Pero de todo esto y de mucho más ha escrito un hijo ilustre de la villa, Alfonso Reta Janáriz, autor de un voluminoso libro *El hábitat en la zona de Eslava*.

Después de la misa vamos en procesión por el pueblo con el Arcángel San Miguel. Es tan frágil, que no parece un arcángel. Los hombres que lo llevan pensarán tal vez que portan un espíritu débil.

El predicador acaba de hablarnos de la existencia de los ángeles. Nadie como los poetas, y Rafael Alberti el primero, son tan parciales de esa existencia. ¿Qué haríamos nosotros sin los ángeles?

En Eslava he visto por vez primera monaguillas (con *a* de niñas) y no monaguillos, tal vez menos angelicales. Quizá por ahí comienza, por fin, el ascenso de la mujer en la Iglesia.

Pasamos por la plaza de arriba, donde está el frontón y el tablado de la música, tan estruendosa como es ahora. Eran otros tiempos, cuando las chicas del pueblo cambiaban “Oriente” por “Eslava” y cantaban así:

*En la plaza de Eslava
yo solita jugaba,
con el arco corría,
con la comba saltaba.
El vestido a la comba
se agarró sin querer.
¡Ay mamita del alma,
qué vergüenza pasé!*

Se está bien en el atrio, entre las acacias, la puerta románica, y la buena gente sanmiguelera del pueblo

—¿Por qué no subimos a la ermita para ver mejor el valle?

—No tenemos tiempo.

—Pues vamos a la Bodega a tomar el aperitivo.

Pero la Bodega, la famosa Bodega de Eslava, está un poco lejos y nos quedamos en el bar, recién estrenado, del Ayuntamiento, lleno de gente joven, un poco amodorrada.

Cuando salimos me van diciendo los nombres de los términos de la sierra: Trastán, El Ardil, Astiráin, Juan de los Aires (Jaun = señor), Amicarren, Larrasuil. Y ahí abajo, Entreviñas.

Entre viñas vamos hacia Ayesa, Sada y Aibar. Pero mi capacidad no puede más. Dejo de mirar escribiendo. Y solamente miro.

Hay que volver a estas tierras tan fascinantes como desconocidas.

OTOÑANDO Y OTOÑEANDO

(De Pamplona a Irurita, por Eugui)

Quién sabe dónde estaremos las próximas semanas. Así que, aprovechando unas promesas de sol en las primeras horas del día, me animo a ir a ver, a oler, a sentir, a vivir el otoño, que ya va bueno. Vamos a otoñar todo el día.

—Hace tiempo que no hemos ido por el Urcel.

—Vamos allá.

Están los tilos de la antigua avenida de Franco como tienen que estar, todos alimonándose. Al “viejo” y venerable Seminario eusiano empieza a rondarle también el otoño. Viene Juanito Gazpio, sudoroso todo, desde Badostáin; no nos ve.

La piedra vieja de Zabaldica se ablanda entre rebaños de ovejas, uno a cada lado.

Veo Iroz por el ojo del puente sobre el Arga, que aún baja débil.

Están los chopos ardiendo de belleza entre adolescente y senil.

Entre los olmos muertos y con el nombre prestado de las peñas, vive Anchóriz.

Qué tranquilo y hasta solemne está Zuriáin.

Aquerreta, como un castillo.

Recogido el jardín, de flor de historia, de Larrasoaña.

El dulce, ay, camino de Imbuluzqueta.

Urdániz nos sale al paso.

Ostériz sigue escapándose de los humos, pero que si quieres.

Ya están las hayas acicalándose en su tocador de vientos.

La capital, Zubiri.

Vamos camino de Francia, según el letrado, y nos deja pasar Saigós, siempre de guardia.

Los primeros robles compuestos-descompuestos de otoño.

Urtasun tiene ya pinta de fronterizo.

Frente al pantano, ahora arrugado y sombrío, el Azegui, de anchas espaldas, nos da seguridad.

Las canteras de Asturreta tienen la traza y el color de los Dolomitas italianos. Dicen que son los yacimientos de magnesitas más importantes de España. Sirven nada menos que para el duraluminio, el magnalio, los crisoles, la industria fotográfica y farmacéutica.

Nos metemos por el camino que lleva a Irurita. Parece un camino de aventuras, porque para contrabandistas es demasiado camino. Pasamos junto a una caseta rodeada de coches —Arrobikoborda—, y enseguida nos quedamos libres.

Aquí todo es otoño y sólo otoño. Hayas arriba, helechos abajo, algunos fresnos, algunos arces, algunos mimbres, algunos avellanos, algunos rodales de alerces.

Del amarillo al marrón, del limón al cobrizo, del verde naturaleza al color sangre seca. O del verde norte al verde europa, de éste al verde gredos o al verde pajizo, y luego al salmón rosado, al trópico, al ocre, al siena, al arcilla, al pireo, al corinto, al granate y hasta al carmesí. O al color vino, al vinagre, al morado pálido.

A veces no es un color. Es una hoguera de colores como los que pintaba Larramendi Arburúa en sus cuadros, todo fuego, de otoño.

Está otoñeándose la tierra, el bosque, la atmósfera.

Nos falta aún el vocabulario preciso, porque el otoño es una estación reciente, entre el equinocio de septiembre y el solsticio de in-

vierno. Antes, en nuestro hemisferio las estaciones eran tres: invierno, primavera y verano. Desde los inicios de la vida pastoril, hace miles de años, el verano terminaba cuando los rebaños regresaban de los pastos abiertos, para la invernada.

Después inventamos el otoño, porque el invierno se nos hacía demasiado largo, y al verano le sobraba una cola prodigiosa que se merecía un nombre y una estación. Si no fuera por el color del campo, no sabríamos a qué carta quedarnos cuando el sol nos trae los veranillos que le sobran o se echa el frío desde los Pirineos, como hoy mismo.

Botticelli nos dibujó y pintó el Otoño en forma de una mujer-ángel, esplendorosa de carnes frutales, entre gasas de luz y velos velados, cargada de frutos del campo y llevando de su mano un niño, que parece más bien un cestillo de frutas.

Pero el otoño no son las frutas, que se terminan pronto, sino la luz y los colores que le salen al campo. Las últimas frutas, las uvas, las pomos y las castañas, se cogen o se caen cuando los racimos y las ramas que las sostienen se trasfiguran y embellecen el entorno.

Seguimos el cauce del Urcel, que nace triple en Sagardegi, Larrakarte y Arriaga. Es un afluente larguirucho del Arga y no sé por qué no suelen ponerlo en los mapas. A nuestra derecha se levantan las moles de Leate, Muardená y Okoro, y a nuestra izquierda las de Erregerena, Zuriáin y Sayoa.

Llegamos a la divisoria de aguas entre el Cantábrico y el Mediterráneo, que recogen las largas manos fluviales del Baztán-Bidasoa y del Arga. Vienen las regatas de Zocoa y Artesiaga por una parte, con las aguas nivales y lluviales del Sayoa y del Eurtay, y el Ibur, por otra, desde los manantíos de Aztabizker y Peña de Alba.

Si el día estuviera más apacible, nos bajaríamos aquí y rodearíamos el puerto de Artesiaga, abierto entre el Sayoa y Larrakarte, primorosa excursión de verano. Pero un muchacho pastor, que no tiene más allá de los 13 años, se calienta, junto con su perro, en una pequeña hoguera y nos hace de termómetro.

Buen mirador éste también sobre el Baztán. Hay ovejas en todas las laderas de los riscos, repartidas como pedruscos blancos. Los

pastizales están enrojecidos por el “tinte cárdeno de los helechos abrasados”, como diría Pierre Loti, el autor de *Ramuntxo*.

Al bajar hacia Irurita, van salpicándonos la vista los caseríos blancos y grises que se enfaldan a las estribaciones del Abartán. Los almiarres de heno cortado hacen un juego de ajedrez rural y estático en los recuestos de la cordillera.

Pasamos un fresnedal. Junto al puerto de Meaca hay varias bordas; de una de ellas, nueva, sale humo. Unos caballos andan, majestuosos, por la carretera. Un grupo familiar descansa o se apresta a comer tal vez debajo de un haya.

Robles del país, que se otoñean en naranjas y púrpuras, cubren la cuesta como un regimiento de gala. Tres cerdos blancos hozan en la hierba.

Plátanos. Otros dos cerdos y un perrillo que les pone orden. Unas escuelas nuevas. Más cerdos aún y unos manzanos con la cesta llena de manzanas.

Entramos en Irurita por la calle Artesiaga. Casas moradas y ropa tendida.

Comemos en el *ostatu* de la plaza. Damos luego un paseo por los tres barrios Apote, Ordoki e Iperburu. Palacios de don Gastón de Iriarte, del conde de Guaqui y del marqués de Casa Torre.

La plaza es quizás la más señorial y la menos municipal de Navarra. Ni siquiera se llama de los Fueros. En Baztán hay que estar recordando siempre que sólo hay un municipio y que los demás, por bellos que sean, sólo son lugares. Lugares señoriales como éste.

En la Erreboteko Plaza —bella palabra en vascuence y en castellano— juegan unos niños en el rebote. La iglesia de S. Salvador, la del apunte de Echenique, está cerrada y nos metemos por los pórticos, admiramos el jardín con un magnolio y dos pinos albares, y seguimos por un camino vertical entre casas hermosas alegradas por alegrías, claveles chinos, geranios y hortensias.

Un perro se asoma a una de las ventanas geminadas de Dorrea, otra de las casas-torres.

Los alrededores del pueblo no son dignos, y menos con los le-

treros de muerte que los afean, de pueblo tan bien hecho. Seguimos hasta Lecároz, pueblo que no parece recordar el incendio y la matanza a que le sometió el general en jefe de los ejércitos de la reina, el navarro Mina, un día de otoño de 1834, porque sus habitantes no quisieron o no pudieron descubrir los dos cañones y los dos morteros con que los carlistas disparaban sobre Elizondo.

Por aquí el otoño no ha llegado aún a su madurescencia.

Hemos de volver ya. Pasamos el río Ibur, crecido de nombre más que de caudal. Cuando llegamos a la curva de Zurraure de Ciga, tres chicos nos alargan la mano, gritando

—¡Castañas, castañas!

Nos paramos, como no podía ser menos, en el mirador. Un autobús, con el conductor dentro, está varado junto a la fuente, lo que quita encanto al paraje, lo urbaniza inmoderadamente. Un ramillete de majuelos enfrutecidos enrojece el rincón.

Abanico de tarde color seda desde Legate a Ezcaldo.

Las acacias, fresnos y plátanos junto al mirador están aún verdes.

Cogemos del suelo unos erizos vegetales caídos de los longevos castaños.

—Malas estarán ésas —nos dice un señor que pasa por aquí y que vive en esa primera casa de Zurraure.

—No, no, mire.

Pero la verdad es que de las tres castañas del erizo sólo una está pasable.

—¿Y quién las coge?, le preguntamos.

—Aquí nadie. Pocas hay y además no se necesitan.

—Ahora no tiene hambre nadie, claro.

—Ahora comemos cada día como antes en las fiestas.

—Así es.

Le pregunto sobre algunas cosas del valle, por ejemplo sobre el helecho.

—Ya no se coge tampoco. Se seca en el monte.

—¿Por falta de ganáu?

—No, qué va. Ahora hay más vacas que antes, pero con las parrillas de las cuadras se arregla todo.

En el camino de vuelta los avellanos son los más otoñales. En estas tierras bajas resisten bien los árboles un octubre sin lluvias y sin vientos apenas.

Burutáin, Endériz y Olave están rebrillados de chopos otoñecientes, heráldicos de oro nuevo todavía.

En Olave qué casa han sacado, señores!

Allí arriba, sobre Valdizarbe, las nubes están empedrando el sol.

Entramos por la antigua avenida de Franco, hoy de Baja Navarra. Los tilos están como tienen que estar. Se diría que acaba de pasar el otoño inaugurándose a sí mismo.

POR SAN PEDRO Y AITZIBER

Salimos de la Venta de Urdiáin —Urdiaingo Benta—, cruzamos el río Burunda y la vía del tren, y nos metemos en un bosque de robles tan corpulentos y lozanos en su venerable añosidad, y tan bien cuidados, que pensamos si no nos hemos metido en un jardín inglés. Podríamos jugar al escondite, si tuviéramos menos años, en los troncos de los robles, que hacen de esta campa un lugar predilecto para fiestas y organizaciones masivas.

Entre los robles pedunculados, de hoja pequeña y tronco arrugado, lucen unas ramas coquetas de robles americanos, rubio fuego, que nos adelantan un otoño multinacional y anglosajón al mismo tiempo.

Hay moras por el camino del bosque, pero sobre todo hay setas y hongos. Encontramos en el paseo más gente que nunca, gente que va y viene, se agacha y vuelve a agacharse llenando las bolsas.

—A la seta, ¿eh?

—No está mal la cosa.

Torcemos a la izquierda y entramos en la campa de San Pedro. La ermita del siglo XVIII está dividida entre Alsasua y Urdiáin. Una pintoresca inscripción sobre el dintel de la puerta nos dice ingenuamente que aquí alzaron sobre el pavés al primer rey de Navarra... El sitio, la verdad, es propicio para alzar reyes autóctonos, para ve-

nir en romería, bailar el zortziko o sacarse unas fotos, como hacemos nosotros con los amigos alsasuarras que encontramos.

Sobre el puentecillo del Baserreka, el ayuntamiento ha puesto en vascuence un aviso: “Prohibido lavar los coches...” Pero el agua baja tan espumosa, que esta mañana, al menos, la prohibición no se ha debido de cumplir.

El arroyo nace un poco más arriba, entre hayas, sauces, fresnos, espinos y mimbres. Una cerca de alambre impide justamente profanar tan idílico lugar. Cerca, poco antes de juntarse con su compañero recién nacido, pasa casi exhausto el Goikoarrarteta-erreka: mucho ruido de nombre y pocas nueces de caudal.

Hace calor. Un grupo de castaños enfermos no puede ya con su alma. La Peña de Leyene (*Leiheneko Haitza*), con su hueco en forma de óvalo llamado *Jentilen Leihua* (ventana de los gentiles), nos recuerda tiempos heroicos en que aquéllos, robustos y malos como eran, jugaban a la pelota con piedras redondas lanzadas hasta Aizaga, mientras sus también gentiles señoras salían a peinarse al espejo claro del óvalo roquero. Más adelante estaba la cocina, *Jentilen Sukaldea*, en una hornacina labrada por la erosión en la pared caliza levantada sobre las margas y tierras de valle.

No hacía falta que un letrero nos avisara que “cuidado con los perros”. Todo parece perros, antes de llegar a él, en el caserío Sarabe, rodeado de rosas, dalias, dondiegos de noche, maizales, nogales, castaños y... perros. Pasamos arrimándonos a la pared de la casa hasta donde no llegan los canes atados a una muy distendida cadena y que no paran de ladrar.

—¿Poco mordedor? Yo lo que es no me fío ahora del refrán.

Pedimos la llave y entramos en la ermita de Aitziber, al pie del Sarabeko Haitza, ermita en forma de borda, de piedra limpia, vigas de roble y con una talla moderna de la Virgen entre flores de trapo, a la que se viene en romería. La talla original está en la parroquia.

Al fondo de la ermita y separada por un ventanuco, la *andreetxe* (casa de las mujeres o de la mujer). Dicen que no se sabe si es ahí donde las excluían o donde ellas armaban sus zafarranchos. Pero don José María Satrústegui, párroco del pueblo y reconocido etnó-

logo, nos dirá después que era la casa de la mujer, de la serora o ermitaña. El ventanuco servía solamente para vigilar el interior.

En los bordes de la ermita comienzan mis compañeros, bajo la sabia guía de David, a coger champiñones o *azpibeltzas*, y ya no pararán durante el resto de la excursión.

Tapiza la pared norte del Leyene un hayedo de repoblación, con robles autóctonos arriba y abajo. Los yerbines se extienden plácidos y seguros entre los dos tapiales que bajan desde el macizo de Aralar.

Una parcela de pinos laricios con los que el amo aprovechó el terreno. Un caserío moderno abandonado, entre robles y manzanos con manzanas; lástima que esté un poco a trasmano. Unos caballos se refugian del sol en un pequeño soto entre alambradas.

David nos lleva hasta las ruinas, difíciles ya de ver, de la antigua ermita de San Miguel, comida por los zarzales, escaramujos, espinos y arces. Muerdo un níspero todavía verde.

—Cuando los de Urdiáin vieron que se estaban llevando las piedras (seguro que eran de Alsasua) las aprovecharon para hacer el bar de las piscinas.

Carlos, que es de Alsasua, se ríe y no contesta. No sé si sabe estas cosas, porque es demasiado joven, pero coge una seta más grande que la anterior y luego unos hongos cabezones y mantudos.

Salimos a una fuente, Iturfe, recogida en un aska para los caballos. Cuando hay más agua que ahora, corre por el regato *Infernuko Erreka*. En sus orillas hay una buena cosecha de hongos y setas, lo que nos hace ir con tiento. El hallazgo de las setas es algo parecido al hallazgo de los nidos, tan disimuladas y escondidas suelen estar. Se llama este camino *Procesio bide*, porque era antes el camino de la procesión hasta la ermita de San Miguel.

—El cura acabó con todas las rogativas.

—Pero alguna quedará, ¿no?

—Bueno, la de Aitziber, el 15 de agosto, y la misa en la de San Juan en la tarde-noche del 23 de junio, y la de San Pedro el primer día de las fiestas patronales.

Con la bolsa ya llena y tirando por el camino de enmedio, llegamos de nuevo al robledal. Alguien dice que ha visto una comadreja, pero no le creemos del todo.

—Los *gibelgorris* no se cogen, son medianos.

De nuevo en la campa, Carlos nos da la sorpresa de un jamón burundés, un queso de Urbasa y vino claro de San Asensio. David no come pero bebe y los demás comemos y bebemos.

—¿Cuántos años tiene este vino?

—Yo diría que cuatro.

—Ocho, rico.

Mientras se come y se bebe, se mira para arriba.

—Esos agujeros de los robles eran antes nidos de micharras o musarras. Yo las comí de chico, en Aralar. Es una carne un poco peor que la de la ardilla.

—Ah, ¿pero se comen?

—Se comían, ya no quedan apenas.

Cuenta David que, según un chico de su escuela, los árboles de hoja lisa se tiran en creciente (*hilberri*) y los de hoja ondulada o lobulada en menguante (*hilbera*).

—Qué curioso.

—Siempre aprendiendo.

—¿Cómo está este jamón!

Tomamos el aperitivo en un bar de Urdiáin. Admiramos las casas con fachadas en hastial, puertas gemelas o dos planos de fachada, con los llamadores, cerraduras y clavos de puerta que dibujó Julio Caro. Uno no se imagina todo esto viendo el nuevo barrio de la carretera.

Pueblo un día de carreteros, hoy lo es de transportistas, y los trabajadores de la industria se reparten por la fábrica del pueblo (Magotteaux), Alsasua y Olazagutía.

Un último trago en la Venta parece de ritual.

—Vermut no, mosto, aunque no conduzco.

—Mosto, que yo sí conduzco.

AMIGOS DE LEYRE

(De Leyre a Yesa)

Las viñas de Liédena arropan al otoño, cada día más débil y con peor color.

Llegamos a Leyre por la nueva carretera, que nos lleva directamente hasta el pie del Arangoiti; allí se da una vuelta de media roseta y comienza a subir. Las hayas, ferruginosas, arriba del todo. Los robles, medio leprosos de luz quebrada. Y las encinas, ternes e inquebrantables, guardan la montaña sagrada de los pinos invasores, que se acercan desde el pantano, como una de aquellas hordas de sarracenos.

Las campanas del domingo de noviembre gregorianean en bronce. La hospedería está aún cerrada y la portería abierta. Abierta también la sonrisa del Padre Abad, que simboliza la larga paciencia benedictina —hermana mayor de la esperanza— desde los tiempos del fundador San Benito.

Vamos a la misa gregoriana por un paseo de plátanos, de color moneda usada rebrillada por un sol amarillo. El Peñascal tiene un aspecto entre dolorido y hercúleo. La Balaza lleva muy bien su otoño alpino y se mora de invierno hayedoso la Peña de los Tufarros.

—¿Cuándo vais a quitar, Santiago, ese mamotreto que quedó de la vieja cantera?



“Aguas vertientes” abajo, comienza la finca del monasterio, que linda con Aragón, por una parte, y, por otra, con el monte de Lumbier.

Después de la misa, el P. Ramón, historiador de la casa, nos habla sobre el siglo XVIII del monasterio, habitado entonces por cistercienses (los blancos), enemigos históricos de los benedictinos (los negros). Según la prosa historiadora de este monje, muy cargada de acento cuando quiere convencernos, durante ese siglo de las luces hubo aquí una comunidad trabajadora, ilustrada y piadosa. Tenía la doble jurisdicción sobre 32 pueblos-parroquias, que iban desde el Roncal hasta la Cuenca de Pamplona. Los monjes de entonces estaban enredados en muchos más cuidados materiales que vender huevos, arrendar la Perlita, el Pullizar y el coto de caza, y cuidar de la pequeña vaquería casera, menesteres económicos de los monjes de hoy.

A los postres, helado y flan, nos resume el Abad la situación del monasterio. Una buena noticia es la construcción del invernadero, gracias a una donación privada, que dará verduras todo el año, y otra no menor la elaboración del “benedictine” legerense por obra y gracia del herbolario P. Germán. Lo tenemos ya en la mesa, y es vegetal y despacioso, aromático y un tantico montaraz.

Luego habla Javier, por el casi centenar de Amigos presentes, y con el dinero secreto de la discreta bolsa que ha pasado de mano en mano regala a la Comunidad tres libros apergaminados del Doctor Martín de Azpilcueta, editados a mediados del siglo XVI, que para eso estamos en su cuarto centenario.

Hay una sobremesa espesa de conversación y griterío, y los buenos humores se estrellan contra el frío cristal del refectorio.

Bajo con unos amigos y con el alcalde de Yesa hasta este pueblo fronterizo de Navarra. Caemos en uno de los bares de la carretera. Hoy es la calle de René Petit, en recuerdo de aquel famoso futbolista y luego ingeniero jefe de obras del pantano, que lleva el nombre del pueblo.

Yesa es un complejo turístico muy conocido, en una de las terrazas sobre el pantano, y es también un pueblo nuevo, entre las carre-

teras de Jaca y Javier, lleno de buenos y nuevos servicios. Pero es también el casco viejo, que mantiene la memoria de aquel pueblo pobre y difícil que un día fue. Hoy sólo una familia vive de la agricultura; las demás se reparten entre los servicios, la piscifactoría y el pantano (la Confederación, dicen aquí).

Aún quedan chopos rubios bien peinados. Un cedro foral guarda la oficina de turismo. Están arreglando la casa consistorial, que integra ahora las antiguas escuelas. Junto a la fuente del Juncal quieren hacer unas piscinas municipales.

—¿Por qué no vamos a tener unas piscinas propias, sin falta de ir a las otras?

—Claro que sí.

A la sombra del bosquecillo, una placa sobre un pequeño monolito recuerda a un religioso misionero muerto violentamente en Guatemala: *“Per aspera ad astra*. El Pueblo de Yesa a Faustino Villanueva Villanueva, 12-7-1981”. Bella inscripción para leerla en esta noche de luna. Llegó a los astros por caminos ásperos, más ásperos que los de esta sierra que tenemos encima, de donde vienen los vientos recios que barren las nubes.

—Este es el pueblo con más días de sol.

—¿Por el viento?

—Por eso mismo.

Relucen las piedras viejas, recién limpiadas. Esta vez a la luz de unos bombillones blanquísimos que hay en todas las esquinas y, en forma de farolas, en la plaza, donde resalta majestuosa la “casa del fraile”.

—Dicen que vivió aquí un fraile de Leyre, cuando los echaron de arriba.

En cambio, la pequeña iglesia gótica, con su ventanita amaine-lada, está oscura y cerrada, desde que hace años trasladaron el culto a la iglesia nueva. Un error.

En el matadero nuevo, junto a la nueva carnicería, cuelgan, des-pellejados, dos jabalíes.

—¿Parece que funciona el coto de Leyre, eh?

—Doce han caído estos días.

Damos una vuelta siguiendo la calle de la Procesión, verdadero paseo de ronda interior. A nuestra derecha, el bulto nocherniego de La Sarda. Más abierto y enfrente, Val de Tor, donde el desaparecido castillo añade sombra a las sombras y se revuelven, cada uno en su medio, faisanes y truchas. A la izquierda, los cerros noctámbulos de Farrandillo, que mugan ya con Aragón.

—¿Es luna llena?

—Empieza a menguar.

—Con esta luna hay que mover el vino —sentencia Santiago.

—¿Para qué?

—Pa que se cueza bien el mosto. Y el mejor día es el viernes.

—Ahí va lá.

—Así es.

Así será. Lo cierto es que esta luna fría de noviembre afila los dientes de la sierra de Errando. Casi da miedo.

Volvemos por la carretera nueva, que nos lleva directamente a los pies de Liédena, arisca de piedra y fortalecida de fríos y de lunas.

Atravesamos el relámpago del río Aragón y nos enfundamos en la noche.

EN BARASOAIN, CON EL DOCTOR NAVARRO

Habla hoy sobre Martín de Azpilcueta en la Sala de usos múltiples de la Sociedad Valdorba, de Barásoain, don Francisco Salinas Quijada, tudelano, doctor doctísimo en derecho foral navarro, buen amigo, copioso escritor. Organiza el acto la Sociedad Valdorba, con motivo del cuarto centenario de la muerte del “Doctor Navarro”.

—Vamos allá.

La niebla le da al castillo de Tiebas el entorno teobaldiano que le falta entre tanta cantera, tanta casa nueva mal hecha, y tanto polvo como tiene cada día. Si esta niebla estuviera ahí siempre, sería el de Tiebas el más hermoso de los castillos en ruinas.

Antes de comenzar la conferencia, damos una vuelta por Barásoain, sitio sobre huertas, si la siempre compleja etimología vasca no me juega una mala pasada. Tenemos enfrente la Casa de Ollo y Amatriain, del siglo XVI: buena piedra, gran portalón y un lobo en el escudo de la clave. Más lobos en otro escudo vecino.

Detrás del palacio de los Azpilcueta se derribaron varias casas adosadas. Quedan algunas paredes y tapiales. Enfrente se levantan varias viviendas de protección oficial. Seguimos hasta el barrio Abadía donde un escudo bizarro nos recuerda la mansión de don Juan

Damián de Yoldi, caballero de la Orden de Santiago, residente en la ciudad mejicana de Oaxaca y natural de Barásoain.

Entre Alaiz y la Peña de Unzué se despluma suavemente la niebla que recogerán las piadosas encinas y coscojas, de donde otra vez volverá a salir.

Pocas plazas tan bonitas como la de esta villa, título que le concedió Felipe IV, agradecido por la colaboración del pueblo en los gastos de guerra. Casas bajas, palacianas, y con color de manzana asada, defendidas por plátanos casi del mismo color, forman un rectángulo, cortesano y rural al mismo tiempo, de un otoño geográfico e histórico, que es maravilla.

Un grupo de gente inquieta, fundador de la Sociedad cultural, compró casa Arrazubi en 1978, la rehabilitó por dentro en auzolán e inauguró el nuevo local al año siguiente. Son 300m² de planta, dos pisos, cocina, bar, salón de actos, biblioteca y un patio-jardín con asador, parque infantil y pista de baloncesto.

Preside hoy el salón de actos el retrato del Doctor Navarro, firmado por detrás por M^a Arteta P^a, 1851.

Recuerda Salinas la biografía de don Martín de Azpilcueta (1492-1586). De familia baztanesa, nacido en Barásoain, estudiante en Alcalá y Toulouse, fue profesor de ambos derechos en esta última ciudad y en Cahors. Tras declinar el cargo de consejero del Parlamento de París, ingresó en la comunidad de canónigos regulares de Roncesvalles. Fue catedrático durante 14 años en la universidad de Salamanca, de donde pasó a la de Coimbra, casi obligado por Carlos V, a instancias del rey portugués que la había fundado. Tras 16 años de magisterio en esa ciudad, volvió a España en 1555. Consultor de Felipe II y de los papas Pío V y Gregorio XIII, austero, piadoso, humilde y enérgico, el pueblo de Roma, donde vivió los últimos años, lo tuvo por santo, de tal modo, que hubo que llevar su cadáver al coro de la iglesia para que no lo despedazasen a la busca de reliquias. Fue autor de varias obras de derecho y moral, que tuvieron muchas ediciones. Todo un personaje, a quien en vida llamaron sencillamente “el Navarro”.

Salinas recalca los aspectos más cercanos de Azpilcueta: sus estancias en Barásoain y sus munificencias; su ingreso en la Colegiata de Roncesvalles, estando ya ordenado de clérigo en Toulouse en 1515; su rechazo de la sede de Santiago que le ofrecía la reina Dña. Juana; su defensa del arzobispo de Toledo, Carranza, también navarro, lo que le valió la enemistad y hasta la venganza de Felipe II, que le impidió llegar a cardenal.

De todo punto destacable es su amistad con los franceses y su lealtad a la monarquía navarra, exiliada en Francia, aunque hacia 1520 aconsejó en Toulouse a los principales personajes navarros que jurasen fidelidad al rey de Castilla, más que por razones políticas porque temía la ruina espiritual de Francia amenazada por el protestantismo.

Aunque en vida del Doctor se hicieron algunos arreglos en la casa solariega, el palacio de los Azpilcueta ofrece el patrón propio de finales del siglo XVI o comienzos del XVII. Algo nos recuerda un escudo posterior la vida y andanzas del Doctor: cartela de cueros, castillo, aves, calderos, leones, corazones y cruz entre lises. Cerrado todo a descuido y canto —ciegos arquillos, ciegas ventanillas, ciegos vanos de las torres—, el palacio es un reproche continuo, una memoria en duelo, un reto decidido, aunque en calma.

¿Qué podrían hacer hoy en Barásoain con un hijo tan ilustre?

—Comprar el palacio.

—Y hacerlo Casa de Cultura.

—O biblioteca de derecho.

—Pedir ayuda a la Diputación y al Consejo de Europa.

Entre los asistentes está una concejala de Garínoain. Lo que ya es un triunfo.

Bajamos por el pueblo. En la plaza de la Constitución está el Ayuntamiento, casona del siglo XVI, donde ayer, me dice el alcalde, izaron las tres banderas con motivo del Día de la Constitución.

—Sí, señor, así se hace.

Recuerdo aquel alegre final de fiesta, hace tres años, aquí mismo, en honor del celebrado maestro Turrillas, hijo del pueblo.

Nos paramos ante la fachada que tiene un escudo con el nombre de Azpilcueta, entre otros. Los responsables de la Sociedad Valdorba y J.M. Jimeno, que ha presentado al orador, se inclinan porque se trata del viejo hospital de Santa Lucía, fundado por D. Martín para peregrinos, que aún estaba en pie a comienzos del siglo pasado. La gente lo llamaba “el Recogimiento”. El escudo, muy tupido, muestra una cruz de Calatrava, tres árboles con dos mastines al pie y dos aves en las copas, amén de otras delicias.

Ahora es la carpintería, casa Aranaz, que guarda aperos y otros aparejos, con un patio recubierto, que deja aún ver columnas y capiteles con lobos, bolas, y palmetas. Tiene también una hermosa bodega en forma de medio cañón y restos de torre antigua.

José Mari, después de hablar con la dueña, locuaz y generosa, sale de la casa con un pergamino bajo el brazo, envuelto en un periódico. Algo saldrá de ahí. Mientras tanto, nos cuenta qué buen casamentero de su familia fue el Doctor. Mucho. No se le pasó ni una.

Llegamos a las puertas de la iglesia, a la plaza de Santa María, desde donde divisamos la columna de tesos Busquil, Solanoa, Aramendía, Ginebral, Alto de Aldapa, Mendianiz, y San Pedro con su ermita, frontera natural con Artajona. Más cerca, los términos de Rochapea, Capillas, Berbetarana, El Molino, San Miguel (también con ermita), Orrealuna, Oncechiquitas...

Cerca está el “Hogar Sta. Elena”, fundado por doña Elena Aranguren, sobrina del arzobispo de Manila, José Julián Aranguren, natural de esta villa, que corrió con los gastos del coro y de las dos torres de la iglesia, levantadas en los años sesenta del siglo pasado. Hoy el Hogar, que acoge a nueve ancianos de Barásoain y fueños, está regido por un patronato. Nadie, en cambio, me da razón de aquel montepío de labradores, fundado por Martín de Leoz en 1615 y que tuvo el granero en su casa. Este Leoz fue también donador de doncellas pobres y huérfanas, naturales de la villa.

Pasa el tren, que parece querer despertar el campo, tan batido ya por los cazadores.

—Ah, claro, que en Barásoain hay tren.

—Pero la estación está en Garínoain.

—¡Ya salió!

A la derecha de la portada luce, más veraniego que otoñal, el jardincillo que el Ayuntamiento puso hace unos años con los pri-

meros dineros de la estrenada democracia foral. Tuyas, enebros, pinos, y hasta rosas. Sobra esa fuente tan artificial, comprada en una mala tienda.

—Y qué rara esa piedra roja del Baztán.

—Y que lo digas.

En la iglesia de su pueblo, dedicada a Nuestra Señora de la Asunción, que ha quedado gótico-renacentista-neoclásica, dejó buenos recuerdos Don Martín de Azpilcueta. En 1561 estaba pagando al mazonero Martín de Aguirre por las obras de ampliación del crucero y de la cabecera. Se nos van los ojos hacia la capilla de los deudos del Doctor Navarro. La clave central en la bóveda de terceletes lleva pintado el escudo de la Casa, con losange en el primer y cuarto cuartel, y flores de lis en el segundo y tercero. ¡Cuánto mejor estaría aquí el sepulcro del Doctor que en la iglesia de San Antonio dei Portoguesi, de Roma!

Del muro frontal del crucero cuelga un Crucificado, del siglo XIV, coronado y agonizante, muy repintado, que fue acaso el Cristo de la piedad de niño y de hombre maduro de Don Martín. Un retrato de éste, hecho sobre tabla, a finales del XVI, cuelga de la sacristía, con una bella y justa leyenda: “El pío, el docto, Martín de Azpilcueta, Doctor Navarro, natural de esta villa, insigne en Santidad”.

Volvemos entre calles bien puestas, casas bien conservadas, escudos pretenciosos. A la derecha, alza coqueta su espadaña de medio punto la ermita de Santa Lucía, trasladada en 1568 a su actual emplazamiento bajo el patronazgo del Doctor Navarro.

Ahora que entramos por este lado de la plaza vemos mejor el ángulo de piedra, siglos y belleza otoñal que forman la casa solar de los Olagüe y Lanz y el palacio Olazmendi y Azpilcueta, hoy ocupado y tan bien aprovechado por la sociedad “Valdorba”. Siglos XVI y XVII, portalones de medio punto y vanos rectangulares. Águilas y lobos, estrellas y leones, cruz de Malta, conchas y bastones. Idealismos y ferocidades, famas y miserias, la cruda lucha por sobrevivir y la pasión íntima de la inmortalidad. ¡Tan parecidos a nosotros!

Al pasar junto al palacio ciego de Don Martín, San Martín, de Azpilcueta, siento en el hondón del alma el paso grato de cinco siglos de humanidad.

ERA UN PUEBLO CON NOMBRE DE MIEL

Era un pueblo con nombre de miel,
extendido panal,
secado por el viento acosador de la Bardenas.

Era un viejo pueblo de diarios labradores,
de color de tomate,
de estatura de trigo,
de sueños recogidos igual que la alcachofa,
que huelen a tormenta,
que suben a la historia
sencillos como chopos,
que van hacia la muerte
surcados por los miedos y las penas,
en el rápido ataúd de ríos y senderos.

Era un pueblo con nombre de miel,
seguro como una plaza,
abierto como el sol de mediodía,
alegre como un largo festival de ruiseñores,
revelándose a sí mismo,
sacándose las tripas vergonzosas de su corazón de pueblo,
viendo claramente
cómo
la belleza y el amor le brotan de sí mismo
más hondos que el odio y el rencor,
que la dura raíz del poder y del dominio.

Y este pueblo era Mérida,
reunido en el cine, oyendo versos,
una tarde de enero
de mil novecientos setenta y ocho.

ENTRE BEZQUIZ Y SANSOAIN

Cerca de Mendivil embocan y desembocan los arroyos Artusia y Oricin, que sorben las aguas de la Peña de Unzué, y el Mairaga, que echa a saltar más arriba de Bariáin. Por eso Mendivil tiene una guarnición de choperales que da gloria, y en otoño una gloria otoñal y deslumbrante.

A los pies de Pueyo crecen plantas y flores de varia especie y unos chopos lombardos disparan lombardas de luz hacia la solana alta del pueblo que ahora tiene que defenderse de los vientos.

Rozando casi el restaurante “El Maño”, entramos en la carretera que lleva hasta Olleta. Van a pie un grupo de chavales con algunos profesores o monitores, todos con mochilas.

Algo de agua corre aún por el Zidacos afluente, que fluye desde el Monte Julio, entre mimbreras altas, chopos en flor de otoño, álamos, arces y nogales. Algunas viñas se tuestan de frío y de calor, según les dé, bien vendimiadas y mejor racimadas, mientras al borde del regacho hay unas huertas pequeñas con árboles frutales y unos cardos altos, bien atados, que parecen gallos verdes preparados para la fiesta.

Coches de cazadores por la carretera y en los caminos cercanos. En Campanajea algunos ya están almorzando. Subimos a Musquerliberri —otros escriben Múzquiz—, pequeño cerro sobre breñas, de

donde hemos visto bajar no menos de cuatro coches. Encontramos una rubeta muerta en el camino. Parece que no hay nadie en el caserío. Pegamos por si acaso. Nadie. Cerca, un gran almacén que hace también de corral. Maquinaria agrícola por todas partes, en las eras y fuera de las eras, entre las robustas encinas que acompañan el caserío. En un altillo, la ermita de San Miguel, antigua iglesia parroquial, toda de buena piedra. Desmantelada ya a principios de siglo, su retablo se llevó a la iglesia de Bézquiz. Cuenta la tradición que por aquí hubo un pueblo antiguo, de cuyo nombre nadie se acuerda.

Un hombre está cerrando la puerta lateral del corral. Tal vez es el pastor. Tiene prisa y parece un poco matrero, pero alguna noticia ya nos da. La gente que viene y va del/al caserío vive en Tafalla y lleva las tierras, que son muchas y se extienden por los alrededores. Las tierras, nos dirán luego en Bézquiz, son del conde de Guenduláin, a quien pertenece todo el monte de enfrente, llamado “monte del Conde”, un buen bosque de carrascas, entre las que asoman las orejas rojizas algunos arces y las orejas verdilimón algunos quejigos. También pertenecen al condado los caseríos de Pozuelo y San Lorenzo, al otro lado del monte.

Es ésta una reserva promovida por los Amigos de la Naturaleza de Navarra y está regida por la Carta de la Asociación Europea de Reservas Naturales Libres, agrupación de propietarios comprometidos a respetar la fauna y la flora. Fue la primera creada en nuestra Comunidad.

—Mucha gente, cazando, ¿no?

—Ya ve usted.

—Y qué, a la perdiz?

—A lo que salga.

Un chopo aislado, izado en la vega del Zidacos, absorbe toda la luz del valle y lo ilumina todo. Se recorta contra los últimos montes riojanos la ermita de Santiago, en la cima de Pueyo.

Seguimos el camino de Pueyo a Bézquiz. Barbechos y tierras preparadas ya para la siembra. Ollagas, coscojos, enebros y sabinas por los ribazos y por los cerros donde terminan los estribos de la sierra de Izco. Saltan por el aire collalbas y alondras, más asustadas que nunca por los tiros secos y metálicos de los cazadores que atormentan la mañana. A nuestra izquierda va la carretera de Garínoin

a Amatriain. La Higa tiene un sombrerete de niebla. El sol rompe de vez en cuando los cercos que le tienden.

Lo primero que vemos en Bézquiz es un coche desguzado. Casas de piedra pura y dura, una con un escudo. En la puerta de la primera hay un mocetón que parece estar mirando el tiempo que hace.

—Qué, ¿no hay caza?

—Ya ha habido, ya.

Y nos enseña tres lustrosos y multicoloridos faisanes, atados por el pico. Nos cuenta pronto el secreto: han montado hace poco un coto de perdices y faisanes para todos los cazadores que paguen su tarjeta correspondiente, y anteayer soltaron las primeras gallináceas. La faena era, como se ve, cómoda. Los propietarios de las tierras del coto pagarán unas 15.000 Pts y los otros el doble, más o menos. Desde el año que viene organizarán también la caza a ojeo, a tanto la pieza cobrada.

—Hombre, pero la caza así no tiene gracia, ¿no?

—Bueno, según se mire.

Bajan tres cazadores con cuatro perros hacia el caserío. Llevan unos gorros como verdes y parecen guardias civiles.

Esta es la única casa habitada del pueblo. A mediados del siglo pasado eran ocho los vecinos. Las casas están aún en pie. En la clave de un poderoso dovelaje vemos el escudo y el nombre de Juan de Flamarique, quizás el cantero que trabajó en la iglesia a principios del XVII.

En lo alto de este pueblo en rampa, se asienta una iglesia románica afortunada, sin campanas ya y sin imágenes, dedicada a San Andrés. Resisten bien las dos columnas de piedra que sostienen el pórtico añadido. El altozano al que se llega por una escalera ya deshecha tiene en su flanco oriental una especie de muralla de contención y de defensa a la vez, ahora en parte derruida. Desde abajo es todo un castillete.

No hay restos del palacio cabo de armería que pertenecía al mayorazgo de los Montesa.

Corta el cierzo la cara que es un placer. Le da el sol al cuello de buitre de la Peña de Unzué y hace reflejos el repetidor del Perdón. Brilla el silo de Barásoain y sobre todo la ermita de San Pedro. Dos grupos de cazadores van por las piezas hacia Benegorri.

Han abierto la puerta del corral nuevo, en las afueras del pueblo, y sale el rebaño en tropel balando de contento. Un hato de cabras se está quieto junto al corral.

Pasamos una pequeña balsa con poca agua y nos asomamos al cementerio de Bézquiz: cuatro tapias presididas por una cruz grabada en una piedra redonda. Dentro, sólo yerba. Junto a la pared este, una tumba horizontal y tres lápidas verticales, hincadas en la tierra; ante dos de ellas, de mármol blanco, unas flores frescas. Hoy es el día de difuntos. Sobre las lápidas, apellidos de la zona: Zulet, Ayesa, Flamarique... Tomillos, ollagas y espliegos rodean el cementerio.

Llevamos siempre por delante, a nuestra derecha, la estampa levantada y alcazareña de Sánsoain, otro semidespoblado bajo la torre ciega de la iglesia. En la parte baja del pueblo está la ya famosa comuna que todos conocen por aquí, a la que relacionan con las de Lizaso y Tiermas.

—Ahí estuvo una chica que yo había visto en Tiermas —nos dijo el mozo que encontramos en Bézquiz.

Torcemos hacia el Sur y bajamos por el barranco de Bolcázar, ahora seco, lleno de juncos, matas de arañón y otras malezas, entre el sardonal. Pasa una perdiz loca que se pierde pronto. En un huertecillo, cerca ya de la carretera, lucen las hojas granamoradas de los melocotoneros y albaricoques. En el borde del camino, debajo de un pomar, pomal, pomo o pomera —que de todas estas maneras se dice en Navarra—, cogemos unas pomas amoratadas y dulces que sorbemos con fruición, recordando aquellas pomas que cuando éramos chicos poníamos a madurar en unas mantas.

Sube una señora rubi-rojiza por el barranco.

—Buenos días.

—Buenos días.

Todo el faldón de Sánsoain está dividido en laderías, ahora llecas, antes bancales, buena exposición de toda una reciente historia de la propiedad.

Caminamos por la carretera de Olleta a Pueyo, entre breñas por un lado y tierras arijas por otro. El sol gana la partida en el cielo y el cierzo en la tierra. A un álamo que guarda la ribera del Zidacos se le alborotan las hojas, todas de acero vivo. Sube hacia Sánsoain la chavalería que vimos al principio con mochilas al hombro.

Tres milanos reales dan vueltas y vueltas, altos, sobre el regato, y chillan agudamente una y otra vez. Por quedarme mirándolos, me asusta un coche.

Debajo de Musquerliberri encontramos a tres niñas, con sus mochilas, comiéndose una manzana y trasteando entre los arbustos.

—¿Qué hacéis por aquí?

—¿Cómo se va a Pueyo?

—¿A Pueyo, a qué?

—Que queremos coger un autobús.

—¿Pero de dónde venís?

—Que nos hemos cabréao con el profe y nos hemos ido.

Son de una ikastola de Pamplona y vienen a pie desde Pueyo a Sánsoain.

—¿Y por qué os habéis cabréao?

—Porque le quería tirar a ésta a los pinchos.

No son más que las dos. Optamos por llevarlas a Sánsoain en el coche.

Las mocetas nos dicen sus nombres. Son despabiladas y simpáticas.

Pasamos el puentecillo y al final del repecho encontramos al profe, mochila en tierra.

Le entregamos el tesoro. Se asombra de que hayamos hecho el viaje sólo para eso. Tienen aún las mocetas las caras largas.

—Hala, *alaiatu aurpegiak*. *Agur*.

—*Agur*.

La mañana está, la verdad, como para poner buena cara.

MEANO, EL OESTE DE NAVARRA

Me dicen que hay niebla en Meano, el Oeste más agudo de Navarra. Pero hay allí, sobre todo, unos amigos que me esperan, cerca de la muga fronteriza, de la muga, y allá que nos vamos.

Nieblas retrasadas disimulan, por fortuna, el malhadado puente de El Perdón.

Una tijera de platino recorta la sierra de Echauri.

El Montejurra empuja a la niebla que retrocede y en Monjardín sólo se ve ya un nido bronco de piedras, que pusieron allí algunos pajarracos medievales.

Viene verde el río chico de Los Arcos, pura hierba. Tienen color de orden sanjuanista los casales de Torres, pero quien los ha pintado de cal ha quebrado el prolongado embrujo.

Entramos en el valle de Aguilar, por la cuenca del Linares, que ahora es sólo un camino hundido, entre algunos árboles que anuncian el invierno. Vemos Codés, entre sol y niebla, cactus geológico y cresta de gallo rojizo y silvestre. Olivos y pinos que bajan y suben entre el Alto del Cielo, los montes de Desojo y la sierra de Cábrega. Junto a Espronceda se extienden unas elegantes esparragueras, no sólo unas útiles cochiqueras. Torralba es una fortalecida fantasía, bajo Yoar.



Nos equivocamos de carretera y nos encontramos subidos en Las Llanas, donde amusgamos la vista y lanzamos los ojos por el corredor de Aguilar hasta Peña Humada y abanicamos toda la sierra, desde Peña Ochonda hasta Peña Costalera.

Vamos ahora por una carretera alta, “en mal estado”, columpiándonos sobre el valle, entre quejigos color caldero viejo y baldíos desamparados. Campos de desolación, mustios collados.

La tarde —diría don Ramón del Valle Inclán— tiene esa claridad triste y otoñal que parece llena de alma. Foscas, sonoras pinas de repoblación, y algunos pomales, aves gigantes de colores posándose tras su último vuelo.

La Peña de Lapoblación, azulencada, tiene el pico abierto, como agónico. Tolondran las campanas de Aguilar llamando a la misa del sábado por la tarde.

Seguimos la suave curva del arroyo Valderas. Tierras solitarias, pavoridas de tristeza. Llegamos al Alto de los Bojes. Pasa un coche, rara avis por estos parajes. A nuestra izquierda, desvaídos y confusos, el Cerro Figueras, la Portillada de Garañango y el Alto del Cielo. Cuando llegamos al Alto del Monte y a la ermita de San Isidro, salimos de nuestro empaisajeamiento y vemos que estamos cerca de Aras.

—¿Vamos entonces por Viana?

—No, por el mismo camino, así lo vemos otra vez.

Vamos despacio. Los pomales guardan todas las esencias del otoño. Bajamos al valle, pasamos junto a las primeras casas de Aguilar y torcemos, ya en la cima, hacia Lapoblación, por la nueva carretera, dejando el tentador puerto de Cabredo.

Unos hombres vuelven de plantar pinos a la entrada del pueblo. Unas casas recientes afean el bello, patético conjunto.

Seguimos hasta Meano, que ahora es el pueblo grande y ha dejado de ser el “lugar” de Lapoblación.

Se ven, desde esta privilegiada repisa, las Bardenas occidentales de Navarra y los pueblos dispersos de la Rioja alavesa, hasta Logroño, que acaba de encender su brasero de luces.

Un perro galgo hila agua del hocico.

Subimos a casa del alcalde del Ayuntamiento, al que acompaña el presidente del Concejo de Meano y su antecesor, todos bien asoleados y aireados.

—Vamos primero a hablar, que para eso hemos venido.

Un Ayuntamiento y dos Concejos, problema trinitario difícil de comprender y de resolver con dos poblaciones tan pequeñas, que han decrecido mucho. Los hombres que quedan son labradores, ganaderos, albañiles y transportistas. En Meano hay dos fábricas pequeñas de embutidos, pálido recuerdo de cuando, después de la guerra, todos se dedicaban a embutir.

—¿Y el monte?

—Algunos cortes de hayas y de pinos. Poca cosa.

El monte es del Ayuntamiento y a él le toca administrar. Meano se sostiene mejor que Lapoblación. Hace años que bajaron hasta aquí las cosas de la secretaría común.

—Bajaron el ayuntamiento en un carro de bueyes.

—Qué finos.

Quieren ahora aprovechar una casa vieja para la casa comunal.

—Y hacer el catastro nuevo.

—Bueno, pero eso para más adelante.

La buena luz que tienen les trae Iberduero desde Logroño. Pero a veces se quedan a dos velas, nunca mejor dicho, cuando el ventarrón baja desde la sierra de La Demanda, por el mal tendido que hay en La Rioja.

—¿Y ya le habéis dicho lo de la carretera?

—Ahora.

La cosa es que por los blandos en el firme no pueden llegar los camiones hasta la cantera de recebo.

—¿De qué?

—De zahorra.

—De grava, para entendernos.

—Ah.

—Los camiones de más de 25 toneladas.

—Al que lo cogen, lo escachufan.

—¿Dónde está la cantera?

—Junto al robledal de San Martín, debajo de la Peña.

—A la carretera le falta una capa, y dicen que se estropea.

—La cosa es que perdemos muchos contratos.

Pero lo más importante es el saneamiento. Aprovechan aquí el manantial “La Verbenosa” y suben el agua con motor. Pero la red es vieja, hay muchas fugas, el metro cúbico les cuesta 35 pts. y, en caso de obras, no pueden gastar dos pueblos tan pequeños el 40 por ciento que les toca, según las cuentas de la Diputación.

Julio y don Martín han ido a ver la iglesia de Lapoblación, que yo recorrí con el segundo en mi anterior visita, y vienen con el alma baja.

—La torre se va a caer de un día para otro.

—Y la cubierta de la bóveda está de pena.

—Y el retablo necesita un repaso serio.

—Y no tenemos un cristo.

Suerte que ese tesoro protogótico de la iglesia de La Asunción no se fue a pique en las devastaciones que sufrió la villa a mediados del XV a causa de las guerras entre agramonteses y beamonteses.

Bóvedas de crucería como un fuego artificial en piedra. Ménsulas humanísimas. Y esa Virgen dolorosa, tremante, sobre el Cristo muerto. Y ese belén ya clásico. Y ese Niño que se escapa de las caricias del rey Melchor. Y el Niño mamón del nicho central. Qué luz plateresca, qué arrebató renaciente nos pusieron aquí para varios siglos aquel Arnao de Bruselas y sus colaboradores.

Vaciamos ya una botella de tinto duro, de casa. Y volvemos a los asuntos civiles. Me hablan de los pueblos de cerca, Yécora, Ciprán, Viñaspre, Barriobusto, Bernedo... Buenos caminos, buenos frontones, buen pavimento, traídas de aguas, piscinas, bibliotecas, hogares de jubilados.

—Todo, por lo que se ve.

—Todo.

—Y aquí nada.

—¡Hombre!

—Que en Vitoria tienen mucho dinero.

—¿Y aquí, no tenemos o qué?

—Eso digo yo.

—¡No te jiba!

—Por cierto, ¿en qué quedó lo de las escuelas?

—En nada. No debieron de entenderse.

Los chicos de los dos pueblos que van al colegio nacional de Oyón son ocho. Pero desde los 11 años, a todos los llevan a estudiar fuera.

—Yo mismo tengo uno en el Colegio del Puy de Estella.

Salimos a ver el pueblo. El medallón de la luna tiene más plata que nunca.

El pueblo es una especie de rectángulo, en uno de cuyos extremos se levanta la torre herreriana de Santa María, que cobija un retablo mayor romanista puro, miguelangelesco, hecho en el vecino taller de Cabredo. ¡Qué asombrosa Oración del Huerto!

—En ese chamizo viví yo veintidós años.

Y don Martín se nos aparece de pronto como un Simeón Estilita del Meano del siglo XX.

—¿Veintidós años?

—Como los curas de antes —confirma el alcalde.

—Una canongía, vaya.

—Eso mismo.

Por la calle Alta subimos al barrio alto, donde huronea el viento frío que nos mandan la Peña Colorada, la Peña Alta y la Peña Rajada. Con razón dice Madoz en su Diccionario que aquí “reinan los vientos nordeste y sur y se padecen algunos constipados”.

Por fin recalamos en el bar municipal, donde hablamos con el personal, jugamos un rato al mus, después de calentarnos junto a la chimenea, donde arden y crepitan unos troncos de roble. Cenamos espárragos, jamón, chorizo y queso. El bar está lleno de gente y el tono de las voces es alto y hasta bullanguero. No sabía yo que don Martín, popular donde los haya, acaba de ser homenajeado y despedido en este Oeste lejano y alejado, donde, a pesar de los sustos que le ha ido dando una soterrada enfermedad, sigue poniendo, en estos días de descanso, humor y chanza.

Cuando nos vamos, el teniente alcalde de Meano, que ha sido mi contrario en la partida, me da un consejo saludable.

—¡Hala!, a aprender a jugar al mus.

Más allá de las Bardenas del Oeste, se espeluznan las lucecitas de los pueblos alaveses y riojanos. El viento afila las sierras de la cordillera de Cantabria y baja hasta aquí gemidor y, a veces, aullador como un lobicán.

En noches como ésta llegaban al hospital de Lapoblación, que aún resiste, peregrinos santiagueños y, en agradecimiento, dejaban grabados en las dovelas de la puerta la concha, el bordón, el sombrero y la calabaza. En noches como ésta volverían a sus casas Julianillo, sargento que fue de Mina, “el hijo de Bartolo” y otros compañeros de partida realista en el invierno de 1820-1821.

Por entre una noche, sin lobos, pero fría de osas polares, nos abrimos paso hacia Pamplona. Brilla también, aunque cada vez con menos luz, la estrella de oro del escudo de Lapoblación.

UNA MAÑANA EN SARRÍA

Alejandro, que es, además, historiador de Sarriá, va diciéndome nombres ilustres hijos del viejo lugar: García Espinel, que estuvo en la batalla de Las Navas; fray Pedro López de Sarriá, que acompañó a nuestro rey Teobaldo II en la cruzada de San Luis...

Subimos por una carretera estrecha, flanqueada de cipreses altos y esbeltos, que acordonan el actual Señorío. Tan acostumbrados vamos a los cipreses, que cuando llegamos a los del cementerio, apenas si nos sorprendemos. Descansan aquí, entre otros, los restos de don Félix Huarte, uno de los artífices de la industrialización de Navarra, presidente de la Diputación Foral, creador del Señorío, esta finca de 12.000 robadas que cuidan unas cuantas familias. Don Félix puso tal entusiasmo en esta obra, que después de su muerte ha sido difícil continuar aquel original empeño.

Allí lejos, la Peña de Unzué expone al sol sus caries geológica.

Llegamos a los Altos de Sarriá, montecillo de encinos, donde se arremolina el cierzo. Buen sitio, en verano, para asar costillas y siempre para tomar el aire. Si se deja vagar la vista, se llega hasta la Valdorba y, si el aire está liso, hasta el Moncayo.

Un carrito sigue entre manzanos que no se cuidan, llenos de manzanas limpias, frescas y sonoras, como no hay otras a muchos kilómetros a la redonda.

- Las pequeñas son las mejores.
- Vamos a llenar el saco, tú.
- Aquí se pierden casi todas.
- Pues esta vez no se van a perder.

Se perderán en nuestros estómagos, después de habernos endulzado las horas del día. Son duras, estallantes, dulces como las uvas cercanas, como los melocotones que se cogían antes por aquí. Ver estas manzanas ya es un placer. Tocarlas es ya una tentación gozada. Morderlas es como morder la mañana y el otoño.

A derecha e izquierda, pinares y pinares de pinos piñoneros y pinos laricios, reino de espesuras —que esto significa Sarriá—, reino de jabalíes. Me dice Alejandro que los nietos de don Félix se han cobrado diez piezas en dos días. Ahora que ya no se limpian los pinos como antes, crece y se embrolla una fosca de chaparros, ollagas y matorrales, por donde sacan sus guedejas otoñales algunos arces y algunos quejigos. Los ribazos se cubren de saúco, romero, tomillo, madreselva y otras especies preciosas.

La tierra arija, antes campo abundante de frutales, ahora es una veta al borde del pinar, verdulenta de veza con cebada.

—Aquí aterrizaban antes las avionetas que fumigaban los pinos.

En la fuente de Ecoyen (alto de la ladera) ya no hay ganado. Caen los ocho caños de la fuente sobre las askas en escalera y corre luego el agua subterráneamente hasta la piscina de riego que daba vida a los melocotoneros.

Junto a un soberbio cedro azul está el Refugio Portillo, lo único que queda del antiguo caserío, donde, hasta principios de siglo, los descendientes de los collazos de Iranzu vivían pobremente de unos pocos campos y de unas pocas vacas.

El Refugio ha servido hasta hace poco para la estancia de los trabajadores que ponían o limpiaban los pinos.

Por entre una hilera de serbales de cazadores, vistosos de los mejores colores otoñales, llegamos hasta el Portillo. Algunos pinos albares indígenas han resistido a la tala ignominiosa y juegan con el ventarrón que no nos deja en pie. A nuestros pies, la Val de Echauri, el costillar de Andía, San Cristóbal, la ermita de Santa Lucía, y entre las ramas ya deshojadas, el caserío de Ipasate, meta de otro de mis paseos. El merendero de piedra nos trae el recuerdo de al-

gunos buenos ratos pasados hace años aquí. El nortazo nos obliga a volver antes de lo que yo hubiera querido.

Me explica Alejandro que, mientras se recrece el jabalí en el mohedal, huye el conejo, que prefiere espacios anchos y claros para comer y correr.

Por entre el enrejado de los cipreses vemos Mendigorriá, Obanos, San Guillermo, el Fuerte de Isabel II, las Nequeas, una torre del Cerco de Artajona

(—Sí, sí, es el Cerco).

y más allá la sierra de Peralta y los montes de La Rioja.

Ya en Sotés, nos asomamos a un anfiteatro mediterráneo de viñas, donde el sol es ahora el protagonista, que Baco hace ya unos días que lo abandonó.

Dos pomales, brillosos de ungüento otoñal, rivalizan en belleza con las cepas multicoloreadas. ¡Detenerse aquí y leer a Virgilio!

Por un portillo de jabalíes entramos en el término de Agós o Aós, que Huarte compró a un vestusto anticuario de Obanos.

En el monte frontero, la torre románica de Villanueva vela sobre unas casas color tierra antigua, pobladas por un pastor solo, al que llaman “el vasco”.

—Por aquí hay mucha perdiz.

Perdices no veo, pero veo oxicedros con las gálbulas encarnadas, maduras durante tres años, y quejigos y bojes. Nos da en los ojos el brillo de un acebo, con sus campanillas de bolitas rojas al aire.

—¿No has tomado nunca vino de acebo?

—No, nunca.

—Pues es bueno para el reuma, la artritis, el hígado y no sé cuantas cosas más.

—Mira.

La plana de Agós, un calvero donde crece la hierba, contagia un poco la nostalgia del hipódromo que fue. Las cercanas encinas

con su sombra invitan de vez en cuando a los amigos de Sarría a preparar aquí el rancho.

Para que todo no sea recordar tripanderías, me cuenta Alejandro que en la biblioteca del palacio se conserva un testamento escrito en occitano, en el siglo XIV, por el abad de Agós y vicario a la vez de la de Santiago de Puente la Reina.

—¿Cómo así?

—Pues el Camino de Santiago, chico. El occitano era una lengua muy utilizada entonces.

Se sostienen aún en pie dos casas, entre el viejo olmar y los nuevos ailantos y acacias. Un muro, entre yedras, es testigo de la iglesia, hace tiempo derruida, en la que sirvió tal vez, en el siglo XVII, el célebre ermitaño Valladares, autor de varios libros. Apenas se ve la hermosa fuente que hace años destruyeron para hacer una mala balsa.

Unas rosetas de plástico amarillo en los troncos de los árboles señalan los puestos de los cazadores de jabalíes.

Se acaba el camino en una especie de plazoleta cerrada por la maleza, al borde casi del río Arga, que separa las tierras de Sarría de las de Echarren. Allí arriba, la torre de Guirguillano.

Al volver, Alejandro saca su vieja tesis, que no es sólo suya, del paso de Abderramán por estos parajes el año 920.

—Que no, que por aquí no debió de pasar. *Asarta*, era, según mi amigo Cañada, Echauri.

—La cosa no es tan segura.

—Hombre, segura no.

Altas y verdes de pinos espesos las palomeras de Urrutia en Soracoiz. Aún recuerdo a su última habitante, la señora Felipa, que llevaba a Mañeru huevos para vender en un caballo blanco.

Volvemos, entre viñas, a Sotés. Volvemos a ver el caserío, blanco y terroso, de Arguiñáriz, de donde se despidieron hace unos meses, a la francesa, los amigos de la Comunidad del Arca, a quienes visité más de una vez.

Por las orillas del carrito hay renuevos de los ailantos que arrancaron hace tiempo.

Vuelven los cipreses. En un recodo y sobre un leve promontorio está el lugar de la antigua, hoy desaparecida, ermita de la Trinidad, donde aún lucen un roble, una encina y un pino silvestre, que son los árboles más viejos de la finca.

Viñas altas, tipo Burdeos, de variedad tempranillo.

—La Bodega ahora va muy bien.

Los vinos de Sarriá son famosos en todo el mundo y ganan premios importantes, pero las gentes de Puente, Mañeru y Cirauqui hacen muchas distinciones malvadas y uno se queda con la impresión de que creen que sus vinos propios son mejores que éste.

Adornada por unos cedros atlánticos, está la Bodega, hoy propiedad de la Caja de Ahorros de Navarra. Detrás de las naves, y con la portada mirando hacia Oriente, se levanta una capilla de piedra y ladrillo, dedicada a San Clemente Romano, que sustituye a la antigua parroquia de Sotés.

Tuvo por aquí su palacio el capitán Juan de Azpilcueta, hermano de San Francisco Javier, señor de Sotés y Aós por matrimonio con la riquísima viuda Juana de Arbizu. Habitando como habitaba en el palacio de Obanos y teniendo también casas en Puente, fácil le sería al capitán venir a caballo hasta estos parajes.

En la pared de la contrafachada se expone la transcripción de la carta de Francés de Xavier, estudiante en París, de fecha 25 de marzo de 1535, a su hermano, en la que, entre otros extremos, le pide alivio para su “muchacha pobreza”. Se la trajo Ignacio de Loyola, un día de julio de ese año, salvando “las muchas traviesas que hay de París a Obanos”.

El cardenal Larraona regaló una preciada reliquia del santo patrono, que se venera en el altar mayor. Unos mosaicos llamados romanos representan a San Clemente, a Javier y a los fundadores del nuevo Sarriá, arrodillados y con las manos en oración, según la mejor tradición imaginera. Las vidrieras que dan a sol, obra de S. Cuadrado, son ahora color en llama.

—Me gusta más que la otra iglesia.

—A mí también.

Los últimos vecinos que habitaban los pisos nuevos de Sotés bajaron hace poco a Puente la Reina.

—Claro, a la gente le gusta tener casa propia.

Quedan algunos geranios en los tiestos de los balcones.

Las cochiqueras de Sarriá —quinientos cerdos reproductores “Landraz alemán mejorado”— hacen juego con las cochiqueras de Mina, al otro lado del río, en cuyas orillas, la verdad, no veo un solo puerco. Artazu está blanco y deportivo, monte arriba.

Terminamos el paseo subiendo hasta el monumento al molino de viento, ya sin aspas, con un don Quijote de hierro en la pared, entristecido de ver el gigante sin brazos. No seguimos el camino, otra vez entre cipreses, porque ya no se pavonean ni cantan aquellos pavos, faisanes y gallináceas varias que nos alegraban y alborotaban las mañanas.

Las dieciséis familias de Sarriá viven hoy, sobre todo, de la central lechera, que nutren unas 500 vacas; la leche se reparte por toda Navarra. Los primeros años de la explotación y, en buena parte, creación de la finca, trabajaron aquí hasta 50 familias residentes y unos 80 trabajadores fuereños.

Aún quedan algunas manzanas en las últimas ramas del manzano junto a la piscina y el frontón, donde juegan mis compañeros una vez a la semana y yo cuando puedo.

Me vienen a la cabeza aquellos versos de Lorca, que acabo de leer en una estupenda exposición en Madrid sobre el poeta como pintor:

*La mañana se tiende
a la orilla del río.
Un rubor de manzanas
brilla en los tejadillos.*

La iglesia del siglo XVI, asentada sobre la primitiva románica, guarda dos cuadros de la escuela italiana del XVII.

Desde el balconcillo de la casa de Alejandro, forrado de parra virgen donde picotean los petirrojos, vemos el antiguo aprisco, a la

salida del Señorío, convertido luego en residencia de trabajadores eventuales, y hoy vacío. En el sitio del molino medieval se ve la torre-cilla del nuevo almacén. El embarcadero es también un recuerdo. Había una barca con motor en fueraborda y unos remos, y llegaba hasta la presa de Aloa, en Puente.

Lo que no es recuerdo es la galería de tilos de gala que acompañan la entrada y la salida. El río Arga abajo y el palacio sobre el altozanillo hacen de Sarriá un rincón verdeeuropeo y como encantado. Pero el río casi siempre baja sucio y cochiquero, entre mimbrés, chopos y olmos, y el palacio —desde abajo casi castillo— es para mí y para casi todos todavía desconocido y misterioso. Mejor así.

Saliendo hacia Puente, pasamos junto a la ermita de San Marcial, levantada sobre un lugar prehistórico.

Filas de olivos, cansados de aceitunas. Viñas de terciopelo y de atardeceres.

El nuevo cuartel de la Guardia Civil es tan feo como necesario.

Y ya estamos en Puente la Reina, mi primera capital del mundo.

BUÑUEL, DE NOCHE

He bajado muchas veces a Buñuel. Cuando, en las ferias de San Antón abad —que tuvo cerca su ermita—, nos mandaba el Moncayo frío su nieve o, cuando en plenas fiestas de la Asunción, el pedrisco de las nubes del Moncayo bombardeaba los tomates y los pimientos de la huerta y había que decir algo convincente en el salón del Ayuntamiento y en el Casino. He bajado a hablar de una cosa u otra, de día y también de noche. Hoy voy a hablar de Europa.

Es una noche clara y fría de noviembre. Cuesta ver la señal en la carretera, pero entramos bien, y por un camino, amurallado pronto por almacenes y secaderos de maíz, llegamos al centro del pueblo: casas bajas de adobe, ladrillo y poca piedra; calles numerosas, largas y desiertas; algunos niños jugando; gigantescas cosechadoras de maíz; luz novembrosa; un pino en su jardincillo; el Ayuntamiento con luz bajo sus pórticos; la plaza de los Fueros; la iglesia...

Como ahora no puedo ir a los asentamientos de la edad de Bronce ni a La Fontaza a ver restos romanos, me contento con recordar los siglos posteriores.

Desde doña Oria de Oriz hasta don Juan de Mendoza, señor de Lodosa, pasando por Sancho el Fuerte o Carlos III, fue Buñuel una propiedad mueble-inmueble que se pasaban unos a otros, con su castillo y todo. Y hasta con el río Ebro.

Junto a la puerta de la parroquia de la “Señora Santa Ana”, una columna rematada en cruz recoge los nombres de unos muertos del pueblo durante la guerra civil.

La iglesia está abierta pero a oscuras, y nos cuesta encontrar las llaves de la luz. Lo que vemos enseguida es que de la estructura gótico-renacentista del siglo XVI queda un poco de cuerpo; todo lo demás es rehechura.

Desde el siglo XIII estuvo en manos de los religiosos hospitalarios de San Juan de Jerusalén, o sanjuanistas, que en el pueblo tuvieron clavería y varias posesiones. De otra iglesia dedicada a San Juan nadie sabe nada de seguro.

Merece la pena fatigarse un poco para poder contemplar el rostro del Cristo yacente del XVI y un varonil Crucificado de Juan de Biniés, así como las tallas de la patrona Santa Ana, la Virgen y el Niño, del mismo autor.

A cuatro pasos está el palacio del conde de Altamira: tres serenos cuerpos de ladrillo, con dibujos geométricos alrededor de los vanos, y galería alta de arcos, dominado todo por un escudo barroco. Siguen al palacio, por la calle del Movimiento Nacional, dos casas bellas, sobrias y un poco misteriosas, de ladrillo y de grandes puertas y ventanas, una de las cuales fue convento, según me dicen. ¿Pertenecieron en su día a los sanjuanistas?

Seguimos por la calle general Franco y otras calles, frías, desiertas. La gente se concentra ahora en la televisión y en la cena familiar.

En la nueva Casa de Cultura, una monada de Casa, me reúno con una cincuentena de personas, jóvenes y maduras, y nos pasamos dos horas recorriendo el mapa de Europa, viendo unas diapositivas, y hablando luego de la historia, la realidad y los proyectos de la Comunidad Económica Europea. Aquí, en Buñuel, donde estuvieron los romanos, la Orden hospitalaria de San Juan de Jerusalén, las tropas francesas y los amigos de Hitler, es decir, todos los que, antes que nosotros, lucharon, de una u otra manera, por la unidad de Europa, bajo diversas banderas.

Cuando salimos, un poeta local, como él se llama, me da unas páginas con versos que compuso cuando el traslado de los otros muertos en la guerra civil al cementerio. Es casi un romance de ciego. Y recuerda a veces aquellos versos incisivos, ahora más tristes, que se oían en el “palotiáu” buñuelero de San Antón:

*Esto fue lo que pasó
en el pueblo de Buñuel:
mataron cincuenta hombres
y también una mujer.*

Y esta vez no fueron los de Tauste, enemigos históricos de la villa navarra.

Romances de ciego o versos duros de “palotiáu”, a veces dramáticos y hasta trágicos, han corrido muchas veces, antes y ahora, por las noches de las calles de pueblos y ciudades de las dos zonas, de los dos bandos, de las dos Españas.

Para evitar esto, para impedir que corran de noche esos romances y esas coplas, se van levantando Casas de Cultura en nuestros pueblos y ciudades, porque la cultura une lo que la política divide, y enseña a no matar primero para no tener que escribir romances terribles de ciego después.

En la calle de San José de Calasanz, junto al centro juvenil, queda aún algún noctámbulo.

—Hace un frío que pela.

—Es el cierzo.

—¿Esta vez no es el Moncayo?

—Siempre no va a ser.

Buñuel es un pueblo viejo, como se ha visto, numeroso y extendido, con varios barrios nuevos de casas baratas, bloques altos y casas unifamiliares. Lo atraviesan el Ebro y los canales Imperial de Aragón, Lodosa y Tauste. Pueblo rico, mal repartido, con mucha gente en paro. Ahora todo es esperar en el nuevo polígono industrial.

Tras el regadío, donde manda el maíz sobre los cereales, frutas y verduras, se echan encima Las Bardenas, donde los de Buñuel siembran poco porque el terreno es malo.

Le pregunto a uno sobre la ausencia de algunos concejales amigos.

—¿Cómo van a venir a la Casa de Cultura, si van por las justas al Ayuntamiento?

Luego hablamos de la noticia del día.

—¿Es verdad que vais a fabricar armas?

—Eso dicen.

—Cualquier cosa, tú, con tal de fabricar algo.

—Pero nosotros no, joder, que es la empresa Río Tinto.

Nos reímos.

—Y del maíz, ¿qué dice el Parlamento Europeo del maíz?

—Para otro día, tú.

—Haber preguntáu antes.

—Eso es.

CAE LA SANGRE

“En Nochebuena ETA mató
un guardia civil” (De los periódicos)

Sobre la nieve limpia
cae la sangre.
Sobre la vida blanca
los lutos caen.

Sobre sueños valientes
balas cobardes.
Sobre la carne muerta
buitres gigantes.

Lloran los villancicos.
El belén arde.
Vienen los camilleros.
Se van los ángeles.

El coro de las furias
canta en los aires:
“Muerte a Dios en el cielo,
y en tierra, sangre”.

AMNISTIA PARA LA NAVIDAD

Acaba de declararse desierto el premio “Arga” de poesía. Y se han regalado dos oasis de consolación a dos amigos navarros.

Algo es algo y los que hacemos la revista *Río Arga* —a la que uno de los jurados puso, junto a Osasuna, en segunda división—, sin reparar en tal delicadeza, nos congratulamos de tan nueva y amable lotería.

Una revista de Barcelona acaba de publicar unas desenfadadas conversaciones entre los poetas José María Valverde, Pere Gimferrer, Lorenzo Gomis y Luis Izquierdo. ¿Qué sacamos en limpio de ellas? Pues, entre otras cosas, que la gente no lee libros de poesía y ni siquiera sabe leerlos; que se ha perdido la memoria y a la vez el sentido de la palabra dicha y escuchada; que la cultura ahora es andar entre muchísimos libros y leer apresuradamente obteniendo esquemas y resúmenes; que gran parte de la poesía actual ha perdido el sonido, mientras la canción hace un poco de compensación; que la poesía siempre encontrará unos pocos adictos, pero intensísimos, porque si nadie está dispuesto a morir por la novela, sí los hay dispuestos a hacerlo por la poesía... Pere Gimferrer acaba pidiendo amnistía para algunos poetas de derechas, para los que, siendo válidos, no están de moda, y para los poetas clásicos.

Pero el lector se queda convencido de que la amnistía tiene que llegar a todos los poetas, porque aquí, al decir del mismo poeta catalán, “nadie lee nada”.

Y ¿a qué viene hablar ahora de poesía? Porque en los periódicos se puede hablar de crisis políticas, de política educativa, de elecciones, de estatutos, etc., mientras la poesía sigue siendo o un lujo, o una debilidad, cuando no una locura.

Estamos en Navidad. Y la Navidad es pura poesía. Es decir, la raíz temblorosa de la realidad. El latido, casi visible, de la rosa del mundo. La presencia, casi desnuda, del misterio de la vida y de su trascendencia hacia la Vida.

Una importante porción de la nueva teología entiende hoy el dogma —la verdad— de la encarnación desde un punto de vista más ascendente que descendente. Jesús de Nazaret aparece como la culminación de la andadura secular humana, que toca la línea de altísima tensión del Infinito y que, llenado de Dios, merece el nombre de Hijo de Dios.

*Subía el hombre
pasito a paso
y Dios de súbito
vino a su abrazo.*

Como el lenguaje no sabe traducir la entraña de lo acontecido, ésta se aupa en mitos y se arropa de metáforas. No hay otro remedio. Luego, ciertas expresiones se quedan caducas pero otras siguen vigentes. No es infantilismo, queridos listos y tontos al mismo tiempo, que pensáis haber “superado” todo esto. Es una hermosa, universal manera de decir lo indecible. Y los ángeles y los pastores, y los caminos que van a Belén, y la estrella andariega, y los Magos y el *Stille Nacht*, y el abeto florecido, y los panderos o los discos son deseos puros de atrapar la luz, la fuerza, el gozo, la sorpresa, el delirio de lo más verdadero, más sublime, más liberador que ha existido jamás.

Claro que la Navidad no son cotillones y recenas. Ni electrodomésticos ni loterías. Ni abrigos de visón ni dividendos extraordinarios. Mucho menos crímenes y contracrímenes. Pero tampoco, ay, la obsesión de las propias siglas, ni nuestros endiosamientos cotidianos, ni nuestros espejos cóncavos de la triste, terrena, soledad.

Por eso quienes no nos avergonzamos de seguir intentando ser cristianos, o simplemente humanos tras la herencia cristiana, no podemos menos de huir de todo ese funesto sucedáneo navideño, que es como la desdentada máscara del belén, y el funeral de la nieve. Huir a veces físicamente y negarnos a entrar en ese “juego” deletéreo. Para recobrar así el gozo, inenarrable, de la Navidad.

Asisto a las Vísperas navideñas, que cantan los monjes de la Oliva en la nave —casi nube— del atardecido templo ojival. Incomparable experiencia. Aquí se ojiva, de pura cercanía, la promesa del Adviento. La fe es más virgen que nunca, puro regalo. Y se abre en parto fecundo de comunión. Es el viejo y jubilosamente repetido misterio. Es la Navidad.

Tal vez ha llegado el tiempo, en esta tierra de cristianos viejos, de pedir también, a gritos de esperanza, amnistía para la Navidad.

LA ULTIMA MIRADA DE “LARA”

Estaba yo queriendo escribir algo sobre mi visita a los cober-
tizos que la Asociación Protectora de Animales tiene cerca de Be-
lascoáin. Allí no se les ata a los perros con longaniza, pero se evi-
ta, al menos, que los pobres animales abandonados, perdidos o que
se quedaron solos sin dueño, lleven vida de perros o acaben mu-
riendo como un perro.

Alanos y albarraniegos, falderos y dogos, gozques y guiones,
mastines y lebreles..., generalmente perros viejos, pasan allí la vida
que les queda, se calientan al sol, esperan el rancho, ladran a los
autos que pasan, y aúllan a veces su vejez y sus nostalgias ponién-
dole carne de gallina a la tarde amarilla que lleva el río Arga hacia
Puente.

Estaba yo queriendo escribir algo sobre esto, cuando leo dos bre-
ves artículos de Manuel Vicent, este primer espada de la pluma, que
me dan el trabajo hecho. Cuando uno ve escrito mucho mejor lo
que pretendía escribir, lo único que cabe es paralizar la mano y abrir
de par en par el alma.

Escribe Vicent hablando de la tragedia de Paquirri:

*“...Tengo un corazón decente y he sentido la muerte de este fa-
moso matador como si fuera uno de su cuadrilla. Me ha conmovi-
do la miseria típicamente española que la ha rodeado. Aunque no
hay que olvidar una cosa. Lo que le ha pasado le sucede al toro to-
das las tardes, pero el hombre frente a la naturaleza se comporta
con un corporativismo espeluznante...”*

Y unos días antes nos cuenta el escritor que bajo el membrillero, que el otoño comienza a dorar, acaba de enterrar con lágrimas en los ojos a su perra Lara, una *cocker* color de miel, compañera suya durante 13 años. Sobre su tumba ha plantado pensamientos y primulas amarillas y no puede olvidar la última mirada de amor que le dirigió cuando agonizaba.

“Siento escalofríos —continúa— al comprobar cuánto he querido a esta criatura y la lección recibida de su ternura, de su belleza. Nadie puede amar a las personas si no tiene cariño a los animales, nadie puede acariciar a los animales si no ama a las personas. La entrega del ser humano a la naturaleza es un acto indivisible. Cualquiera que dispara contra un ciervo podría abatir a un hombre en un caso determinado. Los hombres no son tan inocentes ni poseen unos ojos de terciopelo (...) Uno debe buscar la bondad de la creación allí donde la encuentre. Personalmente prefiero un simple geranio a un fanático con pistola. Yo amaba a mi perra “Lara” y nunca olvidaré aquella última mirada de despedida en que me expresó llorando su sentido de la naturaleza”.

Por hoy, está dicho todo.

REYES MAGOS Y JUSTOS EN RIBAFORADA

Vamos hacia el barrio del Valle del Baztán, o quinto barrio, a esperar a los Reyes. Está la noche fría, como tiene que estar esta noche.

—Aquí no nieva casi nunca.

—Pero el año pasáu nevisquiaba y todo.

Hay una luna rota en el cielo, como decía una primica mía, cuando era niña chica. Luna creciente.

Ribaforada es un rectángulo extenso y bien cuadriculado, al que se le va sobrando su geometría. Hace unos cuantos años repartieron el rico comunal; qué fechoría, dirán algunos, pero ahí se está.

Es éste un pueblo en continua expansión. La gente no se fue en los años malos. Se han hecho casas y barrios enteros. Y por todas partes se ven niños y no sólo en la noche de Reyes. Estamos junto al nuevo colegio nacional, en una plaza ancha plantada de arbolitos.

Salen las carrozas reales cuando Ribaforada se pone nocherniega y se encienden a la vez las luces blancas, y las amarillas que ahora están poniendo. Hay un gentío de pequeños y grandes esperando.

Los Reyes han dejado este año el tren, medio de transporte más



menestral, y han comprado carrozas. Adolescentes guapas hacen de pajes guapos, con guapos trajes holgados y vistosos.

—¿No ves qué poca luz hay por aquí?

—Y que lo digas.

—Por eso hacía falta la nueva instalación.

Hasta han hecho, en medio del pueblo, seis viviendas prefabricadas para unas familias gitanas residentes hace tiempo y bastante bien integradas en el conjunto.

—Hombre, un pueblo que se fundó con moros, ¿por qué no va a integrar gitanos de aquí?

—Ahora has dicho.

El maíz y el espárrago son los productos básicos de un regadío enriquecido por el Ebro, el canal Imperial y el de Lodosa. La segunda cosecha de coliflor, después de la de cereal, está siendo un éxito. La Conservera emplea a mucha gente, sobre todo mujeres. Y la fábrica de baldosas, la de ganchitos, la de piensos, el hostel, algunas granjas y otros pequeños servicios son otras fuentes de trabajo y de riqueza para el pueblo, donde casi todos son propietarios agrícolas, con no muchas diferencias en la renta. Muchos trabajan también en Tudela y alrededores.

Avanzan lentamente los Reyes en sus carrozas tiradas por calmosos tractores de pura sangre gasoleógica. Acaban de bajarse, para llevar al portal del belén viviente, colocado en un callizo, los tradicionales dones de oro, incienso y mirra. Suben con mucha dificultad a las carrozas; tantos y tan delicados son los arreos reales de la andadura.

Fundado probablemente en 1157 por los templarios, que aquí tuvieron convento, tras la reconquista cristiana de la zona, el pequeño poblado pasó, a principios del siglo XIV, a ser encomienda de la Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén. A la casa real de Navarra pertenecía una cena, con título de pecha, y un soto. Todavía a mediados del siglo XIX, el gran prior en Navarra de la Orden sanjuanista tenía el derecho de presentar al vicario de San Blas, parroquia entonces de primer ascenso.

Mira por dónde, Ribaforada iba a ser la primera localidad navarra en dedicar una calle al Parlamento Foral, en 1981.

Las pajes azafatas echan caramelos a un lado y otro de la turba, pero tienen ya los brazos débiles y hasta aquí no llegan.

La vieja iglesia gótico-plateresca apenas guarda trazas de su origen en el siglo XII. Todo el exterior es una variopinta combinación de piedra, mampostería y ladrillo. La torre lleva bordados unos rombos y arquillos ciegos, de tradición mudéjar, aireado todo por una espadaña frágil, que sostiene como puede dos campanas y un nido de cigüeñas. Toda la torre parece de lejos un nido ladrilloso de cigüeñas.

Los Reyes pasan por las Cuatro Esquinas, quicio cívico de este pueblo geométrico, donde todavía se encuentra a la persona a quien se busca.

—Mira, mira, el rey negro.

—Dile adiós, tonto.

—Mira cómo te mira, mira.

—Aquí, aquí.

La Cooperativa hortofrutícola “San Blas”, a la que acaba de subvencionar la Comunidad Económica Europea, fue fundada a mitad de los sesenta, y la de consumo una docena de años más tarde.

Nos hacen señas desde la otra orilla de la multitud. Les señalamos el Polideportivo, hacia donde vamos. El Polideportivo, levantado hace tres años sobre el viejo cementerio, es ahora gimnasio, estadio, sala de baile, biblioteca... El centro social del pueblo.

Desde principios de los setenta el día de Reyes es un día para todos los niños de la villa. Todos reciben juguetes y golosinas de las manos reales. Los sobres enviados casa por casa y los mil actos celebrados en el Polideportivo, incluido el baile de Nochevieja, hacen el milagro comunal. Todo el pueblo está hoy aquí, en una fiesta hecha por todos y para todos, y preparada durante todo el año. El marco no puede ser más digno y capaz.

A los niños y niñas del colegio nacional, acezantes ya y acezosos, los colocan en filas, y según años y clases, en el centro del pabellón. Detrás aguardan, de pie, las personas mayores que no quieren sentarse en los graderíos de derecha e izquierda.

Los Reyes esperan también unos minutos a las puertas del Polideportivo. Y a mí me toca echar el pregón:

Pueblo de Ribaforada,
compañeros y paisanos,
alcalde y autoridades,
todos ilustres villanos.
Os doy la buena noticia:
que vienen los Reyes Magos.

Vienen de allende del Ebro,
vienen de Oriente lejano,
de donde vino la luz
del Mesías anunciado.

*Salid, pues, a recibirlos,
con los pensamientos altos,
con los ojos bien abiertos
y el corazón en la mano.
Que éstos son para los Reyes
vuestros mejores regalos.
Que el regalo de los Reyes
son los mismos Reyes Magos.*

Que no son el Corte Inglés
ni Galerías Preciados.
Los Reyes son otra cosa,
y aquí estoy para afirmarlo.

Pueblo de Ribaforada,
compañeros y paisanos.
Los Magos fueron testigos
de un mundo disperso y vario,
que aguardaba la venida
de un Dios amigo y cercano.

Una estrella los guió
derechitos al establo:
la estrella que ellos guardaban
en su corazón honrado.
Por eso los persiguió
el rey Herodes malvado,
pero ellos, tras de la estrella,
de sus garras escaparon.

Desde Belén se esparcieron
por el mundo largo y ancho
a contarnos lo que allí
vieron, oyeron y hablaron,
y a dejarnos en el alma
un recuerdo y un regalo.

No les pidáis muchas cosas,
que los tiempos son escasos,
el petróleo va a subir
y son primeros de año,
y tal vez en loterías
los dineros se gastaron.
Además, vienen de Oriente,
no de reales palacios,
y, como todos sabéis,
antes que Reyes son Magos,
—que así llaman en Oriente
a los doctores o sabios—,
y como Magos son pobres,
aunque listos y avispados.
Tienen que pagar el IVA,
como los comunitarios,
que en el Mercado Común
no son de jamón los gatos.
Tienen que comprarse cosas,

tienen que arreglar los mantos,
y pagarse las carrozas
tan chulis que han estrenado.

Mirad, los Reyes que vienen
traen lo mejor del año:
la ilusión, las esperanzas,
los proyectos, el trabajo.
Nos ayudan a olvidar
penas, dolores, fracasos.
Nos animan a vivir
más libres, justos y hermanos.

Desde que Ribaforada
la fundaron los templarios
hasta el año ochenta y seis,
con sus gozos y quebrantos,
toda la historia del pueblo
la resumen hoy los Magos.
Y nos bendice San Blas,
que ya está San Blas a un paso.

Por el puente del escudo,*
sobre el Ebro bien domado,
con la cruz y sin la espada
pasan los Tres, coronados
con la corona real
de este pueblo soberano.

* El escudo de la villa "trae de oro un puente de un arco sobre ondas de plata y azur, y sobre él, en campo de gules, en el primer cuartel, una cruz de San Juan de Jerusalén de oro, atravesada de una espada de plata con empuñadura de oro. En el segundo, una luna creciente ransada de plata, sumada de una corona real de oro. En bordura, las cadenas de Navarra".

Las cadenas de Navarra
 las llevan por ser navarros.
 La Luna creciente pone
 la cinta de plata al cuadro.

*Salid, pues, a recibirlos,
 con los pensamientos altos,
 con los ojos bien abiertos,
 y el corazón en la mano:
 que ésos son para los Reyes
 vuestros mejores regalos.
 Que el regalo de los Reyes
 son los mismos Reyes Magos.*

Entran los Reyes entre gritos y aplausos. Félix, el alcalde, cen-
 ceño y sonriente, excelente como amigo y como guía por Ribafora-
 da, les saluda en nombre del vecindario.

Y tras unas palabras, en un castellano con acento extranjero,
 pronunciadas por el rey Melchor, comienza el interminable reparto
 de cajas de regalos para innumerables niños, bajo la música de in-
 numerables villancicos.

—Mira, mamá.

—Pero qué me traes, mi vida!

Siguen luego las rifas. El párroco aguanta impávido, desde el
 principio hasta el final, micrófono en mano.

El chorizo, el salchichón, las magras —que aquí todo el mundo
 mata cerdo—, el queso y otros regalillos de los Reyes en casa de Je-
 sús nos han dado tanta sed, y hemos hablado luego tanto, que vol-
 vemos al “Dos Mil” “a por más” de beber.

Hace ya frío en Ribaforada. Parece que todas las estrellas del
 cielo se hubiesen parado esta noche misteriosa sobre este pueblo an-
 tigo y nuevo a la vez, fundado hace ocho siglos por los misteriosos
 templarios.

PAMPLONA Y EL CAMINO DE SANTIAGO

Un ciudadano de Pamplona me envía una postal con la portada de la iglesia de Eunate y me dice:

“He escogido esta postal por ser Camino de Santiago porque de eso quiero hablarle. He leído hoy, 5-8-86, en el Diario que están haciendo gestiones para el Camino. Yo lo he hecho a pie desde San Juan de Pied de Port y cualquier cosa que se haga por recuperarlo merecerá la pena. Pero hay una cosa que usted puede ya gestionar: No hay aquí, en Pamplona, un refugio para peregrinos como hay en todas las ciudades y pueblos por las que pasa el Camino, y es una pena, sobre todo sabiendo todo lo que ha representado Navarra en la historia de la ruta jacobea. Sólo un techo, aunque no tenga camas ni duchas, y un lavabo si es posible. Esto urge más que arreglar y señalizar el trazado, o que rebajar los precios de museos, claustros... (en eso Pamplona es de las pocas ciudades que no cobra), y si encima se consiguen subvenciones y otros inventos, ¡pues mejor! Gracias”.

La carta es inteligente y amable, no zafia y agresiva como otras, y merece ser atendida por todos.

Hubo un tiempo en que en Pamplona sí había refugios para los peregrinos. El hospital de San Miguel, instalado ante las puertas de

la Catedral, dio origen a la gran Alberguería, que duró hasta el siglo XIX. La cofradía de Santa Catalina daba cama, luz, fuego y cena durante tres noches en dos alberguerías, una para españoles y otra para extranjeros.

En la cocina de los Peregrinos de la catedral, donde está el actual Museo Diocesano, se daba diariamente a los viandantes una escudilla de caldo, una ración de carne y vino, según nos cuenta el peregrino boloñés Laffi y lo recoge en su excelente libro *Rutas jacobas* el berbinzanés Eusebio Goicoechea Arrondo. Por si fuera poco, al lado del puente de la Magdalena, viniendo de Burlada, había un hospital, donde daban vino y pan.

No es cosa, claro, de hacer revivir hechos y costumbres de siglos pasados, pero sí de aprender de ellos. Ahora que España está en la Comunidad Europea y que el Consejo de Europa ha tomado en serio el Camino como bien cultural, muchos peregrinos a la manera del siglo XX pasarán por Pamplona camino de Santiago. No serán ya los peregrinos que representa el capitel románico del claustro de Tudela. Unos vendrán a mesa puesta y a cama reservada. Pero otros se conformarán, como el ciudadano que me escribe, con un techo y un lavabo.

No creo que entre todos sea tan difícil conseguirlo. Se da por supuesta la buena voluntad de las instituciones competentes. Tal vez la Colegiata de Roncesvalles y la Cofradía de la Trinidad de Arre, que viven la preocupación por el Camino de Santiago en Navarra, podrían ser los propulsores de esta idea concreta, ya lanzada por muchos peregrinos a su paso por la capital.

Todos los muchos navarros que, durante nuestra peregrinación a Santiago, hemos agradecido tanto las muestras de hospitalidad, no podemos echar en saco roto esta petición de mi comunicante ni olvidar esta triste carencia en nuestra misma casa.

HILARIO DE NOCHE

Venía de lejanos horizontes. Y deambulaba hacia más lejanos todavía.

Hombre que dormía de día y velaba de noche, tenía no sé qué de insomne, de noctámbulo perdido. Le gustaba la noche: desde los paseos con su perro por la calle Mayor y la Taconera hasta las veladas de poesía que celebrábamos en su casa, en torno al candelabro de los siete brazos y al diván-ataúd, siempre preparado por si acaso. Una calavera, al fondo. *Memento*.

Era devoto, lógicamente, de la misa de tarde y de las completas más que de los maitines. Si algún negocio emprendió en la vida, él que, como cristiano viejo, aborrecía el trabajo, tuvo que ser un club nocturno: el *Viana*, que quiso llenar de poetas y tertulias, y no hizo otra cosa que asustar a los clientes urgentes y urgidos y encorajinar a los camareros.

Hilario. Hasta su nombre era singular. Solía distinguir yo, en la larga y amigable tertulia, entre *hilariedad* e *hilaridad*, y a esta segunda connotación nos acogíamos con mucho de broma y un sí es no es de ligera rechifla. El se sabía mingo de chanzas y centro, entre resignado y complaciente, entre atávico y tartarávico, de donositas destemplanzas.

Vivía —no económicamente claro— de sus recuerdos de editor de Angel María Pascual, Rafael García Serrano y de otros buenos escritores navarros, y las barbas le colgaban como un rimero de cuartillas o una plancha tipográfica de las de su tiempo. Era enten-

dido en tapas y cubiertas, en buenos versos —cuanto más místicos, mejor— y en Israel.

De Israel venía y a Israel volvía siempre. En sueños, claro. alguna vez, también en la realidad. Allí dicen que fue pastor, en sentido más pastoril que pastoral, y allí hubiera querido morir, si el infarto que nos sorprendió a todos, menos a él, no lo hubiera llevado a seguir descansando al cielo de Elohim.

En el brotar de Río Arga estuvo Hilario. Como sombra de álamo o como flor amarilla de aliaga. Humilde y orillado, en la orilla.

Era un ermitaño llegado de lejos, de Palestina o de la Nubia, obligado a pernoctar en la calle Mayor. Escribió, de noche, un poema inmenso, tan inmenso que no comenzó a escribirlo, tal vez, nunca.

Como los demás éramos más progresistas, “normales”, o simplemente más diurnos, y no habíamos preparado todavía el ataúd, lo dejamos cada vez más solo.

Pero, si había alguien en Pamplona que vivía, aisladamente, de versos para conversos y para reversos, era él: Hilario Martínez Ubeda. *¡Shalom!*

NIEVA EN EL CAMPO

La nieve es el silencio
Un deseo impetuoso,
copioso
de silencio.

La nieve
nieva las cosas,
los cerrados pinares del recuerdo,
los
inextricables
matorrales de la pena.

Los vela,
los reduce,
los desnuda,
los recubre de una densa ternura apacible,
les echa una mano silente,
blanquea sabiamente el pensamiento.

Nieva y nieva.
No hay nada más que nieve.

La nieve
nada
 en el alma.

Nieva nada.
Nieva
nadie.

Nieva
 y
 nada.

Nada.
Nadie.
Nie
va.



PRIMAVERA EN AZPIROZ

Han plantado unos lirios cárdenos en la mediana de la variante de San Jorge, que algo alivian el peñascal de pisos del barrio y algo distraen también del trafagoso tráfico.

Ya han reventado las flores de las aliagas. Y hay unas hilachas de nieve en las crestas de los Altos de Goñi.

El entorno de la autopista está feo, a veces salvajemente destruido y dejado a que se destroce más.

Es el primer día de primavera plena que puedo gozar en Navarra. Al campo por fin le ha salido el pecho.

Osquía restalla de luz. Hay descuidos de nieve también en las cresterías de Urbasa y Aralar, y en unos ventisqueros de Erga.

El diente de león es la flor de la semana. Por todas partes salen sus cabezuelas solitarias, con sus tallos huecos y sus hojas en rosetas, y junto a ellas, las cabezuelas calvas del capítulo frutal, que de chicos soplábamos para ver volar las “brujas”. En mi pueblo las llaman “flores del demonio”. Sus cualidades diuréticas las resume crudamente la gente llamándolas “meacamas” o “pishiacamas”.

Está todo tan verde, tan claro, tan lustroso, que al entrar por las Dos Hermanas parece que entramos a una fiesta en la que el campo se pusiera de largo.

En las laderas de Latasa y Urriza veo verdeguear las primeras hayas: Venus del monte que se despiertan de un largo sueño gris ahumado para reinar en la sierra sin rival. Un pescador, en medio del inocente río Larráun, está haciendo travesuras con una caña.

Huele a fiemo cerca de Muguiro. Lecumberri, vetusto, noble, histórico, necesita una buena mano de renovación y de embellecimiento.

Llegamos al puerto de Azpíroz, tras pasar la estratégica sala de fiestas, y nos sorprenden una vez más las Malloas, como recién levantadas, recién pertrechadas para defender la frontera. Hosco y esplendente circo abierto entre Malloazarra y Aitzgorri sobre el Valle de Araiz, amenazante de escalones, escarpes, peñas y paredones, en forma de martillos o mazas gigantes —*mailu*—, como los vieron generaciones enteras. Hay nieve en algunos ventisqueros y en la línea horizontal de los picachos.

Bajamos la primera pendiente de la carretera y tomamos el camino hacia el pueblo que dio nombre al puerto. Azpíroz es un pueblo de treinta casas, a ojo de mal cubero, casas recias, grandes, bien hechas y conservadas, de teja roja, que se sostienen en la falda maternal del macizo que recibe nombres como Urquiñete, Malkoraundi y Atume.

Dejamos el coche en el frontón hecho en 1934, cuando en Azpíroz y en Larráun casi todos eran carlistas. Allí está sentado Agustín, ciego, con gafas de ciego, nacido en Erasun: casi un escándalo frente a la mañana rota de luz, que se va por todas partes. No, no, nada de eso, Agustín lleva treinta años sin ver, casi nada. Se le quemaron las raíces de los ojos y se fue a trabajar a Guipúzcoa en el campo, y ahí se estuvo hasta que, ya jubilado, se vino a vivir con su hermano Jesús, a esta casa grande, donde una señora, a la que le pagan el Estado y ellos dos, les cuida lo mejor que puede.

—En Calahorra ya estuve..., —comienza relatándonos su historia.

En Calahorra había un famoso oculista. Y cuando llega a la situación actual, nos confiesa con un poco de picardía jubilosa.

—El retiro ya cobramos pues.

Nos habla como si viera. Estos hombres acostumbrados a todos los sufrimientos y miserias, tienen una visión de las cosas que no-

sotros no tendremos nunca. Habla como si todo fuera agua pasada. Nos indica la casa vacía de arriba, que ahora van a arreglar; nos habla de los nogales que rodean el frontón y sabe que ahora tienen color de bronce; nos discute sobre la nieve en las Malloas y sabe todo de las temperaturas de este invierno y de todos los pasados inviernos. Nos quedamos nuevos oyendo y viendo a este hombre.

Al otro lado está su hermano Jesús recogiendo hierba para los cerdos. Le hablo en vascuence. Tiene la mirada perdida. No sé si ve, pero no me atrevo a preguntárselo. Cuando repite la palabra *bellarra* —hierba— me dice que ése era el apellido de su madre. Le pregunto por el ciruelo —*arana*— de abajo y por el cerezo —*gerezi*— de arriba.

Subimos una pequeña cuesta. La última casa tiene un gallo negro de latón sobre la chimenea, que luego veo en otras casas. Hay por el monte cerezos de flor blanquísima, fresnos, robles, nogales..., todos cubriéndose de primavera, menos las higueras que siguen bronceas y antiguas, puro tronco y ramas desnudas.

El circo de las Malloas nos sobrecoge, nos rodea, nos fascina. Es un lugar de dioses altos. Cuando una montaña es bella como ésta, no deja descansar ni la vista ni el espíritu, no puede uno contentarse con cualquier cosa. En la cima del Altxueta sanmiguelero, el repetidor televisivo. Allí abajo, a la sombra del Azarzulo, el barrio de Lezaeta, casi vacío, y bajo el mismo patronazgo de San Esteban. Al pie de las Malloas, Inza y, a la derecha, Azcárate.

En el pequeño cementerio, mal revestido de cal, hay sólo una cruz y, un poco más arriba, junto al muro, un viejo carnario de piedra. Cinco cipreses fríos y ralos. Así eran hasta hace pocos años nuestros cementerios: una comunidad de muertos sin nombre y apellido, hasta que entró la manía de seguir tras la muerte la misma vanidad que durante la vida. Sobre la hierba poco crecida, los satiriones purpúreos, que luego veremos por los ribazos.

Unas ovejas lachas, calurosas y cansadas, se amodorrán debajo de la mala sombra de unos fresnos aún sin hojas.

Desde aquí, Azpíroz es un triángulo isósceles color teja.

José, un pastor y ganadero, que hizo la guerra de muy chico,

nos dice los nombres de los montes y nos habla de las vacas y de las ovejas, que son la primera riqueza del pueblo. Lete es esa colina que tenemos delante, llena de hayas, pinos insignes y alerces. Los conos ovoides de estos últimos, verdes pálidos, se distinguen bien de los conos redondos de los oscuros pinos repobladores.

—O sea, ¿que aún es párroco de Azpíroz aquel cura alto y fuerte, de buen color, que paseaba a San Miguel por Navarra?

—Por la Ribera o el Baztán debe andar ahora.

José se va con su perro, y con su verdasca en la mano.

Seguimos andando y asustamos a cuatro yeguas royas, con dos potros a los flancos, que trepan, torpes y tropezonas, por la ladera. Bordeamos el barranco que nos separa del Elostá, entre fresnos, majuelos, arces y avellanos. Llegamos hasta divisar Gorriti y la empinada ermita de Santa Bárbara.

Cinco pequeños regatos contamos desde que salimos del pueblo. Todos bajan cantando hacia el valle —un pequeño Valvanera, valle de venas—, donde los recoge el Araxes, que Pascual Madoz, hace un siglo, llama Azpíroz en su nueva denominación.

El sol pega fuerte, con ser tan de mañana, y es tan bella esta balconada de primavera sobre Araiz, que renunciamos a continuar, volvemos un poco, y nos sentamos a mirar como bobos.

Los ojos se pueblan de imágenes y de colores. Y las imágenes y los colores avivan y reavivan la memoria; y luego viene la imaginación, y escoge y mezcla lo que quiere. Hay violetas en todos los rincones, nunca había visto yo tantas violetas. Las verónicas de roble-dal se yerguen lo que pueden para mostrar sus cuatro pétalos azul claro. Hay también chirivitas y margaritas a miles. Vuela un galforro sobre el Elostá. Cuando las bisbitas, tarabilas y alondras se callan un poco, se le oye al Araxes nacer ya crecido, allá en lo hondo, junto al camino real que va a Guipúzcoa.

Errazquin, el último pueblo de Larráun, en valle ajeno, brilla blanco y rojo al sol, pájaro en reposo. Los verdes saltan, diferentes y diversos, indescritibles, de los alerces a los pinos, de las hayas a los robles, del helechal al pastizal. Hay que verlos aquí. No vale mirar al diccionario ni a los libros de botánica.

Este es el libro de la primavera. Quien ha visto esto ha visto todo, aunque no sepa ni quién era Linneo. Los avellanos tienen las yemas largas y buidas. Los cerezos, de primera comunión, hacen en plena mañana la ofrenda oficial de las flores de mayo.

A pesar de que me lo desaconsejan todos, bebo al fin, feliz, del agua de uno de los arroyos, hiriente de fresca.

A la vuelta, recorreremos despacio el pueblo. Ya no están ni Agustín ni Jesús. Hace calor. Les tocamos la bocina.

—*Agur, herkideok, agur beroa.*

—*Agur, udaberri.*

Junto a la Venta de Muguiro, muchos camiones.

Volvemos tristes, de tan hermoso que ha sido.

EN ARBURUA

Cuando salimos de Pamplona, cae un zir-zir sobre los cristales del coche. Ya están por todas partes los letreros electorales. Es como el primer día de la fiesta: todo es aún nuevo, limpio, colorido.

Está la mañana baja, confundida entre el cielo y la tierra.

—Ya levantará, ya.

No existe siquiera la Higa de Monreal. Cuando le pasamos cerca, sólo emerge la mitad; la bruma mañanera oculta el resto en su capuchón cenizoso.

El campo va del verde al amarillo, cuando acaba de amanecer junio.

La mañana se levanta detrás de las sierras de Leyre e Illón. Las viñas de Liédena ponen el paisaje adolescente y tierno. Un halcón peregrino, distendido y seguro, monopoliza el pequeño cielo. Las nubes frotan aún el lomazo de Arangoiti.

Seguimos hablando romance por el Romanzado, donde ya quedan pocas personas para hablar y para vivir. Bajamos el Alto de Iso bajo un cielo que vuelve a poner mala cara. Sólo las palomicas de las acacias, que toquitea el viento, nos alegran la vista.

Entre Idocorri y la Sierra de Navascués, donde ondea la ermita de San Quirico, entramos en el Almiradío. Si almirante llaman en

Idoate al cartero, y en la Barranca y en Oroz Betelu al alguacil, en la confederación de Navascués, Castillonuevo, Ustés y Aspurz, el almirante era el alcalde o caudillo.

Ya no existe el almirante ni apenas gentes a quienes “almirar” en estos pueblos solos, un poco tristes, mínimos, si exceptuamos Navascués. Ahí vive el último “almirante” de la zona, que fue Amadeo Marco, que llenó muchos años de la posguerra navarra y a quien visité en su monacal retiro, entre los frutales de su huerta descuidada y el perro de su frío cuarto de estar.

La carretera le sigue al río Salazar, que remontamos hasta la desembocadura del Burundúa, que baja de las tierras de Izal, junto a Gallués (Gallotez), pueblo poco habitado pero digno en su semisolidad. De Gallués a Izal el carretil sube hermosamente por los pochos, pasos o cañadas entre roquedos de extrañas figuras, donde se abren paso las coronas de rey, que florecen una sola vez. Los aboboles, tan felices, son los reyezuelos de los ribazos.

Un grupo de mocicas y mocicos, vestidos de monte, nos hacen la señal del auto-stop, un deporte preferido cuando yo tenía su edad. No puede ser: el coche va lleno.

Cuando llegamos al pie del camino que lleva a la ermita de Arburúa, el calabobos nos obliga a abrir el paraguas. Suben las gentes que vienen de Ibiz, de Gallués, de Izal, de Uscarrés, de Pamplona y de las tierras de Sangüesa. Unas a pie y otras en “jeeps”, volquetes y camionetas, junto a las costillas, los panes y los garrafones. Los de Ripalda, Igal, Güesa, Vidángoz, algunos de Ezcároz, así como de los restantes pueblos del Valle vienen por el otro lado. Dudamos nosotros también en subir a pie o en que nos suban.

—Subimos, venga.

Y subimos en pequeño grupo, calmosamente, que tenemos casi dos horas de tiempo. Vamos hablando, lo que es malo para subir bien, y metiéndonos la mañana por los ojos.

Entre Santa Cruz y Olagato hay un zig-zag de barrancos y de montes, cada uno con su nube y con su nombre, que Andrés me va

diciendo mientras nos paramos y los contemplamos: la Peña de Becea, casi cubierta; Mikarra; la cresta calva de Arrigorriá; los barrancos de Tejería y Alborota, que por su mucha pendiente alborota al Burundúa en días de lluvia. Más cerca de nosotros, el monte Púlpito, que a eso se parece, y a la izquierda, Astasueta, con el barranco Iburtu, entre los dos. Las hayas se refugian en los pacos y brillan los robles recién estrenados en los carasoles.

Por donde vamos hay pinos albares, altos y de poca taja, con “miolas” entre las ramas, que antes se aprovechaban para las vacas y las cabras. Bojes y enebros. Antes había ardillas, pero las fuinas y otros animales, además de los cazadores, las han hecho imposibles. A los escaramujos llaman aquí sargas o sarguedas. Florecen ahora tranquilas las albas “abulas”, que antes se cogían para los cerdos.

Vamos ya debajo de la baranda de rocas, carrascas y robles, donde, según la tradición, se le apareció la Virgen a la pastora de Gallués, que cuidaba el rebaño en el faldeo de Arburúa. Poco más y llegamos a la cima, que domina sobre el quiñón salacenco de Atabea. A pesar de los bordes borrosos de la mañana, vemos abajo el caserío de Ripalda, donde nació el legendario cruzado, que regaló a la Virgen las cadenas de su cautiverio entre moros. Se oye desembocar en el Salazar al barranco Jabrós, junto a Güesa, pueblecito de postal. Hay algo de nieve aún en las cuniestras de la sierra de Uztároz, donde el Violeta está oscuro y malhumorado, y una cortinilla de lluvia se corre por Lizarraga y el Alto de Lázar.

“Langarrea”. Y la “langarra” hace que el gentío se meta en la ermita antes de que empiece la misa. Algunas brasas de costillada madrugadora se apagan. Algunos bojes mustios recuerdan la seca de 1985.

—¿Es la primera vez que viene? —me preguntan unos.

—Sí; a la ermita, la primera.

—Lástima de día que le ha tocáu.

—Ha venido de predicador un canónigo —comentan otros.

—Lástima de día, dicen todos.

—Ya levantará.

Entre las muchas fiestas de Arburúa, la fiesta de Siete Cruces era y es el gran día de los cofrades. Se llamó así porque los párrocos de los siete pueblos de la Atabea y sus feligreses, muchos de ellos entunicados, salían y llegaban en procesión, con las siete cruces parroquiales. En tiempos, el ermitaño de Arburúa era un personaje: auxiliar del capellán, custodio de la ermita, administrador de las fincas aledañas, campanero y limosnero, nombrado y elegido por el abad y los vecinos de Izal. El último, Juan Sarriés, murió en 1976.

Después de leer los nombres de los cofrades muertos, el párroco entona la Salve, que saben todos menos los que venimos por primera vez. La Virgen del retablo parece más sorprendida aún y el Niño más inquieto.

Oh clementísima Aurora.

Oh piadosísima Estrella.

Oh dulcísima Patrona

adorada en mar y tierra.

Los mil cuarenta y seis kilos de la campana, subida hace cuarenta años sobre una rastra de maderos, tirada por una reata de mulas, se echan al aire, alejan la langarra y despejan un poco el cielo. Ahora ya podemos ver el nido románico de Musquilda, bajo el alero de Abodi, las más altas nieves del Ory, y una confusión de Pirineos. Y al otro lado, la ermita de la Virgen de la Peña, sobre Salvatierra de Esca y sobre Burgui, donde tenía y tiene cofrades.

—¡Viva la Virgen de la Peña!, gritaban los cofrades de Arburúa, cuando llegaban al Alto y divisaban el quillón aragonés.

La gente va hasta el pico o cabezal del monte, de donde le viene el nombre vasco. Me dejan unos catalejos y me pierdo en lejanías. Bebo agua heladora del viejo y renombrado aljibe, dentro de la casa del ermitaño. Un muchacho toca un acordeón y dos chicas llevan el ritmo desde dentro de un tractor.

Cuando mucha gente se va, se hacen corros alrededor de la ermita, que en la pequeña campa está hoy un poco desapacible. Los trotamundos como yo tenemos ocasión de picar de todos los manteles sobre la hierba y de aparrar la boca a todas las botas.

Hay costillas en todos los puntos de la asadura. Y jamón, pollo, tortilla de setas, tortilla sin más, cerezas, albrichigos... El mozerío de Izal, que se ha ocupado antes de los refrescos, está aún dándole a la ensalada. Algunos tienen aún sueño de las fiestas de Garayoa. Los de Sangüesa, Aibar, Lumbier y Javier hacen rancho común. También los de Ezcároz. Los quintos de este pueblo del alto Salazar me venden dos billetes de su rifa. En cambio, el reconstructor de la ermita, que va con un hermano panadero, me regala un bollo, tan tierno que dan ganas de comerlo, y eso después de haber picado tanto.

Todo el rato que nos dura la bajada vamos viendo Izal, un pueblo-huerta sobre la vega aluvial cuaternaria, con su iglesia, su palacio gótico y su hórreo, uno de los pueblos más bonitos y mejor emplazados de Navarra, a pesar de algún manchón urbanístico reciente.

Un cuervo sobrevuela, bajo, el pinar. Se oye de vez en cuando la campana de Arburúa y un leve ruido de fiesta. Y el Burundúa baja, tan fresco, entre los chopos que se contonean.



ROMERIA A RONCESVALLES

Camino de Roncesvalles, todo es hoy madrugada verdegay y creciente, salpicada por el ámbar de los chopos suizos y por el verde plata de los chopos lombardos.

Los descarados basureros de Aoiz son el primer horror del camino. Huímos hacia adelante. El Urrobi reposa y se pasea tranquilo divirtiéndose en curvas, tras su loca huída desde sus nacederos pirenaicos. Algunos aprovecharon este descuido para tenderle la trampa de un pantano.

La primavera anda por aquí tardía y torpe. Unas vacas se ponen tontas en la carretera a la salida de Orbaiz. En el primer balcón de Nagore un letrero nos dice “No al pantano”. En el “poche”, “la moza de Nagore” sigue enhiesta, pararrayo de sol.

En Zanduetta, el letrero dice ahora “Le Patriarche”, que así se entiende menos y suena mejor, como más francés. Una tras otra, perezosamente, se despabilan las hayas de su largo sueño cenizoso y vinolento.

Los romeros que vienen de los pueblos del Ayuntamiento de Arce, se juntan en la Venta de Arrieta; en la de Espinal se les juntan los que vienen de Oroz Betelu.

Koldo Chamorro viene por la carretera, madrugador, con su prodigiosa máquina de luz.

Encontramos a la romería en Burguete, que está blanco y verde, hecho camino de sí mismo. El alcalde vuelve ya, con su vara, de saludar a los colegas de los pueblos peregrinos. Gente en la calle, ventanas y balcones.

Nos añadimos a la comitiva. Atrás van las niñas, más adelante las mozas y mujeres, alegremente vestidas, con zapatos y todo. Rezan y cantan el rosario, que dirigen tres curas con sotana y roquete, uno alto entre dos bajos y recios. Detrás y en medio van los dos alcaldes con sus varas de mando.

Nos adelantamos un poco por el orillo derecho, por la hierba húmeda, hasta donde van las cruces parroquiales, llevadas por mozos con túnicas, con la cara descubierta, sudorosos. Las cruces de plata hacen juego con el gris plata de las hayas; las doradas comparan su color con el musgo brillante que arroja a los troncos de los robles. Lucen los acebos su dura piel de verde aceite.

Javier y Luis Alberto, once y nueve años, vienen a pie desde Oroz, y desde las seis de la mañana, tan campantes. Y a pie piensan volver después de comer.

—A las cinco— precisa Luis Alberto.

Una cruz parroquial va adornada por un lirio morado; veo otro sobre una cruz de madera de los “penitentes”; las demás llevan una ramita de pino o de ciprés, cogidas en el camino.

Baja el Urrobi, fresco y limpio de aguas de nieve, juvenil y deportivo, sin poder detenerse ya.

Los romeros, entunicados, algunos encapuchados, cantan, con voces altas y agudas, melodías extrañas, antiguas, sonoras, retorcidas sin duda por los años, algunas en latín, como el *Regina Caeli*. Las filas son rigurosamente indias.

Nos molestan, una y otra vez, los coches que no saben aguardar unos minutos y pasan por medio de la romería, estropeándolo todo. Eso hay que impedirlo, como sea, el año que viene.

Cuando pasamos el crucero de la derecha, hay que ver el juego que hacen los peregrinos enlutados con los abetos verdinegros y tan rígidos.

Llega, lejano, el canto del mujerío, que parece un cortejo añadido. ¿No fue en tiempos está viejísima romería sólo una cosa de hombres?

Los “penitentes” cambian de continuo la postura de las cruces, que a estas horas pesan ya lo suyo.

El alcalde de Oroz Betelu, famoso pelotari, se acerca al grupo de chicos de su pueblo.

—Todos en orden y derechos.

Los que no somos chicos de Oroz tomamos también en serio el aviso.

Hay junto a la posada mucha gente esperando. Los romeros se encapuchan todos y se colocan las cruces verticales sobre la espalda y sobre la cabeza, agarrando los travesaños con las manos. Alguien comienza a recitar la letanía con voz fuerte. A cada advocación responden los “penitentes” con voz colectiva e imponente:

—*Ora pro bis*

—*Ora pris*

—*Ora pro*

—*Ora pre*

No entiendo tal vez bien. Pero sí, luego me dicen que son abreviaciones rudas, heredadas de generaciones, entre gentes que no entienden latín, rendidas ya de cansancio.

Años de mi infancia llevando el viático a los enfermos. Auroras de difuntos. Películas de Bergman. Semanas Santas penitenciales. Rogativas. ¿Qué dirían, si pudieran hablar, las piedras de la capilla de Sancti Spiritus?

—Regina Confessorum

—*Ora pris*

—Regina Virginum

—*Ora pro*

—Regina Sanctorum Omnium

—*Ora pre*

Me adelanto, por ver entrar la comitiva, hacia el patio de la colegiata.

—Santo Dios
 —*Santo Dios*
 —Santo Fuerte
 —*Santo Fuerte*
 —Santo Inmortal
 —*Santo Inmortal*

Las preces son ya gritos de fe y de arribada.

Los canónigos, rubicundos y negrigranates, que esperan a la entrada, están pálidos. Las gentes, agolpadas en el patio y en las escaleras que suben a la casa de los beneficiados, miran entre sorprendidas y emocionadas.

Entra la romería en la iglesia gótica. Olor a incienso de siglos. Apagón de caminos de Cristiandad. Lirios de fervor rural. La sonrisa plateada de la Virgen lo actualiza todo. Están ya los bancos llenos. Los romeros se quitan la capucha y, las manos y el cuerpo cansados sobre las cruces de chopo, cantan la Salve de sus padres y abuelos, fuerte, difícil, agridulce, de dolor y de esperanza.

—*O, clemens*
 —*O, pia*
 —*O, dulcis Virgo Maria*

Esta vez el latín es perfecto.

Hasta la hora de la misma hay hora y media de tiempo libre. Saludo a los amigos, con los que un día recorrí los pueblos del Valle. Tomamos un vaso de caldo.

—No nos lo merecemos, pero, bueno...
 —Venga.

El gentío anda de acá para allá. Mucha gente se confiesa en la iglesia. Un grupo de mocicos se tumba en el hierbín, cerca de la puerta donde dice “Recuerdos”. Otros se suben hasta la fuente de la carretera que sigue hacia Valcarlos. Junto a la fonda, hay carritos con garrapiñadas.

—¿Benditas?
 —Claro.

Bajo las últimas nieves de Ortzanzurieta, nos derramamos al sol de gracia, que se derrama este domingo de mayo como una bendición que llega al hondón del alma.

INDICE

Prólogo de Camilo José Cela	7
Por el barrio de San Martín, Estella	9
Estella en huelga	19
Queremos la paz-Pakea nahi dugu	23
Siguiendo a los Gigantes	29
Hablando del Mercado Común en Juarbe	37
El vino de Mañeru	43
Desde la era de Berriozar	45
El Mitin	49
Mendigorría	55
Una tarde junto al Urederra	57
Excursión al Abodi	65
De Urquiaga a Oyalegui	71
Velate y su Monasterio	75
Plegaria campesina	81
A Cárcar y a ver a Eulogio	83
Oiz	89
Entre las salinas de Salinas	93
San Miguel en Eslava	99
Otoñando y otoñeando (De Pamplona a Irurita, por Eugui)	103
Por San Pedro y Aitziber	109
Amigos de Leyre (De Leyre a Yesa)	113
En Barasoain, con el Doctor Navarro	119
Era un pueblo con nombre de miel	125
Entre Bézquiz y Sansoain	127

Meano, el Oeste de Navarra	133
Una mañana en Sarriá	141
Buñuel, de noche	149
Cae la sangre	153
Amnistía para la Navidad	154
La última mirada de “Lara”	159
Reyes Magos y justos en Ribaforada	161
Pamplona y el Camino de Santiago	169
Hilario de noche	171
Nieva en el campo	173
Primavera en Azpíroz	175
En Arburua	181
Romería a Roncesvalles	187

«V́ctor Manuel Arbeloa es un navarro ejerciente, un hombre preocupado por la ́ltima clave del pa's que lo vio nacer y amante de su silueta dibujándose sobre el doble telón f'sico o hist'rico de la realidad y el recuerdo.

Navarra es tierra militante y los navarros forman en la tropa que defiende su particular modo de entender los sucesos e incluso las palpitaciones de esos mismos sucesos y acontecimientos que los dibujan y tambi'n los se~alan con mano indeleble».

«Saludo con estas breves y gozosas palabras de buen concierto la aparici'3n de este tomo de un libro de generosa y ya aplaudida andadura».

Camilo Jos'e Cela